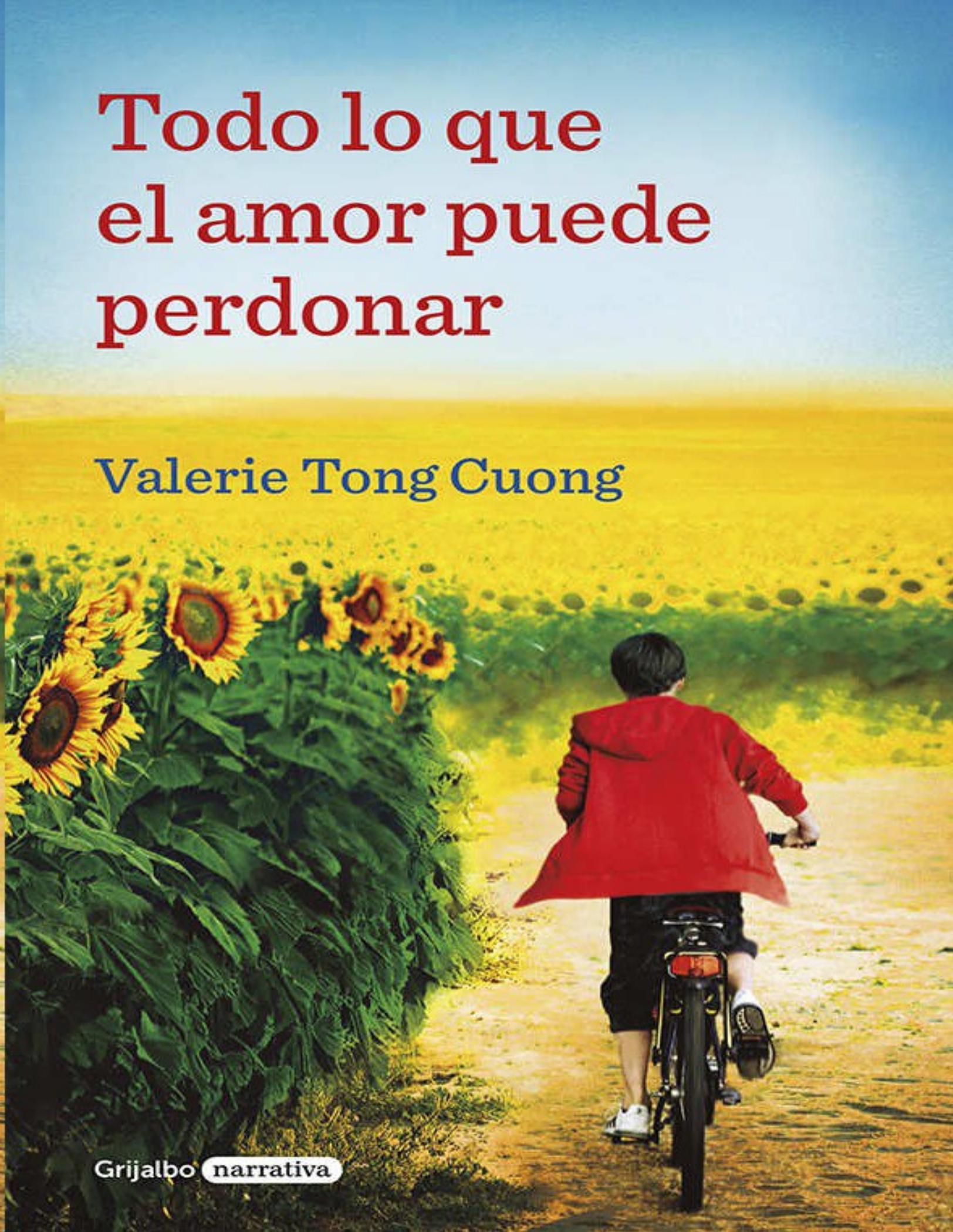


Todo lo que el amor puede perdonar

Valerie Tong Cuong

Grijalbo narrativa



VALÉRIE TONG CUONG

Todo lo que el amor
puede perdonar

Traducción de
Ieresa Clavel

Grijalbo | Narrativa

SÍGUENOS EN megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Éric

¿Cómo es posible ser perdonado algún día si se miente y el otro no sabe que hay algo que perdonar? Por eso es preciso decir la verdad al menos una vez antes de la muerte o aceptar morir sin ser perdonado. Qué muerte más solitaria, sin embargo, la de quien desaparece encerrado en sus mentiras y sus crímenes.

ALBERT CAMUS,

Carnets III

Siempre he querido ser un cabrón que se ríe de todo pero, cuando no lo eres, entonces sí que te sientes como si lo fueras, porque los verdaderos cabrones no sienten nada en absoluto.

ROMAIN GARY,

La angustia del rey Salomón

Prólogo

Se vuelve, sonrío e inspira con lentitud para acentuar la importancia de la empresa. Se coloca en posición, con la cabeza inclinada. Lista para tomar la salida.

Pero no, todavía no.

—Espera —susurra, con el entrecejo fruncido.

Se estira el vestido de cuadros rojos y blancos, recoge con cuidado el dobladillo de la falda entre el sillín y los muslos.

—Cuando dé la primera pedalada, ¿vale?

Él asiente, con los ojos clavados en la esfera mágica del reloj.

A su espalda, los campos cubren las colinas hasta el infinito. El maíz alcanza la altura de una persona, los girasoles están chamuscados. Dentro de dos o tres días como máximo, se desplegarán los batallones de tractores. Las ruedas aplastarán la tierra, arrancarán los tallos y triturarán las hojas sin piedad.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno —cuenta Milo, muy serio.

Marguerite sale disparada.

Un pestañeo y ya la ha perdido de vista.

La carretera serpentea y desaparece a lo largo de un centenar de metros entre el sotobosque, resurge y se interna de nuevo en los campos.

Al niño no le gusta ese momento en que deja de verla y de oírla. Se siente

solo, vulnerable, minúsculo frente al mundo inmóvil.

Pero ella ya emerge, una mancha roja y blanca en el recodo de asfalto.

—¡Dos minutos cuarenta y seis! —grita alegremente, como si ella pudiera oírlo.

Es inútil, está demasiado lejos.

Ella levanta los brazos.

—¡Vamos, Milo, te toca a ti, baja!

Entonces él monta en su bicicleta, azul con estrellas blancas pintadas en el cuadro, encorva los hombros, contrae los músculos y murmura para sus adentros:

—¡Corre, amigo, corre!

Mientras el viento y el sol le azotan las mejillas, la nuca sudorosa y la mandíbula apretada, pedalea con todas sus fuerzas. No se trata de competir ni de batir un récord, solo de velocidad, de embriaguez, está borracho en la pequeña carretera rural, Milo, borracho de deseo infantil, de alegría, de agilidad, borracho de felicidad... Un segundo antes del impacto, todavía está riendo con la boca muy abierta mientras pedalea.

Después, todo se hace añicos.

El tiempo de la ira

Céleste

Aquello sucedió y yo no tenía ni la menor idea.

Estaba sentada en la habitación de paredes tapizadas con una horrible tela marrón, entre Lino y mi madre, escuchando al notario señalar lo generoso que era por su parte, un hermoso gesto, esa donación, después de todo ella era todavía joven, y se ataba las manos, renunciaba a una pequeña fortuna, por supuesto él no había dejado de hacerle ver el carácter prematuro e irrevocable del asunto, pero dado que la señora estaba segura de su decisión...

Yo ya no estaba segura de nada. Miraba el bolígrafo que el notario no tardaría en tenderme, con el corazón oprimido por la angustia del condenado, aunque ¿quién lo habría sospechado? Lino no, desde luego. Me había costado tanto convencerlo de los beneficios de la operación, y menos aún mi madre, sinceramente contenta de hacerme semejante regalo, por no hablar de Marguerite, ya que ella no sabía nada; mi madre había exigido el más absoluto secreto. La casa es «mía», la decisión es «mía», había advertido, déjala al margen de todo esto, yo hablaré con ella cuando llegue el momento.

Así que habíamos dejado a Marguerite «al margen de todo esto». Resultado: mientras firmábamos el acta ante la mirada satisfecha del notario, en aquel lugar oscuro donde reinaba un asfixiante olor de moho, el cuerpo de

mi hijo, a pleno sol, daba tumbos de un lado a otro de la carretera hasta estrellarse a los pies de su tía.

Yo fui la primera en enterarme. Bajábamos la escalera, conecté el móvil y la lista interminable de llamadas perdidas apareció en la pantalla. Me detuve en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Lino, alarmado—. ¿Hay algún problema con Marguerite? ¿Con Milo?

Puse en marcha el buzón de voz, el dedo me temblaba, ya sabía que se nos venía encima algo gordo.

Se suponía que estaban juntos en casa haciendo los deberes. El día antes, cuando mi madre, Lino y yo le mentimos de común acuerdo, diciéndole que había que elegir unos azulejos nuevos para la piscina y que sería una pesadez ir a comprarlos, Marguerite se ofreció para ayudar a Milo. Yo accedí.

—Siempre y cuando no hagas tú los ejercicios en vez de él, Margue. ¡Ya me conozco vuestros tejemanejes!

Intercambiaron un guiño malicioso que yo fingí no ver, conmovida y feliz por su inquebrantable complicidad.

El mensaje se oía muy mal, la voz de Marguerite, entrecortada, estaba llorando, luego era grave, decía: ha habido un accidente, tenéis que venir al hospital.

Me agarré del brazo de Lino para no desplomarme, repetí la frase dos, tres veces, quizá diez, ha habido un accidente, tenemos que ir al hospital, y ni dos ni tres, diez veces me dejó Lino repetirla, petrificado, hasta que algo se encendió en sus ojos, me sacó a la calle, bajo el desafiante sol, y me sentó en

el coche sin contestarle a mi madre, que lanzaba suposiciones a ráfagas (¿Una intoxicación? ¿Una caída por la escalera? ¿Una olla de agua hirviendo? ¿Una electrocución? ¿Una picadura de avispa?), pedía detalles, pero nosotros no teníamos ninguno, sería preciso esperar, esperar, esperar, en el teléfono de Marguerite saltaba ahora el contestador y el hospital estaba a más de treinta kilómetros, treinta kilómetros y una eternidad durante los cuales cuatro letras ocuparían ellas solas la totalidad del espacio libre de mi cerebro, Milo, cuatro letras en mi corazón blanco de miedo, blanco de ira, mi corazón febril... no, Dios mío, eso no, todavía no, otra vez no.

Llegamos hacia la una. Desde el hospital se dominaba la ciudad, las paredes estaban llenas de churretones negros, espantosos, también allí, pensé de repente, la contaminación reinaba, obstruía, minaba, ¡o sea que ese campo era una añagaza, una falsa promesa de salud y paz!

Lino aparcó lo más cerca que pudo de la entrada, a mi madre le faltó tiempo para bajar y cerrar la puerta, mientras que yo me quedé hundida en el asiento, sé muy bien que en las películas, en los libros, en las pesadillas uno corre, se precipita, aparta sin miramientos a cuantos se encuentran a su paso, pregunta al primero con bata blanca con el que se cruza, quiere saber lo que pasa lo antes posible, exige. Pero yo quería quedarme encerrada en el coche hasta el fin de los tiempos, como si eso pudiera evitar que la información me llegase, que la situación llegase a existir como un hecho.

Otra vez no. Todavía no.

Ha habido un accidente.

—Céleste, cariño, ven —susurró Lino con cautela—, ven, tenemos que entrar.

Yo veía ese combate en sus ojos, cuidar de su mujer, rodear la herida jamás cicatrizada, la bomba jamás desactivada que amenaza de nuevo con explotar y, al mismo tiempo, correr hacia su hijo, afrontar, calibrar el alcance

del desastre, buscar razones para confiar y maneras de intervenir: Lino era un hombre de acción.

Me obligué a salir del coche. Mi madre se acercó, Vamos, vamos, todo irá bien, aseguró cogiéndome del brazo, es imposible que hoy, precisamente hoy, le ocurra algo grave a Milo, es una falsa alarma, tu hermana siempre ha tenido tendencia a exagerar, pero, ya verás, lo encontraremos con una muñeca rota o una ceja partida.

Sus palabras me armaron de valor. Pensé en el invierno anterior, cuando Marguerite formuló la hipótesis de un tumor en el cerebro para explicar sus fuertes migrañas, un tumor que al final se convirtió en una simple afección ocular sin ninguna gravedad, después de que hubiera acaparado la atención de todos y, sobre todo, como señaló mi madre con acierto, después de que Lino hubiera finalmente accedido a que se instalara en el estudio del sexto piso. Dos habitaciones de servicio unidas, casi veinte metros cuadrados que hasta entonces él utilizaba de despacho y se resistía a dejar libres..., pero ¿cómo negarse a ayudar a su cuñada, puesta de patitas en la calle por una propietaria irascible y amenazada por la enfermedad?

Me dio las llaves suspirando, era un auténtico sacrificio abandonar ese islote donde le gustaba refugiarse ya entrada la noche, lo hacía por mí, por amor, de la misma manera que aceptaba desde siempre la presencia en ocasiones invasiva de mi madre y mi hermana, y ese amor, absoluto, inagotable, me emocionaba infinitamente, qué suerte haber conocido a este hombre, pensaba.

Marguerite nos esperaba en la entrada. Solo la veíamos a ella entre la

multitud de pacientes, personal sanitario y visitas, con aquel increíble vestido de cuadros rojos y blancos, su espesa cabellera y sus brazos tan finos como rollizos eran los míos. Plantada en medio de la sala como una espléndida libélula perdida, echó a correr hacia mí. Lo siento mucho, murmuró entre sollozos, lo siento muchísimo, Céleste, y luego las palabras se agolparon, bicicleta, caída, bomberos, trasladado, choque, cabeza, inconsciente, quirófano. ¡Quirófano! ¡Entonces no era una falsa alarma, no era una ceja ni una rodilla desollada!

Mi cuerpo se resquebrajó, quise gritar, chillar para desahogarme, para despertar, pero la garganta se me había estrechado, el aire y los sonidos estaban comprimidos, todo se tensó en mí, se oscureció de nuevo, mi madre, sobrepasada, escupía palabras, «estúpida», «loca», «peligrosa», la mano de Lino estrujaba la mía, ahora corríamos, jadeando, los pasillos se sucedían, el ascensor A, la rampa, el ascensor B, subir, bajar, subir otra vez, las sienas martilleando, las indicaciones confusas, el chirrido de los carritos, las sillas de plástico descoloridas, las plantas amarillentas, las miradas incómodas y, por fin, delante de una gran puerta de cristal, una mujer se acercó, bata inmensa hasta la altura de las pantorrillas, bloc de notas apretado contra el pecho como para protegerla de la desgracia que se disponía a sembrar, voz muy dulce, pero la dulzura no cambiaba en absoluto ni el suceso ni la conclusión, mi hijo estaba tendido ahí, a unos metros, en uno de aquellos box verdes alineados detrás de ella, con la cavidad craneal recién abierta y vuelta a cerrar, sumido en el coma... Pero, estén tranquilos, Milo no sufre, el hospital sabe gestionar estas situaciones, hay instrumentos de evaluación, respuestas adaptadas al niño.

En ese momento, no me di cuenta de lo absurdo de sus palabras. «Estén tranquilos, Milo no sufre.» Tenía demasiado miedo, demasiado frío, solo quería saber si iban a quitármelo, a arrebatármelo, que no me dejaran otra vez

confiar, construir, desarrollar y soñar para acabar destruyéndolo todo, eso ya no podía soportarlo, el terreno estaba minado, los recursos, agotados, ¿comprende, doctora?

Por supuesto que no, cómo iba a poder entenderlo.

Así que formulé la pregunta, sin más.

—¿Va a morir?

—Tenemos esperanzas.

Esta mañana bajó a desayunar más temprano que de costumbre, con el torso desnudo, remolinos en el pelo castaño, pantalón de pijama demasiado corto, ¿sintió quizá la urgencia de vivir, de aprovechar cada instante antes de la caída? Me dio un beso apresurado, desde que cumplió doce años ya no está seguro de seguir siendo un niño, así que rehúye los mimos pese a que se muere de ganas de recibirlos, renuncia al chocolate en favor de un café que se toma reprimiendo las arcadas, en resumen, se esfuerza en convertirse en un hombre.

Lo contemplé mientras devoraba las tostadas inclinado sobre el tazón, ese lunar escondido en su nuca, bajo el pelo, las mejillas ligeramente redondeadas, el vientre bronceado, la piel suave y flexible todavía a salvo de los embates de la adolescencia. Levantó la cabeza para preguntar:

—¿Estás segura de que no puedo acompañaros? A fin de cuentas, el más interesado en la piscina soy yo, tú no te bañas nunca, ¡ni siquiera vas para tomar el sol!

Yo siempre encontraba una buena excusa, preparar la comida, cortar las rosas secas, tender la ropa, ir a la panadería del pueblo vecino, me habría inventado

cualquier cosa con tal de evitar ponerme un bañador, exponer mi piel blanca y rugosa, mis piernas rechonchas, mis pechos demasiado grandes, pero por encima de todo mi vientre, ese vientre que aborrezco, testigo de cargo del pasado, esos pliegues adiposos estrujados por la cintura de los pantalones..., y funcionaba, había conseguido la fortaleza necesaria para disimular, mentir, ostentar una actitud desenvuelta cuando Marguerite, ligera y saltarina, pasaba llevando a Milo de la mano, una gran fortaleza para que nunca llegaran a saber que, cuando se zambullían juntos en el agua, infinitos pesares me salpicaban.

—No es una buena idea, Milo, nos tiraremos horas, habrá que hablar de cosas técnicas, del presupuesto... Y, además, ayer ya quedamos en que te quedarías repasando con tu tía.

No insistió. En realidad, casi nunca lo hacía. Había heredado de mí el gusto por la armonía, una preciosa ayuda cuando se elevaba el tono entre mi madre y Marguerite: le bastaba una palabra, una ocurrencia o una mirada tierna para que se declarara una tregua general. Era tan querido...

¿Qué iba a ser de nosotros sin él?

—Pueden verlo un momento —añadió la doctora—, pero no pueden quedarse, tenemos que llevárnoslo para hacerle unas pruebas complementarias. —Observó al grupito que formábamos y precisó—: Solo los padres.

—Venga, id —suspiró mi madre, visiblemente contrariada—. Yo os espero aquí, no me moveré.

Marguerite se había quedado un poco aparte, apoyada en la pared junto a la

escalera, con la mirada gacha. Movía los labios, aunque no le oíamos pronunciar palabra alguna. ¿A quién le hablaba? Por un breve instante, la sensación de su agudo dolor se sumó a la mía.

—Me encuentro mal —le dije a Lino—. Me ahogo. Creo que no voy a soportar ver a Milo en ese estado. Mi pequeño, mi niño... No voy a poder. Me caeré redonda, me disolveré hasta desaparecer.

—Vas a aguantar porque no te queda más remedio —replicó él—. Vas a ser fuerte porque él va a necesitar eso: fuerza, valor, confianza. Está vivo, mierda. No es el momento de flaquear, Céleste.

¿De dónde sacaba esa energía, esa determinación? ¿No teníamos los mismos fantasmas?

Hace quince años, cuando el mundo se hundió, no eras tan resistente, Lino. Hace quince años, caímos los dos, el uno arrastrando al otro, en el abismo cenagoso de la desesperación.

Tú saliste primero, es verdad.

En qué estado. A qué precio.

Hubo que lavarse concienzudamente las manos, ponerse una bata y unos cubrezapatos verdes, ahora ya estábamos pertrechados, dos extraterrestres proyectados en plena pesadilla a este pasillo recorrido por una multitud de sonidos, los de las máquinas, vibrantes, chirriantes, y los de los seres que yacían allí, a la vista, resollando y gimiendo, abandonados a su suerte. De repente lo vi, allí estaba mi Milo, mi niño querido, pequeña criatura inmóvil, con el cráneo vendado y la cara medio tapada por un apósito, los ojos cerrados, atrapado entre los tubos del gota a gota como un miserable insecto en una telaraña. Corrí hacia él con el corazón dominado por una rabia

violenta contra la perversidad del destino, cogí sus dedos queridos entre los míos, sus dedos frescos e inertes, y grité su nombre: ¡Milo!

—Más bajo, señora, más bajo —ordenó la doctora a mi espalda, pero era inútil, todo en mí cedía, vacilaba, se derrumbaba bajo la luz cruda, un corrimiento de tierra interior.

Milo, mi hijo.

Eso no.

Socorro, Lino.

Lino

Por su forma de agarrarse a mi brazo, por su mirada en el momento de entrar en el box, calibré su angustia. Ella me preguntaba en silencio: ¿cómo te las arreglas para aguantar, Lino?

Lo que me sostiene es la ira. Una ira fría, inmensa, multiplicada.

Ante todo, contra mí, porque no he tenido la inteligencia (¿el valor?, ¿la lucidez?) de hacerme caso. ¿Cuántas veces en una vida experimenta el ser humano esta sensación de absurdo cuando sabe que se mete en un callejón sin salida, cuando toma una decisión que todo su ser rechaza, cuando acepta un regalo que intuye que está envenenado, cuando todo en su interior se alarma y le conmina en vano a que no descuelgue ese teléfono, no monte en ese coche, no entable esa amistad, no firme ese contrato?

¿Cuántas veces a lo largo de una vida renuncia el ser humano a confiar en sí mismo?

Si hubiera escuchado lo que la intuición me decía sobre esa maldita donación, Milo estaría en casa dándole patadas a un balón o bebiendo un refresco de menta mientras contaba golondrinas. Oiríamos estallar su risa en la otra punta del pueblo mientras hacía salir a las lagartijas escondidas en las hendiduras de la pared o practicaba el alfabeto semáforo agitando banderines,

una afición reciente que compartía con Marguerite: había que verlos mover los brazos sacando pecho con mucha dignidad, cada uno apostado en un extremo del jardín.

Pero una vez más ha tenido que ganar Jeanne en esa extraña batalla que nos enfrenta. Una idea genial que le ha permitido tomar una ventaja decisiva. En lo sucesivo, mi mujer y su madre tendrían una cosa más en común: esta casa. Un vínculo que solo desaparecería con la muerte. Un motivo suplementario para acaparar a Céleste, para vampirizarla. Jeanne recurriría a ella cada dos por tres para elegir una pintura o el jardinero más adecuado. Se haría la filántropa pagando facturas que en principio corresponderían a la nuda propietaria. En cuanto se le presentara la ocasión, recordaría que ya no le queda casi nada en reserva para cuando se jubile pero, y qué, fiscalmente era una oportunidad para su hija que debía aprovechar, así que, haciendo gala de su heroísmo, no lo ha dudado ni un momento. Un magnífico doblote que alimentaría a la vez su imagen de madre sacrificada y la culpabilidad de su hija.

Yo había puesto en guardia a Céleste. Ella, que lleva años sufriendo por ser la preferida, ¿iba a aceptar ser la única propietaria de esta casa?

No me gusta este lugar. Aquí nunca he encontrado mi sitio. Me gusta todo lo que hay alrededor, el campo yermo, el sotobosque atravesado por el sol, e incluso la línea férrea y el ruido de los trenes que trae el viento. Pero no me gusta esta casa en la que, no obstante, paso todos los veranos. Desde hace veinte años, la siento como una trampa que se cierra inexorablemente y expulsa de ella a todo lo que no es Jeanne o Céleste. Salvo a Milo, aunque con condiciones: se le pide que acepte sin rechistar el «reglamento interno»,

una lista de instrucciones expuesta de manera bien visible en el aparador de la cocina.

La mayor parte del tiempo, él se comporta de un modo irreprochable en consideración tanto a su madre como a su abuela. Sin embargo, a veces se enfrenta a esta última protagonizando ingenuas rebeliones, como si sintiera confusamente la necesidad de restablecer un equilibrio. De reunirse conmigo al otro lado. Ya sabe dónde se sitúan las fuerzas potenciales. Ha observado esas pequeñas cosas que a un extraño no le llamarían la atención: un periódico tirado a la basura antes de que yo haya podido leerlo, un menú preparado «olvidando» mis intolerancias alimentarias o un regalo de cumpleaños inadecuado. Mensajes perfectamente estudiados que no han escapado a su profunda sensibilidad.

Los dos lo sabemos: yo nunca he sido bienvenido.

Eso le preocupa, busca de manera indefinida las razones, pero es en vano: son invisibles para un niño. Formula una hipótesis: ¿quizá la abuela no se entiende con los hombres? De pronto lo asalta una viva inquietud al pensar que pronto él también se convertirá en uno.

Tiene un corazón muy tierno. Me sobrecoge pensarlo mientras escruto su cuerpo a merced de las máquinas, su cuello fino, su cabeza vendada. ¿Ceden los corazones tiernos más fácilmente que los otros?

Milo solo utiliza el término «abuela» cuando habla conmigo. Jeanne exige que la llamemos por su nombre y, sobre todo, que lo pronunciamos «Yin», como Jean Seberg, su referencia: tiene en común con ella el corte de pelo, aunque no la clase, y que no me digan que soy malo, la mala es ella.

Su forma de mantenerme a distancia al principio. De evitarme confiando en que su hija se cansara del hijo de un zapatero. De sonreírme luego

suspirando, cuando pasaron los meses. De estrecharme la mano desgadamente para acabar, al final, por besarme de refilón, mirando por encima de mi hombro, cuando comprendió que nuestra pareja sería indestructible. Última fase de su tolerancia.

Una sola vez, solo una, me abrazó, pero ¿podía hacer otra cosa aquel día aciago? No cabe duda de que los grandes dolores unen más que las alegrías.

Aquello no duró. A partir del día siguiente reservó su ternura para Céleste, como si, bien pensado, yo no fuera más que una víctima colateral, como si sufriera un perjuicio menor.

Vivo con ello. Encajo los golpes. Soy educado. Sigo el juego. Estoy corroído por dentro a fuerza de tragar sapos, pero ¿quién lo sabe? Desde hace casi veinte años me he aplicado a desempeñar mi papel de compañero y luego de esposo protector y comprensivo. Puesto que mi mujer es incapaz de disociarse de su madre, he aceptado el lote entero, y eso sin contar a Marguerite.

¿Cuánto tiempo puede un hombre, a lo largo de su existencia, acumular compromisos y soportar ofensas, por muy hábilmente disfrazadas que estén estas últimas? ¿Cuánto tiempo antes de que el dique se rompa?

Ira fría, helada contra el hombre sometido. Esa es la verdad, no he sido capaz de aprender las lecciones del pasado. He creído que el amor merecía que uno se acomodara a todo. Céleste me desarmó obteniendo mi consentimiento, era fácil, la quiero tanto..., y además ella misma era tan cándida, incapaz de calibrar la capacidad de molestar de su madre, incapaz de discernir sus estrategias, fusional y fusionada.

Debería haber recordado que no se gana nada agachando la cabeza, nunca. Huir o plantar cara, pero no tumbarse en el suelo. Dejé que Jeanne tomara el control y lo ha conservado hasta el final, hasta el día de hoy, maldita casa, maldita donación, maldita caída.

Mi hijo está en coma.

No es un accidente, es un homicidio colectivo.

Céleste se desplomó de golpe, como una luz que se apaga.

—No irá usted a hacernos lo mismo, ¿verdad? —preguntó la enfermera precipitándose para levantarla, y por descontado que no, «yo no iba a hacerles lo mismo», me mantendría en pie pese a la repetición, al horror, al miedo, porque no tenía elección, porque uno de los dos debe mantener la cabeza fuera del agua, si no, todo el mundo se hunde; sin embargo, Dios sabe que a mí también me habría gustado sumergirme en la nada, ahogarme en mis lágrimas, pero un hombre no llora pese a que lo atenacen las ganas de hacerlo, un hombre no se marea, un hombre hace callar a su mente desesperada y muestra su sangre fría, registra los datos, los parámetros, un hombre toma las decisiones adecuadas de acuerdo con el cuerpo médico.

Estuvo inconsciente unos segundos; dos camilleros ya estaban sentándola en una silla de ruedas. Yo le limpié las manchas de rímel que corrían por sus mejillas, la besé en la frente, le acaricié el pelo.

—Si se encuentra mejor, señora, vamos a mi despacho a analizar la situación con su marido.

Esta mañana le levanté la voz a Milo. Él bajaba bostezando con el torso desnudo. ¿Dónde te crees que estás para andar paseándote con esa pinta?, le dije.

Me anticipaba al comentario de Jeanne, quien no dejaría de poner de relieve la mala educación de mi hijo. Entraba en su juego de lleno.

—Papá, estamos de vacaciones.

—Eso no es una razón para descuidar tu aspecto.

Se mordió el labio y me lanzó una mirada explícita que significaba: Vale, papá, adelante, dátelas de yerno ideal con la abuela, no tengo nada en contra de hacerte de fusible, si es necesario.

Y eso me puso frenético, esa sensación de ser pillado en flagrante delito de cobardía por mi propio hijo, que podía constatar que su padre seguía pendiente de eso, de buscar el asentimiento del déspota como si, después de veinte años de intentos infructuosos y pese a todo mi resentimiento, esperara aún que me concediese un lugar en su vida, que me concediese un gramo de reconocimiento, eso me llenó de rabia contra mí mismo y, como me era imposible volcarla sobre Jeanne, la emprendí otra vez contra él utilizando el motivo recurrente de conflicto entre nosotros: los deberes.

—¿Cómo llevas el repaso? ¿Por dónde vas?

—¡Papá! ¡Estoy desayunando! ¿No podríamos hablar de eso más tarde?

Según él, soy un padre severo, demasiado exigente. Ignora el valor de la libertad que se adquiere gracias a la formación. He intentado explicárselo, transmitirle de dónde viene, de dónde vengo yo: hijo de zapatero y encima, como señaló amablemente Jeanne, no un artesano, sino un obrero, un simple asalariado en una fábrica. Yo vengo de los sudores derramados, de los dedos agujereados, hinchados, deteriorados, vengo de los hedores del cuero, de los pulmones extenuados, vengo de la servidumbre, del capataz bronco, del esfuerzo apenas recompensado por la supervivencia. ¿Cómo he conseguido salir yo de eso, Milo? En tu mundo, el que te he construido, puedes tomarte un zumo de naranja por la mañana, elegir entre un montón de prendas aquella con la que te sentirás cómodo, comprar el libro que necesitas en clase, poner el despertador para que suene en el último momento y ahorrarte un madrugón inútil. No debes conformarte con un nauseabundo sucedáneo de café en forma de achicoria, con unos pantalones cuyo color y corte detestas, pero que

tu madre ha elegido y comprado por partida doble porque abrigan, son resistentes y baratos, no tienes que levantarte al amanecer para coger un autobús que te llevará al tren con el que irás a la ciudad, donde te subirás a otro autobús hasta el colegio o la biblioteca, haga el tiempo que haga, sea la estación que sea, solo, sintiendo miedo de tu sombra, miedo del ruido de tus tripas o del chirrido de tus zapatos, porque no eres más que un niño y te has cruzado ya con hombres borrachos y perdidos, porque en tu mundo mueren más y más jóvenes..., prueba de ello es tu propio padre, que lo hizo con menos de cincuenta años.

He trabajado duro porque debía salir adelante, Milo, pero tú no tienes necesidad de hacerlo, al menos por el momento y quizá, sin duda incluso, nunca, así que no conoces esa sensación de urgencia que permite escalar la cara norte de las montañas. Eres formal estudiando, pero no te implicas de verdad. Eres mediano, y yo rechazo eso, Milo. La medianía es lo que me corresponde a mí, al igual que la vida subterránea a mis abuelos, y la vida a ras del suelo, a mis padres. A ti te reservo la cima. Quiero verte volar. Tú eres la finalidad, el resultado, la admiración. En eso, por otro lado, tu madre comparte mi punto de vista, da igual que el motor sea diferente. Para ella, por supuesto, es algo distinto, otra ecuación, como si subir peldaños pudiera protegerte de lo peor, pero no importa, llega a la misma conclusión: debes aspirar a lo más selecto, a lo más alto.

Le contesté con sequedad.

—No, Milo, no podemos hablar de eso más tarde. Más tarde, tu madre y yo estaremos ocupados comprando los azulejos para la piscina. Por cierto, ¿sabes cuánto vale una piscina? Es agradable tener una, ¿no? Pues no todo el

mundo puede permitirse ese lujo. Exige muchos esfuerzos. Inversión personal. Quiero que me enseñes tu plan de trabajo antes de comer.

Milo suspiró, sin insolencia. Era más bien una especie de resignación iluminada.

—Lo preparé ayer con mamá. Estudiaré inglés con Marguerite.

—Y también historia. Repasad la Antigüedad, tu tía acaba de participar en unas excavaciones en una villa romana. Este curso lo tenías en el programa, ¿no?

—Exacto, es algo del pasado, papá. Ya hemos terminado.

—A eso se le llama profundizar, Milo. Tienes suerte de contar con una especialista, así que aprovéchalo. Fin de la discusión.

¿Por qué esta mañana, en el momento de irme, no he dejado a un lado unos instantes esa sobreactuación, por qué no me he olvidado de ese papel de padre autoritario para abrazarte? ¿Por qué no he vuelto a decirte lo orgulloso que me siento de ti, de tu vivacidad, de tu humor, de tu generosidad, de tu valentía?

¿Por qué no he sabido nunca bajar la guardia, quitarme esta armadura construida a mi pesar, confesarte que me has dejado muchas veces... maravillado? Por ejemplo, aquel día que me enteré por uno de tus compañeros de clase que, en el colegio, uno más alto y más fuerte que tú te había molido a palos para obligarte a que te pusieras a sus órdenes. Y que tú te habías negado y te habías levantado una y otra vez, recibiendo más y más, lleno de magulladuras, mirándolo directamente a los ojos, hasta que el otro, desconcertado por tu actitud, había acabado por desistir.

En lugar de felicitarte por haber sido tan valiente, me limité a censurar a los vigilantes por su irresponsabilidad.

Un fenómeno extraño hace que los cumplidos se me queden atascados en algún lugar entre el corazón y los labios. Como si aplaudirte demasiado fuerte o manifestar mis sentimientos fuera a debilitarte.

Cuando vuelvo por la noche, después de una larga jornada de trabajo, me muero de ganas de darte un beso, pero te regaño porque no has guardado la bolsa de deporte.

Cuando leo tu boletín de notas, paso por encima de los excelentes resultados escolares y, disimulando mi alegría, señalo el único comentario vagamente crítico de un profesor famoso por su intransigencia.

Tu madre refunfuña: venga, Lino, no te pases.

Leo la decepción en tus ojos, tu espera, me arrepiento, pero no digo nada.

Me asalta un súbito pensamiento. ¿Podría ser que murieras sin saber cuánto te quiero?

La doctora ha dicho: «Tenemos esperanzas».

El despacho me pareció vacío, dos o tres diccionarios abandonados en los estantes, unos cuantos bolígrafos dentro de un vaso de plástico, no había ni foto de familia, ni diploma enmarcado, ni planta crasa sobre el alféizar de la ventana, todos esos detalles que dan normalidad, tranquilizan, nos permiten pensar que nos encontramos en las manos de un ser humano con preocupaciones idénticas a las nuestras, de inmediato la inquietud se ha apoderado de mí, en fechas recientes habían corrido rumores sobre un posible cierre de ese hospital, cabía dentro de lo posible que se hubiera puesto en marcha el proceso, que los mejores hubieran huido ya hacia otros horizontes, ¿quién iba a ocuparse de mi hijo?

Para incrementar mi angustia, la mujer era rubia, joven, unos treinta y cinco años a primera vista, con la frente salpicada de marcas de acné mal

curado, y hablaba con un marcado acento extranjero. Instintivamente, le pregunté por su origen. Ella respondió sonriendo, al tiempo que me daba la mano: doctora Natalia Netchev, soy búlgara, ¿eso supone algún problema para usted?

—Por supuesto que no —repliqué, consciente de que mentía, de que en el fondo tenía dudas porque era una mujer, porque era joven, porque era extranjera y quizá incluso porque era rubia, y además, también a causa de ese despacho vacío, angustioso, era consciente de que el pánico me arrastraba por caminos nauseabundos, mortificantes, pero no tuve tiempo de avergonzarme —pese a la mirada atónita y reprobadora de Céleste—, la doctora Netchev, impasible, acababa de tomar de nuevo la palabra y detallaba la situación de Milo: traumatismo craneal en principio moderado, lesión de la bóveda, hematoma subdural, ablación de una parte de los huesos del cráneo, colocación de un sensor, vigilancia de la presión, sedación.

Mi hijo estaría dormido durante un período de tiempo aún indeterminado, pero *debería despertar*. Además, una buena noticia relativa, los múltiples exámenes no revelaban nada más, el cráneo había sufrido, desde luego, pero el resto del cuerpo, tórax, abdomen, extremidades, estaba intacto, con la salvedad de la fisura de una costilla, algunas contusiones y, por supuesto, la mejilla desollada.

—¿Y le quedarán secuelas, doctora?

Mientras ella hablaba, yo no había dejado ni un momento de pensar en eso, en la posibilidad de una minusvalía, temiendo oír palabras terribles, daños en la médula espinal, lesiones cerebrales, parálisis, hemiplejia, tetraplejia, y, puesto que ella no había pronunciado ninguna de ellas, mi conclusión era que se trataba de algo que pronto estaría solucionado, sí, claro, era un trance de envergadura, pero, aun así, ¡nos habíamos librado de lo que rozaba lo peor!

Desgraciadamente, la doctora Netchev tenía otras palabras en la reserva. Se apartó el mechón rubio que le caía sobre la cara, se inclinó hacia nosotros y puso con delicadeza las manos sobre las nuestras, como si quisiera establecer un lazo y conseguir que la información circulara con más fluidez, sin percatarse de lo aterrador de su gesto.

—Es demasiado pronto para hacer un pronóstico. Debemos esperar a que se despierte para llevar a cabo una evaluación neurológica, y eso no será antes de veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Milo ha sufrido una conmoción considerable y la intervención que le hemos practicado no ha sido poca cosa. ¿Comprende?

Que si comprendía... En un lapso de dos horas, mi único hijo, mi chaval rebosante de vida, de alegría, de proyectos, de futuro, mi hombrecito de ojos verdes había sido traspasado con catéteres, intubado, drogado, escaneado y, una vez practicados los oportunos cortes en el cráneo, operado y cosido. Unas personas —unos perfectos desconocidos— lo habían tenido entre sus brazos, habían luchado para reanimarlo, mantenerlo con vida, aliviar su sufrimiento, curar sus heridas.

¿Y qué? A unos kilómetros de allí, en el mismo momento, su madre y yo, cómodamente arrellanados en amplios sillones de imitación Luis XV, escuchábamos con total tranquilidad cómo un notario enumeraba las obligaciones vinculadas a la donación y, luego, la interminable lista de cualidades de la donadora.

No, a decir verdad, no estaba seguro de entenderlo bien. Toda aquella información formaba un magma incoherente, insoportable, inaceptable.

—Van a tener que prepararse —prosiguió la doctora Netchev tras una

pausa—. Habrá un cambio importante. Para él y para ustedes. Para toda la familia, en realidad.

Miré a Céleste y eso me partió el corazón. Se había quedado más pálida aún. Su mirada atravesaba la habitación, huía hacia el horizonte. Fuera, se veía el balanceo metronómico de los álamos plantados alrededor del aparcamiento. Éramos tres en aquel despacho, pero de repente me sentí solo, terriblemente solo, y aquella mierda de voz interior invadió el espacio, tomó el poder, me susurró sus argumentos, «apoyo», «ayuda», «corto plazo», tú serás más fuerte, Lino, es preciso, ¿estás oyendo a la doctora? «Habrá un cambio», una «evaluación neurológica», debes «prepararte», esto no durará, necesitas que sea así, será temporal, sin excesos, una muleta que sacamos del trastero el tiempo necesario para que se cure la fractura y después volvemos a guardarla, nada más, no se trata de desmoronarse, de volver a hundirse, simplemente de superar una dificultad, de vencer el pánico.

Me levanté y salí de la habitación sin excusarme por hacerlo. Fui corriendo hasta el lavabo ante la mirada despavorida de Jeanne, que estaba apostada en el pasillo, cerré la puerta a mi espalda y me tumbé boca abajo en el suelo.

Hice veinticinco flexiones seguidas. En otros tiempos aquello habría funcionado, habría bastado para matar la envidia que azota el vientre y trastoca la cabeza, para limpiar mi cerebro de esos pensamientos tóxicos, el terror, la impotencia para encontrar otra salida, pero la suerte ya estaba echada hacía mucho, esta vez yo estaba demasiado deteriorado para salir adelante solo con fuerza de voluntad.

En la vigesimosexta flexión, me desplomé y lloré como un niño repitiendo el nombre de mi hijo.

Jeanne

Salió en tromba del despacho y fue corriendo hacia los lavabos más blanco que el papel, aquello me encogió el corazón, Céleste estaba afrontando sola el infortunio, porque había malas noticias, eso era evidente, no había más que verla por el resquicio de la puerta sentada frente a la doctora, con la espalda encorvada, la cabeza inclinada, las manos crispadas sobre los apoyabrazos..., mi hija querida, adorada, destrozada por el dolor y los interrogantes.

No me detuve ni un segundo a pensarlo. Entré en la habitación, la cogí por los hombros, la besé, la acaricié. Estoy aquí, cariño, estoy contigo, todo irá bien, nuestro Milo saldrá adelante, no es un niño cualquiera, es un valiente, un luchador, es tu hijo, un Polge, una familia con la piel dura, pero ella se volvió como si no me viera, como si no sintiera mis besos, como si no sintiera mi amor, un auténtico robot, y gritó: ¡Lino! ¡Lino!

¿Cómo podía hacer caso omiso de lo que sucedía?

—Señora —preguntó la doctora—, ¿quién es usted?

—Su madre. Bueno, la abuela de Milo.

—Bien. Debo pedirle que espere fuera. No hemos terminado.

Siempre haces lo que te da la gana, hija mía. Y mira en la que te ves ahora: sola en ese despacho, él encerrado al final del pasillo, y yo impotente para ayudarte porque «simplemente» soy tu madre. Estúpida jerarquía.

Sin embargo, soy la más fuerte, puedo sostenerte, ya lo he demostrado, ¿no? No necesitaré revulsivo ni armadura, la perspectiva de tu felicidad y, en última instancia, el deseo de protegeros a Milo y a ti me bastan como carburante. Eres mi prioridad absoluta. ¿Puedes decir lo mismo de tu marido? En fin, hija mía, ¿cuántas heridas hacen falta antes de que abras los ojos? Lino siembra la desgracia por donde pasa. Me horroriza hacer este tipo de discurso, pero habría que ser muy hipócrita para negarlo. Por lo demás, es edificante la manera que tenéis los dos de mentirle al mundo entero, empezando por vosotros mismos. De hacer como si lo hubierais digerido todo. Como si no quedara ni rastro de vuestra lucha, ni rastro de vuestra tragedia.

Yo no he olvidado nada. ¿Cuántas veces te rescaté de la desesperación, desmejorada por las noches en blanco que pasabas navegando por la red en busca de un producto, una técnica o un especialista en milagros cuando no conseguíais concebir un hijo? Espermatozoides de mala calidad, eso no es una invención.

Mucho después, ¿quién te salvó la vida aquel día abominable, cuando, ajena a ti misma, ante el cadáver de tu hijo muerto antes de haber nacido, pedías acabar tú también con tu existencia?

No me adjudico ningún mérito por ello, soy tu madre, lo que hice era normal, más aún, era doblemente indispensable porque, lo confieso de buen grado, salvándote me salvaba a mí misma.

Me gustaría que me dijeras dónde estaba Lino en aquellos tiempos oscuros. ¿Quién te acogió entre sus brazos un día tras otro, quién te oyó gemir y llorar

a lo largo de meses, con el corazón roto ante la amplitud de tu pena, pero con el hombro siempre firme?

Se atuvo a los dos días de permiso establecidos, respetando la ley en vigor. Se presentó en la oficina el jueves por la mañana, afeitado e impasible, y se puso a trabajar. Conozco tu explicación: había que seguir pagando el alquiler y las facturas y, además, cada uno vive el duelo a su manera.

Las dos sabemos cómo anesthesiaba su dolor, aunque creísteis que podíais ocultármelo. En eso también lo defendiste. Le dabas caramelos de menta cuando llegaba a casa, antes de que tuviera tiempo de saludarme. Lo interrumpías si farfullaba un poco. Rellenabas las botellas vacías. Mencionabas compensaciones necesarias.

No nací ayer, Céleste. Tu marido y tu hermana, vas de uno a otro, te adelantas, reparas faltas, despliegas defensas, pero ¿cuándo piensan ellos realmente en ti?

Hoy no, cuando el infierno se abate de nuevo sobre vuestras cabezas, cuando mi nieto lucha contra la muerte. Lino está encerrado en el lavabo y Marguerite, pegada a la pared, evita mi mirada. Por cierto, ¿nadie le ha preguntado qué hacía con Milo en bicicleta? ¿No se suponía que iba a ayudarle a hacer los deberes?

—¡Marguerite!

Tras un titubeo, ha escogido el peor momento para cruzar el pasillo y ha acabado molestando a los camilleros. ¿Cómo se pueden tener unas piernas tan finas y desplazarse con tanta torpeza?

—¿Puedes decirme qué hacíais los dos montados en bicicleta?

—Milo quería recoger unas flores para Céleste. Unos girasoles.

Ha hablado con un hilo de voz, tiene veintiocho años, pero sin duda le gustaría hacer creer que solo tiene diez, que no es responsable de sus actos, esa es su eterna defensa, ella nunca es responsable de nada, la culpa nunca es suya, simplemente no tiene suerte.

En su descargo, ha salido a alguien en cuestión de cobardía.

—No he sido capaz de negárselo, era un detalle tan bonito...

Pero ¿por qué demonios ha tenido que invitarse una vez más a pasar aquí las vacaciones? ¿Por qué no se ha ido con sus amigos arqueólogos? Se pasa el año contando sus apasionantes aventuras en Egipto, Italia o España, sus encuentros con científicos originales y espirituales, sus descubrimientos, sus conferencias, describe a un grupo alegre y culto que la reclama desde todos los rincones del país. Entonces ¿a santo de qué le ha faltado tiempo para venir aquí nada más empezar el verano?

¿Acaso no ves que te pasas, Marguerite?

Sí, por supuesto. Tienes algunos defectos, pero no eres idiota.

Haces como si lo fueras. Te refugias detrás del inocente e impulsivo cariño que te demuestra Milo. Sabes lo sensible que es tu hermana a eso y te da igual si, por otro lado, sufre al verte deambular delante de ella con tu cuerpo flexible, tus ojos de gacela, tus facciones regulares... y esa maldita cruz sobre tu mejilla dorada. La naturaleza ha sido injusta con ella. ¡Mientras que tú...! Tú has arramblado con todo.

No puedo reprochártelo. Tú replicarías que tampoco has tenido nada que ver con eso y estarías en lo cierto.

Aun así... Sufro viéndote en esta casa. Es testigo de la época en que nuestras existencias todavía eran apacibles. En ella viví los diez años más

hermosos de mi vida, ojalá hubiera sido consciente de eso, pero lo cierto es que solo valoramos correctamente lo que hemos perdido. Los eché a perder, los dejé pasar, imaginaba que los siguientes serían aún mejores. A duras penas los saboreé, como un entrante que engullimos deprisa y corriendo para pasar cuanto antes al plato principal. Por desgracia, ese plato resultó muy indigesto y desde entonces me toca comérmelo sola hasta las últimas migajas.

Esta mañana, en la notaría, me ha parecido estar viéndonos a Jacques y a mí hace poco más de cuarenta años, exultantes mientras firmábamos la escritura de compra. No era más que el cuerpo principal de una granja, una construcción estrecha, oscura y mal aislada, y una pocilga en un estado lamentable. Estuvimos todo el tiempo que duró la visita con la nariz tapada y riendo como críos: el suelo y las paredes estaban manchados de barro y de excrementos de las gallinas de la antigua propietaria, que había fallecido tres semanas antes. ¡La mierda no nos echaba atrás! Éramos propietarios de una segunda residencia, yo tenía tan solo veinte años, él, dieciocho más, pero estábamos llenos por igual de alegría y de sueños. Limpiamos, decapamos, aplanamos, pintamos todas las habitaciones cantando hasta caer muertos de cansancio. Elegimos juntos cada planta y cada árbol para componer un jardín extraordinario que estuviera florido en todas las estaciones.

Esta mañana he vuelto a ver a Céleste correr sobre la hierba, persiguiendo a una mariposa a la que soltaba sistemáticamente después de unos segundos de cautividad, luego columpiarse suplicándome que la empujara para llegar más arriba, cada vez más arriba, y echarse a llorar de miedo y excitación mezclados: «¡Mamá, voy a caerme, cógeme!».

Yo agarraba las cuerdas rugosas y me desollaba los dedos para ralentizar poco a poco el balanceo, ella se arrojaba en mis brazos, con el cuerpecito

regordete, lleno de amor, me cubría de mimos embriagadores y se marchaba de nuevo a la aventura..., noto todavía en el cuello sus aterciopelados besos infantiles.

Quitó el columpio antes de que tú nacieras, Marguerite; Céleste ya no se montaba en él desde hacía dos o tres años. Se había convertido en una niña aplicada, meticulosa, preocupada por complacer a los demás, sobre todo a su padre y a mí. Yo había dejado de estar enamorada de Jacques muy pronto; visto en retrospectiva, creo que nunca le amé, al menos apasionadamente. Amé la idea del amor, del matrimonio y del confort social, y eso me creó la ilusión suficiente y sincera de que lo amaba a él, el hijo de un médico, ya al frente de su propia empresa de seguros, yerno ideal pese a su físico no muy allá.

No tenía importancia: formábamos un triángulo perfecto. Jacques era todo atenciones, no exigía lo imposible, después de todo, él también se había casado con un concepto, el de una chica de cuna un poco más baja (aunque, pese a todo, hija de un jefe de departamento del Ministerio de Fomento), pero mucho más joven y guapa de lo que había esperado después de años de celibato forzado. Céleste colmaba todas las carencias y yo me realizaba en mi papel de madre de familia, organizando la vida cotidiana, velando por que las necesidades de todos estuvieran cubiertas, estructurando, preparando, anticipando. Se me daba muy bien, Jacques lo señalaba sin parar, me elogiaba ante nuestros amigos, qué sería de nosotros sin Jeanne, es el pilar, el armazón de esta casa, tiene gusto, maestría en todo lo que hace y, ¿sabéis qué?, sin ella todo se vendría abajo, yo no sería nada.

Todo se vino abajo, sí. Sin embargo, él salió espléndidamente bien parado. Se me objetará que murió, que le falló el corazón, y es cierto, pero eso

sucedió años después, estábamos separados desde hacía tiempo, así que no se me puede cargar ese mochuelo a mí. El pico de oro huyó y tardó menos de seis meses en encontrar la nueva horma de su zapato: una diseñadora de interiores con moño de bailarina y apellido con partícula. Huyó, el muy hipócrita, el muy cobarde: no soportaba verte.

En cuanto a mí, ¿debería haberte querido simplemente porque saliste de mi vientre? ¿Debería haberte querido contra viento y marea, contra la traición, el abandono, la mentira? ¿Contra la desesperación? ¿Acaso no merecía yo también que me protegieran, que me defendieran, que me apoyaran? ¿Quién puede fabricar sentimientos a partir de la nada?

Me señalaron con el dedo. Murmuraron a mi espalda. La mala madre. La mala esposa. La mala mujer, en definitiva. «Pobre chico. Ella no era digna de él.» ¡Hasta mis padres se pusieron de parte de Jacques! Nadie supo la inmensa pena que me invadía al verte crecer, desplegar tu belleza, tus sonrisas, tender tus brazos sin poder sentir otra cosa que una rabia corrosiva. Nadie supo las horas que pasé observándote, esperando, rogando en vano que brotase la emoción salvadora. Como si fuera fácil y no tuviera consecuencias dar a luz sin amor. Como si no estuviera consumiéndome a fuego lento.

Tan solo quedó Céleste para consolarme, aunque desgajada de su padre. Tenía apenas doce años, pero ya intuía que los culpables no son siempre los que empuñan el arma del crimen.

Doce años: ese número es nuestra maldición. La primera fractura ocurrió el año que los cumplió Céleste; la segunda, el año que los ha cumplido Milo, y tú, Marguerite, eres el terrible denominador común.

Esta mañana, cuando nos disponíamos a salir de casa, salir, en lo que a mí respecta, en un doble sentido, puesto que iba a desposeerme de ella, me he

vuelto y he visto a mi nieto inclinado sobre sus cuadernos, con el extremo del lápiz en la boca. O más bien he visto a Céleste a la misma edad, sentada a esa misma mesa, con los cuadernos abiertos sobre ese mismo hule con dibujos de flores de azafrán.

Cuando le anunciamos nuestra separación, Jacques intentó recuperarla con el señuelo de una vida fácil, acomodada y sin obligaciones.

—Conmigo serás libre —argumentó, en defensa de su propuesta—, contarás con mi plena confianza, muy pronto serás una adolescente, necesitas flexibilidad para desarrollarte, ¡el bebé lo complicará todo, tendrás que adaptarte a su ritmo, a sus prioridades!

Le preocupaba mucho menos hacerla feliz que castigarme. Puesto que el futuro que había planeado ya no era posible, arruinaría el mío. Ese era su verdadero plan. Me dejaría cara a cara con Marguerite, a un lado los buenos y al otro las malas, a un lado la comodidad y al otro el esfuerzo.

Pero Céleste hizo que todos sus planes fracasaran. Resistió, incluso cuando él le prometió por anticipado que le regalaría un escúter por su decimocuarto cumpleaños. Ella se negaba a alejarse de su hermanita y le replicó a su padre: o nos llevas a las dos, o te vas solo.

Amarga alegría.

Si hubiera sabido cómo habíamos llegado a aquel punto, ¿habría tomado otra decisión?

Algún tiempo después del nacimiento, le propuse a Jacques decirle la verdad: a fin de cuentas, tenía doce años y demostraba una notable madurez. Además, yo temía el atolladero que auguraban nuestras mentiras. Él se negó con el pretexto de que era demasiado tarde para dar marcha atrás y exigió que mantuviéramos la versión oficial del divorcio.

Abrió otro despacho en provincias y compró un piso enorme en un edificio antiguo. Acogió a Céleste la mitad de las vacaciones escolares, renunció a la idea del escúter (después de que yo lo amenazara con una demanda solicitando la revisión de su derecho a tenerla en casa, si en serio pensaba poner la vida de mi hija en peligro), pero compró un labrador de color miel llamado Jessie, lo que le valió un arrebató de amor y gratitud inmediatos por parte de su hija y me obligó a mí a adoptar enseguida un gatito para equilibrar las fuerzas.

Tres semanas más tarde descubrimos que Marguerite era muy alérgica a los gatos. Tuve que llevar al animal al refugio, acompañada de una Céleste hecha un mar de lágrimas. Y Jacques, que ya se negaba a admitir al bebé en su casa con la excusa de que los hombres son incapaces de ocuparse de niños tan pequeños, encontró en aquello un argumento suplementario: había que evitar correr el riesgo de descubrir otra alergia, ¿qué haríamos, en tal caso, con Jessie?

Lino pasó de nuevo a toda velocidad por delante de nosotras, sin decir ni una palabra. Abrió la puerta del despacho de par en par, Céleste estaba ahora de pie frente a la doctora, se echó en brazos de su marido y permaneció un rato pegada a él. Lino se desasíó poco a poco, como si se liberara de una segunda piel, y se dirigió hacia nosotras con seguridad.

—Coged un taxi y volved a casa. Céleste y yo esperaremos con Milo.

Mi yerno me echaba, pura y simplemente.

—Prefiero quedarme —protesté—. Podría seros útil.

Y tú lo sabes, Lino. Podría reconfortar a Céleste, calmar sus angustias, enjugar sus lágrimas. Podría sufrir, velar, rezar con ella, podría aliviar su

pena, como ya hice tiempo atrás. Ella necesita a su madre en un momento así, ¿tan difícil es entenderlo, pedazo de animal?

—No, Jeanne. Milo tardará bastante en despertar. No se puede hacer nada, os tendremos al corriente de cualquier novedad.

—Vámonos —susurró Marguerite—. Es mejor que los dejemos solos a los tres.

—Eso es —dijo Lino—. Exacto.

—Al menos puedo darle un beso a mi hija y ver a mi nieto antes de irme, ¿no? ¡Estoy preocupada por él!

—Los médicos tienen muchas esperanzas.

A veces me pregunto si Lino es consciente de que yo también quiero a Milo. No solo porque es la prolongación de su madre y lo más precioso que ella posee, sino porque no puede ser de otro modo. Porque es la alegría, la esperanza, una justificación del pasado, una garantía del futuro. Porque es divertido y tierno, un poco travieso y lo bastante listo para traerme por sorpresa un bonito ramo de cardillos y salicarias cuando me dispongo a sermonearlo por haber dejado sus cosas por en medio. Porque es el sol que calienta nuestras vidas, porque es nuestro consuelo.

Quiero a Milo y tengo miedo por él. Tengo miedo de que sufra, miedo de que nos abandone, miedo de que elija no regresar.

Tengo miedo de los días aciagos. Del frío. Del final.

Tengo miedo de la muerte, Lino.

Oigo desde aquí los bips de las máquinas, los ronquidos, oigo hachazos, oigo la guillotina, oigo la posibilidad de un mundo que se desmorona.

Tengo miedo por todos nosotros, ¿puedes entender eso?

Pero si los médicos «tienen muchas esperanzas...».

—No es un buen momento, Jeanne, de verdad.

Se obstina. Saborea la ocasión de ejercer su poder, de ganar una batalla, da igual que el combate tenga lugar en un hospital.

En todas partes, siempre, actúa como si yo fuera una enemiga e intenta alistar a Milo en su bando. En casa, toma sistemática y ostensiblemente partido por él cuando yo lo critico. Y, sin embargo, Dios sabe que mis observaciones solo las dicta mi preocupación por su educación y el amor que siento por él. ¡Dios sabe que me resultaría mucho más cómodo callar y dejarle hacer lo que quisiera! Pero no hay ninguna posibilidad de que Lino reconozca eso, su animadversión le ciega. Durante las comidas, en cuanto me ve ocupada delante de los fogones, ríe con disimulo y le da codazos a su hijo imitándome. En esos momentos, el padre severo, el que manda copiar diez veces un ejercicio a su hijo por una simple falta de atención, desaparece como por ensalmo.

Yo me callo por consideración a mi hija, pero me doy cuenta de todo.

¿Qué te crees, Lino? ¿Crees que manipulas a mi nieto tan fácilmente? ¿Crees que ha olvidado las horas que he pasado leyéndole cuentos o cultivando juntos nuestro huerto? Ríe contigo por lealtad, porque no quiere decepcionarte o apesadumbrarte. Pero, por la noche, cuando te pones los auriculares para consultar tus pes másters y doctorados, periódicos aislado del mundo, él sube a mi habitación de puntillas y miramos juntos las fotos de su madre cuando era pequeña que tengo junto a la cama. Señala los parecidos entre nosotros tres, un hoyuelo, las mejillas redondeadas, se lo pasa bien, me da un beso deseándome buenas noches.

De Céleste ha heredado su inalterable bondad. De ti, Lino, la tenacidad..., con la diferencia de que, en tu caso, esta tiende a la obstinación.

A veces me pregunto si no querrás saldar otras cuentas interponiéndote entre tu hijo y yo. Unas cuentas de las que ni él ni yo somos responsables.

—Solo tengo un nieto, Lino, no sé si lo recuerdas.

Toma, qué te parece este gancho, es para recordarte que los padecimientos familiares no te están reservados solo a ti.

Se estremece de la cabeza a los pies: blanco alcanzado.

—Está bien. Pero daos prisa.

—Te espero en el vestíbulo —susurró Marguerite—. Me encargaré del taxi.

Desapareció de inmediato entre un revoloteo rojo y blanco.

Mientras me dirigía al box donde estaba Milo, con el corazón palpitante, de pronto me di cuenta de que ella y yo no tardaríamos en encontrarnos cara a cara.

Hacía años que eso nos pasaba.

Marguerite

Que me dejen ocupar tu sitio. Quiero estar tendida en ese box de paredes ciegas, en esa cama con barrotes metálicos y sábanas blancas... o azules, o grises, no lo sé, no he podido acercarme a tu cabecera, a nadie se le ha ocurrido proponérmelo, a lo mejor esa cama no tiene barrotes, a lo mejor hay una ventana frente a ti y tus ojos escapan hacia el cielo cuando se abran de nuevo.

Quiero tener el cráneo agujereado, la cara desollada, quiero sufrir en tu lugar porque sé que sufres, seguramente, los médicos siempre dicen a las familias que sus allegados no sufren, ¿acaso nos toman por idiotas? Han cortado, troceado, han clavado agujas en tu suave piel y la han atravesado con tubos, te han inyectado productos de toda clase, ¿y se supone que no sufres?

Quiero ocupar tu sitio. Me corresponde a mí.

Pero, Milo, ¿por qué esta mañana te has empeñado en hablar de las villas romanas? ¿Por qué has preguntado tantos detalles sobre el yacimiento? Veías a las claras que trastabillaba. Normalmente eres muy sensible a esas cosas. Cuando notas que un tema me incomoda, lo evitas. Te apresuras a acudir en mi auxilio para ayudarme a esquivar las preguntas embarazosas de tu padre, tu madre o tu abuela. Desvías la atención. Detectas los ataques y los

obstáculos antes que yo. Me proteges. Es así desde que naciste, desde que tu madre te puso entre mis brazos... Ah, la cara de Jeanne aquel día.

Un hilo invisible se tejió entre nuestros corazones. Un hilo de amor simple, puro, sin motivos.

Nadie más que tú, Milo, me ha mirado sin filtros. Tu madre con el de la compasión, la mía con el de la obligación y el deber. Tu padre me juzga, acecha mis pasos en falso, el mío murió, y antes de eso era yo quien parecía muerta a sus ojos sin que jamás haya sabido por qué.

Para ellos soy una preocupación, una desagradable mancha, un error de itinerario, una carga. Para ti, no.

¿Por qué insististe esta mañana? ¿Tan urgente era trabajar sobre algún tema de la Antigüedad?

Desde que cumpliste doce años, algo ha cambiado. Frunces el entrecejo, sacas pecho, parece que te hayas hartado de ser un niño. Creo que quieres impresionar a tu padre. O quizá tranquilizar a tu madre, que siempre tiene miedo de todo lo relacionado contigo. Quieres demostrar que no eres tan frágil, que te has hecho mayor, responsable.

Pero es una ilusión, y sé de lo que hablo. No hay más que observar tus mejillas sonrosadas cuando pedaleas a mi lado, oírte reír zambulléndote en la piscina o canturrear mientras meriendas, eso, fíjate, es la prueba definitiva de que todavía eres un niño, solo ellos meriendan, cuando uno crece ni siquiera se le pasa por la cabeza, algunos días se permite una copa al acabar la jornada, no está pendiente del reloj con la agitación que muestras cuando se acercan las cuatro y media de la tarde.

Lo daría todo por estar en tu lugar, Milo. Por que fueses tú quien volviera a casa en taxi, sentado junto a Jeanne.

Se ha sentado pegada a la puerta, es algo inconsciente pero a la vez permanente en ella, siempre interpone una distancia de seguridad entre nosotras. Cualquiera diría que soy portadora de una enfermedad vergonzosa y contagiosa.

—Cuando lleguemos, pela las judías.

Se dirige a mí sin apenas abrir la boca, en un tono monocorde, desviando ostensiblemente la mirada. Cuando yo era más joven, era distinto, gritaba, se enfadaba, dejaba escapar un suspiro tras otro levantando la mirada hacia el cielo, dando golpecitos nerviosos con el dedo en la mesa o con el pie en el suelo. Pasó de la exasperación a la indiferencia. Con una constante: en veintiocho años, jamás la he visto manifestar hacia mí el menor gesto de ternura, bajo ninguna circunstancia. A los cinco años me rompí un brazo en el patio del colegio; a los siete me ingresaron de urgencias para operarme de apendicitis; a los nueve derramó té caliente sobre mi muslo y, unos meses más tarde, me administró por error un betabloqueante. Aquel día habría podido sufrir perfectamente un paro cardíaco, pero a ella lo único que se le ocurrió hacer fue despotricar contra los nombres de los medicamentos genéricos.

Por lo demás, afrontó todas las situaciones, rellenó los impresos, puso al día los expedientes, y cambió los vendajes con rigor y aplicación. Cumplió las funciones mínimas de una madre, por así decirlo. Sin abrazos, sin caricias, sin ningún afecto aparente. ¿Te imaginas, Milo, un mundo sin caricias? ¡Tú que desde siempre recibes tantas, y de todos!

Aun así, no estaba resentida con ella. La consideraba frágil, aún no tenía diez años, pero me sentía responsable de su eterno cansancio y sus supuestos apuros económicos. Si me despertaba por la noche en medio de una pesadilla o con fiebre, me quedaba en mi habitación para no molestarla. Si me encontraba muy mal o tenía mucho miedo, iba de puntillas a buscar a Céleste.

Tu madre, Milo: mi refugio, mi oasis. Ella aún iba a la universidad, se quedaba estudiando hasta bastante tarde para sacarse el título, habría podido mandarme a paseo, pero no, me estrechaba contra sí, me consolaba, me tomaba la temperatura susurrando, me pasaba un pañuelo húmedo por las sienes, recolocaba con delicadeza un mechón de pelo detrás de mi oreja.

Ofrecía protección lo mejor que podía, buscando excusas para Jeanne sin menospreciar mi pena, alegando que la cosas eran difíciles para una madre sola, asegurando que su dureza era solo aparente, que simplemente pecaba de torpeza.

Yo me esforzaba en creerla. ¿Tenía otra opción?

Observo a Jeanne de reojo. Mantiene los labios apretados, las rodillas muy juntas, los dedos cerrados sobre el bolso. De pronto, algo me llama la atención: su atuendo. Lleva un traje sastre príncipe de Gales, un poco pasado de moda pero de buen corte, y un broche con una esmeralda, una joya de la familia. Siempre impecable, incluso para elegir unos azulejos de piscina. Se lima las uñas antes de ir al mercado. Se maquilla en cuanto se levanta de la cama, por si alguien llama a la puerta de improviso. Prefiere enclaustrarse en casa cuando el peluquero que la tiñe no está, antes morir que salir a la calle con las raíces canosas.

Verla hacer tantos esfuerzos para ser otra a veces me desconcierta. Céleste dice que esa faceta de reina de Inglaterra de segunda es por culpa del divorcio, dice que Jeanne quería ser una auténtica burguesa y una gran dama, pero que su formación se vio interrumpida demasiado pronto, se quedó suspendida entre dos mundos, frustrada e incompleta.

En ocasiones me pregunto si todavía existe la persona que forzosamente debió de ser un día, la niña, la chica, aquella que debió de tener sentimientos,

esperanzas, verdaderas alegrías, espontaneidad, pues, desde mis recuerdos más antiguos, Jeanne no es sino una construcción, un reflejo en el espejo de los demás que ella retoca con un gesto o una palabra.

Una palabra casi siempre seca, cuando soy yo la destinataria.

—Por cierto, ¿qué has hecho con las bicicletas?

—Se han quedado allí.

Tiene esa mirada irritada que significa: decididamente, no das pie con bola, hija mía.

—¿Has dejado la bicicleta de Milo al borde de la carretera? Pellízcame, por favor. Pero ¿me puedes decir qué tienes en la cabeza? ¿No sabes lo encariñado que está con esa bicicleta? Y también su padre, que la pintó con sus propias manos.

La casa se mantenía fresca pese al calor sofocante. Sobre la mesa de la cocina, tu tazón, tu libro de inglés, tu cuaderno, tu estuche abierto y tus hojas desperdigadas. No te has tomado la molestia de recogerlo, se suponía que íbamos a dar una vuelta rápida, veinte minutos como máximo, y luego reanudaríamos el trabajo sobre la Antigüedad. En realidad, yo contaba con no reanudarlo, al menos hasta que pasaran unas horas, el tiempo necesario para recopilar información acerca del tema. Contaba con escabullirme, confiaba en que, al llegar a casa, nos encontraríamos allí a tus padres y tu abuela en la cocina, y que enseguida se haría la hora de comer.

Tú no volviste. Yo tomé una mala decisión y te envié a la catástrofe, y todo para evitarme problemas. Pero, francamente, lo de Lino tampoco tiene perdón, ¡mira que obligarte a repasar en pleno mes de agosto el programa del

curso pasado! ¿No le bastaba con que hubieras repetido todos los controles de matemáticas y completado dos cuadernos de repaso de lengua? Ese tío está mal de la chaveta. Está empeñadísimo en que llegues a ser «alguien». Si pudiera, te haría dormir con electrodos en la cabeza para que asimilaras la *Enciclopedia Universalis*.

A menos, claro, que todo esto no sea más que un pretexto. A decir verdad, la hipótesis alternativa es la más convincente: tiene dudas, así que intenta pillarme en flagrante delito. Le gustaría acorralarme. Dejarme fuera de la partida, a ser posible definitivamente.

Tu padre tiene un problema conmigo, Milo. Está celoso del cariño que siente Céleste por mí y del que sientes tú. Pero, sobre todo, no me quiere, o no como debería, lo que viene a ser lo mismo; en realidad, es peor aún. Está ese asunto de hace trece años que ha echado raíces entre nosotros, invisible, inconfesable, ese fantasma pringoso y putrefacto.

¿Podía yo hacer algo? ¿Debería haber gritado aquella noche en la que se metió, bebido, en mi cama? Pensé en Céleste, aturdida por los somníferos, al borde del precipicio, a punto de caer. Tuve miedo, me entraron ganas de vomitar, porque ese hombre no era un hombre sino un hermano, así es como Céleste me lo había presentado cuando yo tenía nueve años: «Lino no es solo mi novio, será tu hermano mayor, cariño, te protegerá conmigo».

Seis años después, mi «hermano» se retorció bajo mis sábanas apestando a whisky, No hay nada de malo en darse gusto, farfullaba manoseándome, Todo esto no tiene ninguna importancia, puesto que todos vamos a morir, ¿no?

Estaba demasiado borracho para penetrarme. Un pedazo de carne blanda, flotante, fétida.

Yo ya no era virgen. Otros antes que él me habían enseñado que a los

quince años ya no eres una niña..., con mi consentimiento, pero esa es otra historia.

Sin duda por eso le dejé hacer. Porque yo no valía la pena, porque Céleste sufría demasiado y porque Lino también, porque no se le empinaba y porque en aquel asunto ya había un muerto.

No dormí, me quedé acurrucada al borde de la cama sin saber que, en lo sucesivo, me pasaría todas las noches en esa misma posición, replegada, encerrada a cal y canto en mí misma... Solo con el tiempo calibramos la profundidad de nuestras heridas. Él se quedó dormido y al cabo de dos o tres horas se despertó súbitamente, ¿Qué hemos hecho?, dijo sollozando, ¿Qué hago yo aquí?

Se tiró del pelo, se golpeó la cabeza contra la pared, creo que le habría gustado que en ese momento preciso estallara, le habría gustado acabar para siempre, reunirse en la nada con el bebé muerto, pero debía resistir por Céleste, y yo también debía resistir por ella, así que me limité a indicarle con un gesto que saliera de la habitación.

Nunca volvimos a hablar de aquello. Supongo que el silencio era una evidencia para los dos; sin embargo, hoy sé que era un error, era dejar que la infección se desarrollara con absoluto sigilo, condenarnos a perpetuidad, porque hay secretos de los que hay que hablar enseguida o nunca más, y mira a lo que hemos llegado, no me soporta, a través de mí le llega el recuerdo de su debilidad, de sus deseos de vida y muerte mezclados, así que hace todo lo posible por borrarne, por alejarme, pero es en vano, yo me agarro, resisto, no dejaré que me aparte, si no, ¿qué me queda?

Quizá esta mañana tenía un plan. Quizá entrevió la posibilidad de librarse de mí.

Sea como sea, la deflagración fue la misma.

Fui yo quien la provocó.

¡Oh, Milo, cómo volver atrás, cómo modificar uno de los parámetros de este día, la idea descabellada de Lino, mi miedo de perderlo todo, tus ganas de hacer las cosas bien, los trozos de tierra seca abandonados por las ruedas de los tractores, el sol cegador, tu mano contraída sobre el freno, tu frente inclinada, tu alegría y tu entusiasmo, mi velocidad y la tuya, el cronómetro!

Hace falta tan poco para que nuestras vidas se bifurquen...

Recogí tus cosas con cuidado y las llevé a tu cuarto para dejarlas en el pequeño escritorio, junto a la cama. Pusiste ahí encima una foto de nosotros dos en la piscina, sentados sobre un enorme salvavidas. Se ve a un niño muy pequeño, de un año o dieciocho meses como máximo, entre mis piernas. Con la cabeza levantada, me miras y ríes a carcajadas, con esa risa franca y alegre que te caracteriza todavía hoy. Se ve también una sonrisa infantil en mi rostro aunque tenga ya diecisiete años, contigo y solo contigo puedo estar despreocupada, bajar por fin la guardia, olvidar las mentiras y las decepciones, vivir con absoluta sencillez, revivir incluso, no tengo que hacer nada, reflexionar sobre nada, tu presencia basta, en esa foto, fíjate, yo sonrío feliz, y esa sonrisa y esa felicidad son totales, absolutas, transparentes.

Tus sábanas formaban una bola arrugada a los pies de la cama. Debiste de apartarlas con los pies durante la noche; siempre tienes mucho calor, incluso en pleno invierno.

Las estiré, recogí y doblé una camiseta que estaba en el suelo, y me tumbé en tu cama, crucificada por tu ausencia y por el miedo de los tiempos venideros, aplastada por la ira y por tanta injusticia.

Tienes que despertar, Milo. Tienes que vivir.

Tienes que salir de ese box, de ese hospital, de ese callejón sin salida imprevisible. Estamos todos en peligro.

Cerré los ojos, quizá pudiera comunicarme contigo, enviarte fuerzas renovadas, presentar batalla a tu lado.

Fuera, las tórtolas rasgaban el silencio con su arrullo.

El tiempo se detuvo.

Brevemente.

—¡Marguerite! —gritó Jeanne—. ¿Y esas bicicletas? ¿Piensas ir a buscarlas en Navidad o esperarás hasta Pascua?

El tiempo del odio

Céleste

Mi cuerpo pesa una tonelada. El aire pesa una tonelada. Las palabras pesan una tonelada.

Me niego a levantarme, a hablar, me cuesta respirar. Mantengo la mano sobre la tuya, la acaricio de vez en cuando, espero, confío.

Tú no te mueves. Nada. Ni un estremecimiento.

La doctora ha dicho: Es normal, está sedado.

¿Normal?

Hace ahora quince años también: todo es normal, señora.

La negrura me sube a la garganta, un plomo líquido, ardiente, incontrolable.

Hace ahora quince años, tampoco nada se movía. Ni un estremecimiento.

El cuerpo se quedó dos meses en el depósito de cadáveres del hospital. Recibíamos por correo cartas de felicitación de la Seguridad Social y muestras de fabricantes de pañales y potitos.

Quince años, y me veo otra vez sumida en la oscuridad.

De nuevo soy la madre del niño muerto. De nuevo soy la mujer del hombre destruido.

Guardar silencio.

¿Quién va a entenderlo?

Ya en aquella época, buenos consejos.

Hay que levantar la cabeza, Céleste.

Todavía sois jóvenes, tendréis otros hijos.

Salid, moveos, vivid, quedarse encerrado es malo.

Llorar no arregla nada.

Aprieto tu mano en silencio, Milo, me muerdo la lengua para no proclamar mi rebeldía. Para no proclamar mi dolor.

Saliste, montaste en la bicicleta para ir a recoger flores para mí: tu abuela me lo contó cuando vino a darte un beso ayer por la tarde. Ella creía que hacía bien, seguro, siempre lo cree, aunque cause algunos daños.

O sea, que la razón por la que luchas por tu vida es un ramo de flores que estaba destinado a mí.

Hace ahora quince años: ya entonces, el hijo muerto por mi culpa.

No según los médicos, por supuesto. Según los médicos: el azar, lo inexplicable, las estadísticas. En resumen, mala suerte. Nada que ver conmigo, «ya que todo era normal».

La vida nos engañó hasta los últimos minutos, en las últimas contracciones. Nos dejó disfrutar con crueldad. Lino, con la cámara de vídeo en una mano y la de fotos en la otra, estaba sobreexcitado de alegría. El corazón dejó de latir justo antes de la expulsión.

Nos quedamos sin sonido.

Nos quedamos sin niño.

La cámara de vídeo y la de fotos en el suelo, rotas.

Lino de rodillas.

Mi vientre, un féretro.

Por eso, Milo, dos años después no tomamos ninguna imagen de tu nacimiento. Incluso cuando proferiste un fuerte grito, necesitamos tiempo para creerlo. Fuiste una enorme sorpresa.

—¡Céleste!

Durante dos años habíamos ido hundiéndonos lentamente hacia el fondo. Lino, que casi no hablaba, se había reincorporado al trabajo. En la cartera, una petaca de whisky que vaciaba antes de abrir la puerta de la oficina: su manera de morir para el mundo, pero también de rizar el rizo en recuerdo de su padre.

Su rendimiento no disminuyó. En la evaluación anual, el director general puso de relieve su valor y anunció una prima: Después de lo que ha pasado, nos alegramos de poder tener un detalle contigo. Lino la rechazó: Puedes meterte la prima en el culo.

El director meneó la cabeza: Comprendo, masculló, comprendo, Lino, como quiera, podemos volver a hablar de esto más adelante.

No comprendía nada, ¡NADA! ¿Cómo iba a poder comprender, eh?

Yo también volví a la empresa, me reincorporé a mi puesto de contable. La psicóloga del hospital, los médicos y los amigos me animaron a hacerlo con insistencia.

—Así pensarás en otra cosa, Céleste. Además, si no, ¿qué vas a hacer? ¿Pasarte el día en casa?

Vale, dije. Proporciona cierto bienestar seguir la corriente, ahorrarse los

debates infructuosos, ganar tiempo. Yo pensaba: da igual una cosa u otra, no existe ninguna diferencia, puedo estar en la oficina, en casa o en el planeta Marte, en cualquier caso, seguiré teniendo el corazón desgarrado y ensangrentado, así que ¿por qué no?

Eran amables, se sentían incómodos, hacían todo lo que podían. Yo no se lo tenía en cuenta.

Preparé mis cosas como para el comienzo de un nuevo curso. Le saqué punta al lápiz, compré un cuaderno de notas nuevo y comprobé mi reserva de cartuchos de tinta sin percatarme ni un solo instante de que no estaba allí, al menos no de verdad, todos aquellos gestos los realizaba un cuerpo por completo dissociado de una conciencia en órbita.

El día de la reincorporación, llegué deliberadamente antes de la hora a fin de evitar las conversaciones de pasillos. Me senté en mi sitio y abrí las carpetas, dispuesta a cumplir mi misión lo mejor posible, pero las cifras formaban una especie de oscuro mosaico alegórico, imposible de descodificar, y lo único que conseguí hacer fue cambiar los datos de la paga, asignar aumentos a unos, rebajar cotizaciones a otros y reclamar pagos de facturas ya abonadas.

A mediodía atravesé el comedor envuelta en una multitud de miradas rebosantes de una conmiseración sincera, pero que se apartaban al acercarme yo: nadie tiene ganas de comer con alguien que ha llevado en su seno a un niño muerto.

Me senté sola en el extremo de una mesa.

En la otra punta de la sala, una chica con el embarazo muy adelantado ponía la mano de una compañera sobre su barriga, riendo a carcajadas. Una emoción intensa me privó bruscamente de aire. Me levanté y fui en su dirección; después de todo, quizá pudiera iluminarme. Quizá supiera por qué el rayo había decidido golpearme a mí en lugar de a ella o a cualquier otra.

Pero mi avance se vio interrumpido por Annie, la directora financiera. Se había acercado sin hacer ruido y me detuvo con mil precauciones, temiendo sin duda un gesto de locura, que la empresa acabara salpicada.

Yo estaba muy lejos de todo eso.

—Tenemos que hablar, Céleste.

En su despacho, impresos y clavados con chinchetas sobre la pared de corcho, todos mis errores estaban rodeados de rabiosos círculos rojos o subrayados con colores fosforescentes.

—No debería haberse reincorporado al trabajo tan pronto. No está preparada y, a fin de cuentas, eso es muy natural. Verá, en Recursos Humanos nadie me ha pedido mi opinión, cuando soy la primera afectada. Dos meses de descanso parecen el tiempo mínimo después de un drama así. No se preocupe, nada de esto se utilizará contra usted, aunque no le oculto que algunos clientes han aprovechado la ocasión para obtener beneficios comerciales, pero, dejémoslo, son simples detalles. Lo único que le pediría es que vaya al médico hoy mismo para que le extienda una baja. Es la mejor solución para todos.

Vale, dije.

Me di cuenta de que habían estado observándome, o más bien vigilándome, desde primera hora de la mañana, pero aquello me era tan indiferente como el resto, no estaba resentida en absoluto con Annie, como tampoco con el resto de mis compañeros, cogí mi cuaderno y mis lápices y volví a casa.

Al despedirse, mientras yo cruzaba el umbral, añadió, llena de empatía: Tiene mucho tiempo para seguir intentándolo, Céleste, ¿vale? ¡Sea positiva, ese es el secreto!

Vale, Annie, vale.

Al principio me dieron una baja laboral de quince días, que después se prolongó indefinidamente. En casa, sin embargo, yo seguía contando. Nueve coma dos mortinatos por cada mil nacimientos, de los cuales debe restarse el cincuenta por ciento de interrupciones médicas del embarazo, ochocientos mil nacimientos al año entre todas las mujeres en edad de procrear en mi inmueble, en mi calle, en mi barrio, en mi ciudad, en mi país. Número de transeúntes, de cochecitos de bebé, de niños, duración media entre el paso de uno y otro bajo mis ventanas, colores dominantes de la ropa, frecuencia de gritos y de risas, hora de los biberones, probabilidad de fallecimiento *in utero* antes de dos, cuatro, diez, veintidós, treinta y siete, treinta y ocho semanas, treinta y ocho semanas y seis días.

Tomaba nota, realizaba clasificaciones complejas en función de la edad probable de la madre, de la de los niños, del estadio estimado del embarazo.

Casi todas las tardes, mi madre me hacía una visita. Se sentaba en la cama y yo me tumbaba a su lado, con la cabeza en su regazo. Lloraba enseñándole mis tablas.

—Ya sabes que a mí nunca se me han dado bien las matemáticas, Céleste —murmuraba—. Para mí, esos cálculos son chino.

Como si yo no viera que fingía para protegerme. Como si yo ignorara que todo aquello no tenía ningún sentido.

—Vale, mamá.

En cuanto salía del centro de ortofonía donde trabajaba como asistente a media jornada, se apresuraba a hacer la compra antes de venir a casa. A última hora, preparaba la cena y esperaba conmigo a que Lino volviera.

Ella no me decía como los demás: Sal, muévete, vive.

Ella no decía: Deberías vestirte, peinarte un poco mejor, en definitiva, hacer un esfuerzo.

Se conformaba con soportarme, en todos los sentidos del término.

Los fines de semana venía acompañada de Marguerite, que regresaba del internado. Se sentaban conmigo en el sofá, una a cada lado, mientras que Lino ocupaba la gran butaca de piel.

Cuando Lino desaparecía, a intervalos regulares, mamá levantaba la mirada al cielo y suspiraba de forma ostensible para hacer patente que sabía lo que todos sabíamos sobre él. Yo hacía como si nada. Escuchaba a Marguerite contar episodios que me parecían extraordinarios, aunque quizá simplemente lo eran en comparación con mi triste existencia.

Mi hermana pedía de manera sistemática quedarse a dormir en nuestra casa, cosa que irritaba muchísimo a mi madre.

—Por favor, Céleste.

—¡Marguerite, serás una molestia para ellos! ¡Ya te quedaste el fin de semana pasado! ¡Y el anterior! ¿No te parece que ya no tienes edad para esto?

—Mamá, estoy hablando con Céleste. Por favor, Céleste...

Me parecía verla de niña, con el pelo recogido en unas cortas trenzas, cuando se metía en mi cama en mitad de la noche y se acurrucaba contra mí. Por un instante, mi corazón se sentía reconfortado.

—Vale.

Milo, ¿sabes dónde dormía Marguerite?

En tu habitación. La habitación del niño. Lino había quitado la moqueta con motivos de estrellas y el papel pintado azul claro la semana siguiente al día aciago. Había desmontado la cuna y la había bajado a la calle. El cuarto había recuperado su aspecto original, parquet antiguo vitrificado, paredes blancas, espejo colgado arriba de la chimenea, sofá barato en un rincón.

A veces, fíjate, todavía me echo a temblar al abrir la puerta, por si estos

últimos trece años hubieran sido solo un sueño. Por si no existieras y lo único que me quedara fuese prolongar la caída. Pero es tu habitación, Milo. Desordenada y alegre. Lo que me recibe son tus luminosas fotos colgadas en la pared, es tu sonrisa, el eco de tu alegría.

Hace mucho que dejé de caer, desde que tú apareciste: contra toda expectativa, una mañana, la desesperación y un abrazo desencantado encendieron la chispa.

Primero pensé en una enfermedad o una menopausia precoz, pero el médico lo confirmó: embarazada de cuatro meses, señora, enhorabuena a usted y al papá.

Habríamos podido mudarnos, construir un nuevo decorado a tu alrededor, evitarte el recuerdo del lugar, pero teníamos mucho miedo, sobre todo yo. La autopsia no aportó nada tras la muerte del niño. Se examinó, analizó y desmenuzó todo. En vano. No era un problema de placenta, de cordón, de malformación, ni siquiera de genética.

Así que era un problema de la madre.

¿Iba a provocar la repetición de la catástrofe?

No correr ningún riesgo, permanecer encerrada, ser olvidada por el destino. Me negué a salir de casa, de la habitación, de la cama.

El obstetra se mostró comprensivo.

—Si así está más tranquila —dijo—, ¿por qué no? Pero que quede claro que no hay ninguna razón para que vuelva a producirse un accidente.

Ninguna razón: cuénteselo a otro. El accidente acaba de volver a producirse. Con un retraso considerable, en efecto. Bajo una forma diferente, en efecto. Pero, una vez más, un problema de la madre.

Querías recoger flores para hacerme un ramo.

—¡Céleste! ¿Me oyes?

Un respingo.

Marguerite está detrás de mí. Ya no lleva ese vestido espectacular, hoy va con vaqueros y una camisa de cuadros en tonos azules. Tanto da, ella siempre está guapa.

—Mamá me ha dicho que podía venir a última hora de la mañana. ¿Hace mucho que se ha ido? Seguramente nos hemos cruzado.

Se relevan. Las enfermeras creen que lo hacen para que Lino, Milo y yo no nos quedemos nunca solos. Están impresionadas: qué familia tan solidaria. La verdad es otra, al menos en parte. Mamá, como siempre, lo ha organizado para evitar a su hija pequeña. El pretexto no puede ser mejor: turnarse para estar junto a la cabecera del operado.

¿Cómo puede uno mantenerse tan distante de su propio hijo? Cuando Marguerite era pequeña, intenté varias veces abordar la cuestión: me sentía tremendamente culpable de recibir tanto amor de nuestra madre, mientras que a mi hermana solo le daba una atención moderada.

Mamá lo negaba, lo minimizaba, aseguraba que hay distintas formas de amar. Si la acorralaba, acababa por contestar que todo aquello era por culpa de mi padre, del divorcio, que es imposible construir sobre ruinas, que no era tan fácil, que nadie podía entenderlo, así que ¿de qué servía explicarlo?, «¡No estoy ante un tribunal, mierda!»

Su voz se deformaba, se apagaba, su mirada se volvía huidiza, sus ojos se empañaban, Por favor, Céleste, hablemos de otra cosa.

Yo acababa por ceder, desconcertada por tanta confusión. Me refugiaba en la idea de que quizá mi madre se sentía culpable por haber traído al mundo a una niña tan guapa doce años después de otra mucho más vulgar, de que su

frialdad era una forma de disimular su admiración y restablecer una especie de equilibrio: una estrategia absolutamente inútil, pues yo no estaba celosa de mi hermana, me sentía orgullosa de ella, fue así desde el primer día, y además nuestra diferencia de edad excluía de oficio toda forma de competición.

Marguerite se ha acercado a la cama.

—¿Cómo está esta mañana?

Yo creía que Lino estaba dormido en el sillón, pero la pregunta le ha arrancado un gruñido.

—No hay ninguna novedad.

Mi hermana tiene las facciones tensas. Tampoco ella ha pegado ojo esta noche. ¿Se ha quedado como yo, de pie junto a la ventana, con los postigos abiertos, escrutando el cielo opaco mientras dirigía súplicas mudas?

¿Ha estado caminando arriba y abajo por su habitación mientras pronunciaba las fórmulas mágicas que aprendió en su último viaje a la Amazonia?

Mi madre no se ha acostado. La he encontrado sentada en la cocina al amanecer, delante de una enésima taza de tisana, con la cabeza caída hacia delante, roncando ligeramente.

En cuanto a Lino, bajó al salón hacia medianoche. Lo vi una hora después mientras cruzaba titubeando el jardín hasta el cobertizo de las bicicletas.

Quince años después del día aciago, emplea el mismo remedio para combatir el dolor y eso me aterra, como si su embriaguez preparase el terreno para un desenlace fatal.

—Vamos a tomar un café —propone Marguerite—. Te acompaño.

Lino levanta un párpado hinchado, me anima:

—Ve, te sentará bien.

—¿No quieres venir con nosotras?

—Prefiero quedarme. Nunca se sabe.

—Vale.

Se obliga a sonreír. ¿Lo cree de verdad? ¿Piensa que esta vez los acontecimientos podrían dar un giro distinto?

¿O está como yo, petrificado por la espera, pues hasta el último momento, hasta el último segundo, el abismo puede abrirse bajo nuestros pies?

Marguerite me precede por los pasillos. Normalmente, cuando camina parece ingrávida, su cuerpo delgado apenas toca el suelo. Hoy no. Arrastra los pies, mira el suelo con los brazos colgando a los lados, encorvada. Abrumada.

Hay que bajar dos pisos y cambiar de edificio para llegar a la cafetería, una sala gris decorada con plantas de hojas amarillentas.

Observo a las personas que están sentadas a nuestro alrededor. Algunas batas blancas, visitas concentradas en sus bebidas, casi todos silenciosos y aislados en sus pensamientos.

—Céleste —dice Marguerite—, tengo que decirte...

Pero soy incapaz de mantener una conversación, se da cuenta y deja la frase en suspenso.

Nos tomamos el café bajo un enorme reloj rectangular que desgrana los segundos con una sucesión de clics sonoros. El tiempo, como una cola de pegar potente y ácida, se esparce inexorablemente.

—¡Céleste! —dice de nuevo Marguerite.

Pero esta vez ha empleado otro tono. Grita. En la sala, todos se vuelven hacia nosotros.

—¡Céleste, el teléfono!

Está encima de la mesa, al lado de mi monedero. Vibra y, en la pantalla, se ve la foto de Lino. El corazón se me sale del pecho. Descuelgo, la voz de Lino tiembla, le cuesta contenerse, habla de forma atropellada:

—¡Milo está despertando, Céleste, está despertando! ¡La doctora Netchev está con él comprobando las constantes, examinándolo, date prisa!

Eché a correr tan deprisa, tanto, que no tocaba el suelo. Aguanta, Milo, aguanta, pequeño mío, mamá está aquí, mamá llega ahora mismo para besarte, quererte, ayudarte. Sin darme cuenta tropecé con un carrito que empujaba un auxiliar, Ay, perdone, lo siento, pero no, no lo siento en absoluto, mi hijo está despertando, ¿me oye? ¡Mi hijo está saliendo del coma!

Lino estaba delante de la entrada a la unidad de reanimación: el equipo sanitario le ha pedido que salga mientras hacen su trabajo.

Nos echamos el uno en brazos del otro, sacar fuerzas, prepararse para lo que venga a continuación, me pasó una mano por la mejilla y me advirtió con ternura: No hay que llorar, ¿eh, Céleste?, que te conozco, eres muy emotiva, no sabemos cómo vamos a encontrarlo, pase lo que pase, habrá que tranquilizarlo, no mostrarse asustados o desanimados, pero irá bien, estamos juntos y él está despertando, eso es lo único que cuenta, ¿vale?

Marguerite se reunió con nosotros, llevaba con cuidado la taza de café que yo me había dejado todavía medio llena.

—Vale.

Hubo que esperar mucho, más de una hora. Lino empezaba a caminar en círculos, suspiraba, yo pensaba que no tenía importancia puesto que nuestro hijo volvía en sí, volvía con nosotros, ¡volvía a la vida! Por fin, la doctora Netchev salió y nos invitó a entrar con ella en el box.

Milo estaba sentado en la cama, asombrosamente erguido, con los ojos

abiertos.

¿Quién habría podido medir lo que eso significaba para nosotros?

Era una llamita diminuta, débil, vacilante, una mirada flotante, y luché para no abalanzarme sobre él y cubrir su cuerpo de besos, por miedo de asfixiarlo, de hacerle daño, de interrumpir el proceso de curación. Me conformé con cogerle la mano, esa que se negaba a responderme hasta esta mañana, y ¡milagro, sus dedos se cerraron ahora sobre los míos, ejerciendo una ligera pero vivísima presión! Busqué las palabras que expresaran mi alegría, pero solo conseguí balbucear, mascullar: Te quiero, Milo, pequeño mío, te quiero mucho, entonces él inclinó un poco la barbilla, entreabrió los labios reseco y sonrió, con esa sonrisa única y luminosa, pese al dolor.

Un sentimiento violento y maravilloso me atravesó. Una mezcla de gratitud y de alivio, un sentimiento de alegría y también de victoria, de revancha, a este hijo no me lo quitarían como al otro, tal vez estaba débil y malparado, ¡pero vivía, vivía y había sonreído!

De pronto tenía ganas de bailar, de cantar, de difundir la buena nueva por los pasillos, que el mundo entero se enterase, pero pensé en los ocupantes de los box vecinos, en las familias angustiadas, había que ser discretos, no exhibir la alegría, los fuegos artificiales interiores, esa suerte loca que teníamos: no habría un segundo día aciago, no para nosotros, no esta vez. Me contuve.

—Entonces —susurró Lino— ¿ya está, doctora? ¿Se encuentra fuera de peligro? ¿Todo va bien?

—Lo mejor será que hagamos balance en mi despacho.

Subir muy arriba, tocar el cielo, besarlo y, al minuto siguiente, morder el polvo.

La doctora Netchev expuso la situación con su calma y precisión habituales: la extubación se había realizado sin problemas, Milo respiraba

correctamente, no hablaba aún, eso era normal, la tráquea había sufrido a causa de las manipulaciones. Había comprendido dónde se encontraba: en el hospital, después de una operación. Habían retirado los catéteres y puesto un gotero, y efectuado un primer traslado a un sillón para evaluar la motricidad.

—Estos son los aspectos positivos. Su hijo reacciona bien, todo lo anterior es muy esperanzador.

Subir muy arriba, tocar el cielo, besarlo.

—Sin embargo, habrá que ser realistas y, sobre todo, tener mucha paciencia. Queda un largo camino por recorrer, muchos progresos que realizar, el trabajo será complejo y arduo.

Y, al minuto siguiente, morder el polvo.

—Milo está todavía muy desorientado. No es previsible que hable antes de entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas, seguramente utilizando pocas palabras, y habrá que esperar unos diez días antes de verlo andar o, como mínimo, intentarlo. Necesitará someterse a rehabilitación física y neurológica, digamos tres o cuatro meses, en un centro especializado. Algunas capacidades y aptitudes habrá que recuperarlas prácticamente de cero, y al principio es probable que tengan la sensación de estar ante un niño de cinco años. Sin embargo, e insisto en esto, hay muchas posibilidades de que recupere lo esencial.

«Muchas posibilidades de que recupere lo esencial.»

Y con lo accesorio, lo contingente, lo superfluo, lo ocasional, lo complementario, ¿qué pasará?

Con su vida, sus proyectos, sus amigos, su club de fútbol, su vuelta al colegio prevista para dentro de tres semanas. Con nuestros encuentros a solas cuando iba a buscarlo por sorpresa al colegio para comer una pizza, con sus maneras de dejarme un mensaje cariñoso sobre el teclado de mi ordenador o enviándome el día de la Madre, desde la oficina de correos, una larga carta

manuscrita, con sus ocurrencias, sus extravagantes hallazgos, sus reflexiones a menudo existenciales, que se le ocurrían cuando no podía dormir por haber visto en el telediario unas noticias perturbadoras y, entonces, venía a sentarse entre su padre y yo, entrada la noche, para cuestionar el sentido de la historia.

Un niño de cinco años... «Habrá que ser realistas.»

Gracias, doctora, ya me he quedado tranquila.

De modo que esta vez la vida no me había quitado a mi hijo.

Me lo devolvía. Malparado, disminuido.

Con siete años amputados.

Y todo esto, ¿por qué?

Un problema de la madre: quería recoger flores para hacerme un ramo.

Lino

El día después de su despertar, Milo estuvo callado, fui yo quien habló. Le dije: Eres un guerrero, hijo, un valiente, no abandones nunca, tú no eres de los que se bajan de la bici en una cuesta un poco empinada o de los que lloriquean cuando van a ponerles una vacuna, como la mayoría de los niños, y, además, has pasado lo más duro, la operación, la intubación, la extubación, todo eso lo has dejado atrás, así que ahora concéntrate, porque es preciso ir a buscar todo lo que has dejado en ese accidente, las palabras, los gestos, los recuerdos, las naderías, los fragmentos, los trozos grandes, todo.

«Concéntrate» era la consigna más desatinada, la más idiota que se le podía dar, pero en aquel momento yo aún no lo sabía.

El día anterior, la doctora Netchev había hablado en condicional, había salpicado su discurso de «en general», «casi siempre», «normalmente». Así que yo había decidido que nosotros seríamos el margen de error positivo. La excepción que confirma la regla. Dividiríamos por dos, o por tres, el tiempo previsto para la recuperación. Seríamos los más fuertes.

Agotada por mis preguntas, la doctora había acabado por admitir la hipótesis.

—Hay casos raros que desafían los pronósticos, eso es innegable. Algunas

personas con un traumatismo craneal han recuperado todas sus facultades en unos días, han salido del hospital y reanudado su actividad como si la hubieran interrumpido el día antes. Todo depende de las lesiones, de la edad, de la forma física del paciente, sin contar esa parte inexplicable que, según algunos, está relacionada con lo mental y, según otros, con el azar.

Esa parte sería para ti, Milo. Lo mental: de eso yo tenía para dos. Quizá no al cien por cien, de acuerdo. En algún momento podía flaquear, pero tú no lo notarías, ni te enterarías. Tenía esa estocada secreta de la que no me sentía orgulloso, pero que me ayudaría a mantenerme en pie, a llevarte sobre los hombros el tiempo necesario.

Aun así, no era fácil. Además de ti, de tu futuro todavía nebuloso, había que llevar a los demás.

Céleste estaba como ida, con una mezcla de espanto y extravío. Desde la breve alegría del despertar, su rostro solo se iluminaba de manera intermitente. Volvía a tener la tez macilenta y la mirada vacía de los tiempos oscuros. Era su forma de sufrir, de borrarse, de desaparecer dentro de sí misma, de aceptar que estaba medio muerta. Yo había intentado convencerla, le había suplicado que fuera optimista, pero no estaba al alcance de sus fuerzas, una vez más se dejaba corroer por la culpabilidad.

Me enloquecía verla renunciar, hacer comparaciones sin fundamento, mirarme fijamente en algunos momentos con esa expresión afligida, como si fuera yo quien cometía un error, como si hiciera mal en prepararme para lo mejor porque, era evidente, se acabaría produciendo lo peor.

Jeanne y Marguerite no ofrecían un apoyo mejor. Jeanne caminaba arriba y abajo por delante de la habitación a la que habían trasladado a Milo y se enfurecía contra la injusticia de la que era víctima «su hija», hasta el punto de

llegar a ponerme por testigo («Pero, Lino, ¿por qué ella?, ¿por qué, puedes decírmelo?») sin entrever la incongruencia, incluso lo despiadado de sus palabras.

A falta de compasión, mi suegra manifestaba por mí una simpatía tan súbita como poco convincente. A mí no me engañaba: la muy hipócrita temía que el equilibrio se modificara, que, aprovechando el drama, la alejara de Céleste, así que pactaba temporalmente con el adversario y dirigía su agresividad hacia Marguerite, que lloraba y lloraba hasta destrozarnos los nervios a los demás.

—¡Haz un esfuerzo, Marguerite, contrólate! ¡Y si no puedes, vete! ¡Parece que sea tu hijo quien está tendido en esa cama! ¡Piensa un poco en tu hermana!

Marguerite se sonaba, Lo siento, lo siento mucho, y empezaba a gimotear otra vez.

—Es una vergüenza. Vete a casa, ya volverás cuando te hayas calmado. Serás más útil allí: ordena un poco la casa y riega el jardín, que falta le hace.

Al menos en ese punto, compartía el sentimiento de Jeanne: Marguerite me exasperaba. Nada más llegar al hospital esa mañana, anunció que no se ceñiría a los turnos previstos inicialmente con su madre. Una decisión tan repentina como unilateral, pero, por desgracia, poco sorprendente. Era la marca de fábrica de mi cuñada: se imponía, se incrustaba entre nosotros, aquí o allá, en la ciudad o en el campo, en todas partes, en toda circunstancia.

A veces me preguntaba si sería un modo de pagarme con la misma moneda.

Penetración contra penetración.

Violación contra violación.

Después me convencía a mí mismo: aquello era agua pasada, esa chica simplemente necesitaba que el mundo girase a su alrededor. Cómo había podido Céleste llegar a ser tan paciente y equilibrada entre una madre superposesiva y una hermana egocéntrica, eso sí que era un misterio.

En cualquier caso, ahora ya no se trataba de invitarse a cenar o compartir nuestras vacaciones por la cara, ni siquiera de colonizar nuestra casa; esta vez nos encontrábamos en el hospital velando a mi hijo gravemente herido y me sentía con todo el derecho a exigir un poco de intimidad.

En un primer momento toleré la presencia de Marguerite al ver que los ojos de Milo se iluminaban al entrar ella en la habitación. Pero, a medida que avanzaba el día, sus salidas bruscas y repetidas —se precipitaba a cada momento al pasillo para echarse a llorar— se hicieron insoportables para todos, tanto familiares como personal sanitario.

—Marguerite, tu madre tiene razón: deberías irte a casa.

Ella buscó ayuda con la mirada en Céleste, pero esta, con los ojos clavados en Milo, no se inmutó.

Entonces se secó las lágrimas.

—Muy bien, me voy. Llamadme si hay alguna novedad, ¿vale?

—Así lo haremos, hasta la noche.

Por la tarde, los kinesioterapeutas pasaron mucho rato con Milo, lo masajearon, lo movieron, lo estimularon, todo fue bien, al menos según ellos. Seguía sin hablar. El tiempo no pasaba.

Aprovechando un descanso de Céleste y Jeanne, que estaban tomando el aire en el jardincillo del hospital, no pude evitar hacerle varias preguntas a la jefa de enfermería.

—Sin duda es una consecuencia de la intubación —respondió—. Bueno,

no solo de eso: el hematoma se encuentra en la zona del lenguaje y de la comprensión, que ha sufrido bastante. Todo esto es absolutamente normal, hay que esperar.

¿Absolutamente normal? ¿«La zona de la comprensión»?

Estuve a punto de atragantarme, pedí explicaciones, ¿dónde se encontraba esa zona que nadie había mencionado hasta ahora? ¿Y por qué no lo habían hecho? ¿Cómo podíamos determinar el alcance? ¿Había peligro de que los daños fueran mayores de lo que nos habían dejado suponer? ¿Era la verdad tan horrible que había que ocultarla?

Pero la enfermera, terriblemente incómoda, me remitió a la doctora Netchev, y esta no volvería a pasar hasta el día siguiente, a esa hora se encontraba en otro hospital con otros pacientes, en la otra punta del departamento, maldita desertización médica, y qué se le iba a hacer si de repente yo estaba a punto de morir de preocupación.

—No puedo decirle nada más, lo siento, señor Russo.

Tenía ganas de cogerla por los hombros, zarandearla, obligarla a confesar, porque sabía mucho más de lo que quería dar a entender, era evidente, pero no hice nada de eso. Era la jefa de enfermería, tenía cierto poder sobre la cotidianeidad de mi hijo, la mía y la de su madre, no podía arriesgarme a que nos tomara ojeriza. Así que me limité a tragarme mi rabia como había hecho tantas veces a lo largo de mi vida, ya fuera ante un profesor injusto, un superior jerárquico demasiado exigente o incluso, y sobre todo, ante mi suegra, repitiéndome incansablemente el mismo mantra, «lo único que cuenta es el objetivo, Lino», y ahora el objetivo era Milo, su bienestar y su curación.

—Muy bien, mañana hablaremos de eso.

Cogí el abrigo, besé a mi hijo, intenté hacer algo que pareciese un abrazo,

pecho contra pecho, lo habitual entre hombres. Le repetí que lo quería más que a nada en el mundo, lo cual era verdad, que él y yo éramos los más fuertes, y añadí que era guapo, que parecía un héroe, y eso, por supuesto, era falso, tenía un aspecto fantasmagórico con los vendajes en la cabeza, la sonrisa ligeramente torcida, el apósito manchado en la mejilla, la piel, antes suave y dorada, ahora blancuzca y granulosa, las extremidades descarnadas, como devoradas, mi hombrecito de doce años convertido en una marioneta desfigurada, descoyuntada, cuyos movimientos requerían apoyo, acompañamiento, y a decir verdad esa visión me destrozaba, me perforaba los pulmones, el corazón, el estómago y todo lo demás, esa visión me volvía loco, pero por nada del mundo lo habría dejado traslucir, pues, en caso contrario, ¿dónde encontraría mi hijo valor para luchar?

Céleste y Jeanne habían regresado a la habitación. Con la excusa de que tenía que enviar con urgencia un expediente a la compañía de seguros, me fui a casa para sentarme ante el ordenador.

La doctora nos había prevenido ya en la primera entrevista: no se fíen de internet, eviten buscar diagnósticos ahí, encontrarán montones de cosas que no podrán interpretar, cada caso es único, se asustarán inútilmente, confíen en nosotros.

Hasta ese momento había seguido su consejo, guiado por una tonta superstición —ser buen alumno, respetar al médico y sus órdenes, así no pasaría nada malo—, pero la frase alarmante de la enfermera acababa de hacer saltar una alarma. Lo siento en el alma, doctora Netchev, conseguiré respuestas esta misma noche. Su obligación era ser exhaustiva, la opacidad siembra la duda y la hace insoportable, ¡y se trata de mi hijo, no de una persona anónima, de un paciente, de un caso, de un historial! Me resultaba

imposible contemporizar, ocultar la amenaza cuando en mi interior crecía un gruñido amenazador, cuando todo se consumía en silencio. Necesitaba la verdad sin cosmética ni demora, aun corriendo el riesgo de asumir solo su brutalidad.

Unos clics en el teclado bastaron.

Después de una lesión aguda, observaremos una pérdida de capacidades ya adquiridas, pero, sobre todo, mucho más a la larga, ciertas funciones que el niño debería adquirir no se pondrán en marcha en el momento esperado, y en ocasiones nunca [...] Una de las particularidades del traumatismo craneal en el niño es que los trastornos cognitivos y comportamentales relacionados con la lesión pueden no aparecer o no hacerse plenamente evidentes hasta pasado un plazo largo, cuando la carga cognitiva y las expectativas del entorno aumentan [...] Cuanto menor es el niño, más graves son las secuelas. Y, como con frecuencia se recuperan mejor que los adultos en el plano de la motricidad, presentan con la misma frecuencia esa célebre discapacidad invisible que creará muchos problemas, en especial en el colegio.

Ahí estaba la verdad.

En resumen, había que evitar alegrarse fueran cuales fuesen los discursos reconfortantes.

Desconfiar de las apariencias.

Las dificultades, las verdaderas, aparecerían más tarde. El incendio se había declarado.

Doce años de felicidad desfilaron dentro de mi cabeza, Milo. Desde aquel segundo en que nos sacaste, a tu madre y a mí, de nuestras arenas movedizas. Después del día aciago, la existencia se había convertido en una función, éramos máquinas. Ambos sobrevivíamos por sentido del deber, Céleste para

proteger a su madre y a su hermana, yo para proteger a Céleste, puesto que solo la tenía a ella. Sin esa cadena, sin duda nos habríamos quitado de en medio.

La vida es fascinante. Tiempo atrás se había resistido cuando nosotros le suplicábamos: ¡cuántos análisis, medicamentos, inyecciones y reconocimientos antes del primer embarazo de tu madre! Dos años más tarde, surgió cuando ya no lo esperábamos. Hicimos el amor una vez, una sola vez en dos años. Aquella noche de ira y vergüenza, incapaz de acercarme al cuerpo de mi mujer, convertido en una tumba, e incapaz de penetrar el de su hermana inerte, al amanecer, mucho más ebrio aún de ira y de vergüenza que de alcohol, un absurdo deseo de revancha me hizo volver a la cama de Céleste y, esta vez, vagamente victorioso, sembré sin saberlo la semilla gloriosa de nuestro futuro.

Tú borraste nuestros sufrimientos y nuestras deudas, Milo. El mundo invirtió su trayectoria en el instante en que naciste, indiscutiblemente vivo. Te cogí en brazos, te bañé, te puse los pañales, te acuné, te hablé, besé tu barriguita llorando, riendo, y después de eso fui a tumbarme contigo junto a tu madre. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, conciliamos un sueño plácido.

Solo tengo de ti recuerdos felices. Siempre te has mostrado alegre y conciliador pese a las obligaciones que yo te imponía. Otros niños se habrían rebelado, conmigo siempre había que hacer más, yo doblaba los deberes que te ponían en el colegio, te organizaba una agenda de ministro que te dejaba poco tiempo libre, añadiendo clases de inglés cuando apenas tenías seis años, suscribiéndote a un periódico muy serio al cumplir los once. Tú te limitabas a refunfuñar de vez en cuando y, sin embargo, a veces eso bastaba para que me

enfadase. Si supieras cómo lo siento, cómo siento sobre todo la discusión que tuvimos justo antes del accidente...

¿Cuántas conversaciones tensas he tenido con Céleste sobre este asunto?

Tenemos una visión distinta, sin duda porque hemos tenido una infancia diferente. Ella, hija única durante los primeros doce años de su vida, creció disfrutando de una buena posición material, de facilidades. Los que han nacido rodeados de comodidades siempre creen que los demás no tienen las cosas tan complicadas como dicen, que la mayoría de los pobres deberían culparse sobre todo a sí mismos. Puesto que tenemos la suerte de vivir en una república igualitaria, de tener acceso a la enseñanza, no triunfar es convertirse en sospechoso de vagancia.

Yo voy a decirte, Milo, lo que pasa de verdad cuando naces en una familia como la mía, cinco hijos, una madre que se mata a trabajar para criarlos sin que nadie le eche una mano, sin un minuto de tregua, frotar, lavar, planchar, ordenar, cocinar, vestir, regatear, ocuparme del correo, escuchar, sermonear, ir, venir, correr, castigar, y un padre que se desloma para ganar con qué alimentarlos, machacado por unos objetivos de producción inhumanos, humillado de la mañana a la noche, todo eso para fabricar unos malditos zapatos que nunca podrá calzar porque le costarían la mitad de su sueldo.

Así que aprendes a trabajar en un rincón de la mesa entre el ruido incesante, los llantos, las comidas, los juegos de los más pequeños, los conflictos de los mayores, las crisis maternas. Aprendes a quedarte estudiando un problema de matemáticas toda la noche si es necesario, porque ninguno de tus padres ha pasado de primaria, los mayores luchan con sus propias dificultades y, evidentemente, está por completo descartado pagar a un profesor particular, sin contar con que en esa época internet todavía no existe, y, aunque existiera, no dispondríamos de medios para tener un ordenador en casa.

En una situación así, nadie sale adelante de manera natural, Milo. Hace falta un producto dopante, ¿y sabes qué? El mío fue la muerte de mi padre. Yo solo tenía diez años, oficialmente lo mató el alcohol, en realidad fue el desprecio, la falta de consideración, él era inteligente, valiente y concienzudo, producía más zapatos que cualquier obrero de la cadena, pero aun así le cortaban el agua o la luz, si se quedaba por unos céntimos en números rojos en la cuenta bancaria, se dirigían a él como si fuera tonto porque no sabía leer y durante toda su vida había tenido que agachar la cabeza, arrodillarse, disculparse sin ser el responsable, mendigar lo que se le debía y dar las gracias cuando lo obtenía, aceptar ser expoliado, pisoteado y explotado.

Bebía, sí, porque el alcohol lo mantenía en pie, el alcohol era su armadura, no disponía de otra, ni de psicólogo ni de diván, así que, ya ves, Milo, su legado es doble, el alcohol y la rabia, yo he bebido como él cuando he dejado de saber dónde encontrar armas para luchar, ni defensas para protegerme, ni salidas para huir, quizá también he bebido para acercarme a él por encima de la muerte, acercarme a lo que tenía dentro del corazón, y, en cuanto a la rabia, esta se transformó en obsesión, en determinación, decidí que sería diferente, que sería un hombre libre gracias a la educación.

Al menos eso lo he conseguido. Las pasé canutas, crecí aislado entre unos hermanos a los que el colegio y los libros les repelían, pero resistí, obtuve un diploma y conseguí un empleo remunerado por el triple de lo que ganaba mi padre. Ocupo un piso burgués, tengo esposa y un hijo, no me cortan ni el agua ni la luz, me permiten un descubierto razonable en el banco. Vista de lejos, mi situación parece bastante envidiable, ¿no?

Sin embargo, eso no ha sido suficiente. Tu abuela continúa mirándome con el desdén del capataz y me echa continuamente en cara mi condición de directivo medio. ¿Y sabes lo que es aún peor? Mi propia familia no me perdona mi ascenso social, pese a los esfuerzos que ha exigido. La

celebración de la boda propició una primera ruptura, cuando Jeanne se negó a compartir mesa con mi madre, como es la costumbre. Debería haberme enfrentado a ella, haberme opuesto, pero, por debilidad y sobre todo por amor, cedí a su capricho. «Lo único que cuenta es el objetivo.»

Así que Céleste y yo cenamos con Jeanne y sus amigas emperifolladas, mientras que mi madre y mis hermanos se aburrían, relegados a la otra punta de la sala, con el pretexto de que era mejor repartir a las familias. Durante la velada, las miradas condescendientes y las alusiones cáusticas a sus indumentarias recargadas y sus maquillajes extravagantes me dolieron en el alma. No me avergonzaba de ellos, sino de mí, por haber sido tan cobarde, por no haber sabido exigir el respeto que merecían. A primera hora de la mañana siguiente se marcharon del hotel barato donde se hospedaban y no vinieron a comer con nosotros como estaba previsto inicialmente, sin avisar, a buen entendedor...

La Navidad siguiente creí que podría reparar mi falta cubriéndolos de presentes. Les regalé bicicletas a los niños, perfumes a mis hermanas y el último grito en maquinillas de afeitar a mis hermanos, además de bombones para todos, e invité a mi madre, ella y yo solos, a un buen restaurante.

Comió sin pronunciar más de tres o cuatro palabras y, en el momento de pagar la cuenta, después de haberse limpiado concienzudamente la boca, me dijo:

—Lino, voy a ser sincera contigo, no vale la pena que vuelvas. Ya no pertenecemos al mismo mundo y no necesitamos que nos lo restriegues por la cara. Puede que no ganemos mucho, pero tus hermanos son capaces de comprarles bicicletas a sus hijos. Pese a todo, tenemos nuestra dignidad.

—¡Mamá, yo solo quería tener un detalle con vosotros!

—Es mejor así. Sé feliz en tu nueva vida y déjanos a nosotros la nuestra.

Quizá no llevemos una vida deslumbrante todos los días pero, mientras no sepamos que el lujo existe, no lo echaremos de menos.

Segunda y última ruptura. Comprendí que, al salir del cenagal, apuntaba con el dedo a los que no habían tenido fuerzas para hacerlo: todos mis hermanos trabajaban ya en la fábrica de zapatos.

Aun así, durante muchos años le escribí una larga carta a mi madre por su cumpleaños para darle noticias nuestras. Salvo el año aciago y el siguiente, claro: era incapaz de mencionar lo impensable.

Empecé de nuevo cuando tú naciste, Milo. Le envié fotos tuyas a intervalos regulares. Ella acusaba recibo con cuatro palabras escritas en unas antiguas tarjetas de visita, que venían como regalo con una compra por correo hecha hacía mucho tiempo. «Tu carta ha llegado sin problemas, gracias.»

Ella no era iletrada como mi padre. Yo seguía confiando en que acabaría por ablandarse, en que respondería más extensamente, en que mostraría más interés, pero eso no sucedió. Al contrario, el intercambio de cartas entre nosotros se hizo cada vez menos frecuente hasta que se interrumpió del todo. Desde entonces solo soy una rama seca, caída al pie del árbol de la familia.

Ahora comprenderás, Milo, por qué he luchado tanto por tu madre y por ti, mi núcleo duro, mi ADN. Solo os tengo a vosotros.

También comprenderás ahora, hijo mío, por qué he querido que estuvieras en la cima de la pirámide. No en ese punto intermedio en el que eres demasiado guapo o demasiado rico para uno, y no lo bastante para el otro.

Lo bastante arriba para estar más allá del alcance del desprecio asesino y de la vista de los envidiosos. Lo bastante arriba para encontrar ahí tu sitio. Lo bastante arriba para ser libre.

Pero ¿cómo subir ahora, con esta dichosa y «célebre discapacidad invisible

que creará muchos problemas, en especial en el colegio»?

¿Cómo?

No le dije nada de mis indagaciones a Céleste cuando volvió a casa con Jeanne por la noche. Quería protegerla, era tan vulnerable... Más valía contemporizar, controlar primero mi propio desorden interior, apuntalar el edificio.

Durante la cena, nadie abrió la boca. El silencio de Milo parecía habernos contagiado: Céleste, ausente; Jeanne, tensa; Marguerite, sorbiendo por la nariz, y yo, ordenando con dificultad mis ideas.

Nos fuimos pronto cada uno a nuestro dormitorio, pero dormir no tenía ya ningún sentido: ¿dormir mientras mis sueños se desmoronaban?

Esperé a que reinara una calma total en casa y fui a vaciar de un trago la botella de whisky ya bastante mermada. El medicamento hizo efecto y conseguí recuperar rápidamente una especie de esperanza. ¡Después de todo, pese a lo que leyéramos en internet, la hipótesis del margen de error milagroso seguía siendo válida, el pronto restablecimiento, la ausencia de secuelas! En cuanto a esas sombrías proyecciones, no eran sino producto de mi obstinación en desobedecer a la doctora Netchev, pese a que lo había dejado bien claro: no lo hagan, se asustarán.

Debía conseguir olvidar lo que había leído y limitarme a escucharla. No tenía otra opción.

A la mañana siguiente, mientras íbamos al hospital, nuestro coche pasó junto a un grupo de cuatro o cinco niños que habían dejado las bicicletas en el arcén para recoger flores. Céleste y Marguerite, que había insistido en iniciar

la jornada con nosotros, rompieron de repente a llorar. Frené en seco, los miré, primero a ellas y luego a los niños, unos metros más atrás, creo que ellas se dieron cuenta de lo que pasaba por mi mente en aquel momento preciso, y no era agradable, el poderoso deseo de restablecer una atroz equidad, de mandar por los aires de un volantazo a todos esos niños que disfrutaban tranquilamente del final de sus vacaciones, que no habían perdido el control del manillar, que no habían pasado sobre una piedra, esos niños que reían a carcajadas mientras mi hijo yacía inmóvil en la cama de su infortunio.

¿Podía transformarme el dolor en un monstruo?

—Vamos, Lino —imploró de pronto Céleste—. Tengo un presentimiento.

Sus palabras me devolvieron a la realidad. En el retrovisor, el rostro demacrado de Marguerite aparecía rodeado, al fondo, por las figuras saltarinas de los niños.

Arranqué, aceleré despotricando, con una dureza que lamenté de inmediato, ¿Qué pasa, Céleste? ¿Ahora vas de superclarividente?

—Los presentimientos son una impresión de la mente —dijo Marguerite—, son simplemente angustias que somos incapaces de reprimir, te haces mala sangre por nada...

—¡No lo entendéis! ¡Es un buen presentimiento! —la interrumpió Céleste—. Presiento que Milo está mejor, no puedo explicároslo, solo quiero verlo lo antes posible. Date prisa, Lino.

Eché un vistazo a la derecha, su expresión había cambiado: contra toda expectativa, la esperanza había poseído de nuevo a mi mujer.

Por una vez, no interpretar. Creer en ello, al menos mientras llegábamos al hospital. Después de todo... Concederse una tregua en medio de la angustia.

—No tardaremos ni diez minutos en llegar.

La doctora Netchev consultaba sus notas en el pasillo. Al oír el taconeo de Céleste, levantó la cabeza desplegando una sonrisa de felicidad, ¡llegan en el momento oportuno! Iba a llamarlos, tenemos una buena noticia, una noticia excelente, ¡Milo habla!

Emocionados, entramos apresuradamente en su habitación. Su rostro se iluminó de inmediato. ¡Hijo mío!

—Mamá, papá...

—Mi niño —murmuró Céleste.

Me acerqué con precaución, temiendo romper un hechizo, Milo hablaba, sí, lentamente, en un tono que no era el suyo habitual, le costaba separar las sílabas, pero, bueno, ¡hablaba!

Le acaricié la frente.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿Te duele?

—Un poco.

—Cariño mío, ¿sabes lo que ha pasado? —preguntó Céleste—. ¿Te acuerdas del accidente?

—No.

—Ibas en bicicleta.

—Sí, con Margue.

—¿Recuerdas eso? ¡Es fantástico! El accidente es lo de menos. Lo has olvidado a causa de la conmoción. Lo importante es que recuerdes lo demás.

Yo oscilaba entre la alegría de oírlo y la pena de verlo atascarse en cada palabra con ese aire desconcertado de niño de cinco años que ha roto un jarrón, tal como había previsto la doctora Netchev.

De repente frunció el entrecejo.

—Perdona, papá.

—¿Perdonarte? Pero ¿qué tengo que perdonarte?

—Vas a reñirme. No terminé de hacer los deberes... —Le costaba acabar la frase—. Margue, díselo a papá, dile lo de la carrera.

—¿La carrera? ¿Qué carrera? Habías ido a recoger flores para mamá, ¿no?

Me volví hacia Marguerite. Estaba pegada contra la pared, lívida, con las manos detrás de la espalda.

—¿Puedes explicármelo? ¿Qué es eso de una carrera?

Empezó a temblar, primero los labios, luego los hombros y al final el cuerpo entero. Salió de la habitación, así que la seguí y la agarré por los hombros, Marguerite, nos dijiste que Milo te había pedido que fuerais a recoger flores para su madre, ¿por qué habla ahora de una carrera?

—Jamás imaginé que esto pudiera pasar —respondió, deshaciéndose una vez más en lágrimas—, le quiero muchísimo, sabes muy bien que quiero con locura a Milo, más que a nada en el mundo, y además fuiste tú, tú también, ¿por qué tuviste que castigarnos con esa pregunta sobre la Antigüedad?, lo hiciste aposta, ibas a por mí, ¿verdad?

Me acusaba. Estaba loca.

—¿Que «iba a por ti»? ¿Y por qué iba a «ir a por ti», Marguerite? ¿Puedes hablar más claro? ¿Qué tiene que ver esto con una carrera?

—Milo dice la verdad, él quería hacer los deberes pero ¡tú tuviste esa brillante idea, la Antigüedad, «Marguerite te ayudará, domina el tema»! ¿No tenías bastante con el inglés?

Cuanto más aumentaba su nerviosismo, más sentía yo que una furia helada se extendía por mis venas.

—No entiendo nada, Marguerite, haz un esfuerzo, yo no voy a por nadie y no sé qué problema hay con la Antigüedad, pero sí que quiero saber qué pasó exactamente, así que habla.

—Le propuse que echáramos una carrera, le prometí que le prestaría mi

cronómetro. Se lanzó en la bajada, iba deprisa, bueno, no mucho más que de costumbre, creo, puede que hubiera una piedra, un terrón saliente, o puede que el sol lo deslumbrara. Ya está.

Ah.

Ya está.

Resumo, Marguerite: mi hijo estaba estudiando bajo tu vigilancia. Por una razón desconocida, y por absurdo que parezca, ayudarlo a repasar historia te planteó un problema insuperable y quisiste desviar la atención hacia otra cosa, así que lo convenciste para salir a echar una carrera en bici.

Resumo, Marguerite: por tu culpa, mi hijo ha estado al borde de la muerte, actualmente se encuentra en la cama de un hospital sin poder andar y quizá incluso padezca, no lo sabemos aún, esa dichosa y «célebre discapacidad invisible que creará muchos problemas, en especial en el colegio».

Como guinda del pastel, has mentido diciendo que había sido iniciativa suya ir a recoger flores para Céleste, una petición que por supuesto era imposible negarle. Has eludido tu responsabilidad cargándosela a un crío de doce años... e indirectamente a su madre.

Resumo, Marguerite: ya eras invasiva, caprichosa, egocéntrica, y ahora resulta que también eres egoísta, paranoica, cobarde y peligrosa.

¿Sabes qué siento en este momento? Un odio absoluto, profundo, devorador, que me llena de una violencia ciega, así que vete, Marguerite, sal corriendo de este hospital antes de que ese sentimiento me arrastre hacia lo irreparable, sal corriendo, desaparece... antes de que pierda el control.

Marguerite

Soy un campo de batalla. Los pensamientos se enfrentan, se agreden, se esquivan, ¿dónde está la verdad?

La culpa es mía, yo insistí en que Milo montara en bicicleta, le propuse echar aquella carrera, le prometí que le prestaba mi reloj con cronómetro que tanto le gusta.

La culpa es de Lino; de no haber sido por esa idea de último minuto, nos habríamos quedado en casa, yo no habría tenido que inventarme una excusa para interrumpir el trabajo. Él asegura que eso no tiene nada que ver conmigo: ¡a otro perro con ese hueso! Reconocerlo sería admitir su culpabilidad con circunstancias agravantes. Se protege, se defiende.

La culpa es de mi madre. Jeanne siempre tiene que dejarme de lado, siempre tiene que tratarme como si fuera una niña. Si hubiéramos ido todos juntos a elegir esos malditos azulejos para la piscina, nada de esto habría ocurrido.

Da igual. A fin de cuentas, yo soy la única responsable. Soy el último eslabón de la cadena, el último cambio de agujas antes del accidente.

Pero no hay mal que por bien no venga, ¿verdad? Has podido dejar que tu odio estallara, Lino. Me lo has escupido a la cara indicándome la salida.

Pues mira, también es el momento de dejar que estalle el mío. Contenido en el dolor por amor a mi hermana, por amor a Milo. ¿Crees que siempre fue fácil dar el pego? ¿Crees que fue fácil acallar los recuerdos?

Aquella noche, aquella espantosa noche, al comportarte como los demás te convertiste en mi sepulturero.

¡Solo tenía quince años!

Ofrecía mi cuerpo a quien lo quería, simplemente en un intento de comprobar si merecía ser amada o más bien pisoteada, una conducta absurda y dañina. Después de cada encuentro negociado, la carcoma de la desesperación ahondaba el agujero ya abierto en mi corazón.

A falta de un padre que murió antes de que yo cumpliera cuatro años, tú deberías haber sido la muralla que me defendía. Deberías haberme mirado, protegido como el hermano que decías ser.

Actuaste a la inversa: se desplomó la muralla.

Y yo fui condenada a soportar esta idea, puesto que estaba condenada a soportarte.

Hubo que mentirle a Céleste. Enterarse de la verdad habría acabado con ella. ¿Sabes lo que cuesta mentirle a la única persona que te importa, a la única persona a quien tú le importas?

Se lo diré más adelante, cuando esté mejor, cuando sea más fuerte, pensé. Pero más adelante me enteré de que estaba embarazada, así que decidí callar. Eso fue hace unos trece años. ¿Te has preguntado alguna vez cómo estaba yo, qué huellas habías dejado en mí?

Céleste sí que se preocupó. Un día que estábamos a solas me preguntó:

—¿Cómo es posible que una chica tan guapa siga soltera?

Encadené los encuentros. Organicé mi deshonor. Ese es el precio que debía

pagar: la incapacidad para asociar sexo y amor. No digo que tú seas el único responsable, Lino; había empezado a autodestruirme antes de tu intrusión. Digo que tú eres el que anuló cualquier esperanza.

Compartamos, pues, de ahora en adelante nuestro odio, al igual que compartimos ya este secreto. Abramos juntos las compuertas, puesto que en lo sucesivo podremos detestarnos de manera oficial. Tal vez encontremos alivio en ello.

No tenía suficiente dinero para pagar un taxi, así que tomé el autobús hasta una localidad importante, a cinco kilómetros del pueblo, y recorrí el resto del camino a pie. El calor no había disminuido desde principios de mes. La canícula amenazaba con instalarse y el alcalde había ordenado pegar carteles en las esquinas de las calles para regular el riego de los jardines y el llenado de las piscinas. No pude evitar pensar en Milo jugando con los chorros de agua, dibujando planos y construyendo complicados circuitos cuya concepción me explicaba después. Planeaba ser ingeniero e inventar sistemas que regularan las sequías, la contaminación de las aguas y el deshielo. Quería salvar al mundo, y yo sería su ayudante.

¿Me perdonarás por haberte alejado tanto de tus proyectos, Milo?

Hablabas con tanta dificultad hace un rato... Apenas pestañeaste cuando te besé en la mejilla. No era mi querido sobrino de doce años el que estaba tendido en esa cama, no era mi compañero, mi cómplice, mi mejor amigo, mi azogue, era un chiquillo tembloroso que temía ser castigado.

Tenía ya muy poco, ¿por qué me lo quitaban? ¿Por qué de esta forma?

Entré en la casa vacía y subí a tumbarme en mi habitación, abrumada de

tristeza y de soledad. Fuera, el cielo se había oscurecido bruscamente, anunciando la llegada de la tormenta. Hasta las plantas parecían retraerse, espantadas. Recé para que el tiempo estallara, para que el torrente de fango cayera, para que por fin todo acabara.

—Marguerite...

Me volví, Céleste estaba en el umbral. Una estatua.

—¿Ya estás aquí?

—He venido para hablar contigo. Mamá también está aquí, se ha quedado en la cocina.

—¿Y Lino?

—Está con Milo. Yo volveré luego al hospital. —Se acercó a la cama, donde yo seguía acurrucada—. ¿Cómo pudiste hacer una cosa así...? Tú...

Por lo que más quieras, Céleste, no me preguntes, no me presiones, porque no podré responderte, no podré explicarte, he llegado a un punto de no retorno y he dejado tras de mí un muro infranqueable, te lo ruego, no me obligues a hablar, no tires del hilo, lo que desatarías no es agradable de ver.

—Cambiar los planes en el último momento, sin tener en cuenta mis instrucciones...

—Habíamos terminado con el inglés, pensé que por la tarde haría demasiado calor para salir, que podríamos aprovechar y repasar la historia más tarde...

—Incitar a mi hijo a echar una carrera en bicicleta por esa carretera sin ninguna visibilidad...

—Yo bajé primero para asegurarme de que no hubiera ningún coche.

—Y luego mentirme, inventar ese pretexto de un ramo de flores, como si yo tuviera algo que ver con esa decisión, algo que ver con ese accidente, ¿cómo has podido hacerme cargar con ese peso, Marguerite?, ¿cómo? Y si Milo no hubiera hablado, ¿cuánto tiempo habría durado esto?

—No pensé que pudiera ser un peso, Céleste, a decir verdad, no pensé nada, solamente tuve miedo de la reacción de mamá si te confesaba la verdad, ya sabes lo dura que puede ser conmigo. Fue tan rápido..., ella me preguntó, salió así, a bote pronto... Luego... no supe cómo decírtelo.

Si tú supieras, mi querida Céleste, hasta qué punto esa frase resume mi existencia. Jamás he sabido decir las cosas en el momento oportuno. Ni contigo, ni con Jeanne, ni con Lino. Vivo en perpetuo desfase. Hablo demasiado pronto o demasiado tarde, y sobre todo demasiado deprisa. Actúo por instinto de conservación, me ocupo de los problemas más urgentes, bosquejo una justificación en cuanto me siento en dificultades, muerdo en cuanto me tocan para constatar después las heridas que inflijo: soy un miserable escorpión.

Ella meneó la cabeza suspirando, no era conmiseración, más bien una mezcla de abatimiento y decepción.

—«Salió así» —repitió, procurando copiar mi entonación—. Pero ¿es qué no tienes agallas, mi pobre Marguerite? ¿Ni tampoco corazón?

Se dirigió hacia la puerta.

Las manos se me humedecieron de una manera terrible, y comprendí que estaba a punto de perderla, se alejaba, y no solo físicamente, cuando siempre había estado de mi parte, a mi lado, resistiéndose a la presión de Jeanne y a la de Lino, cuando había mantenido su confianza en mí en todos y cada uno de los incidentes.

La perdía porque esta vez se trataba de Milo, y herirlo abolía todos los privilegios, todas las formas de protección, todos los acuerdos implícitos entre nosotras.

¿Cómo podría sobrevivir sin el amor de mi hermana?

Debía interrumpir el proceso, impedirle a toda costa que saliera de la habitación: si se iba ahora, aquello no tendría arreglo, daría un carácter definitivo al abandono.

Entonces surgió la idea.

—Es verdad, Céleste, no actué bien. Pero es que estos días tengo la cabeza en otro sitio. Estoy muy desquiciada.

Se volvió, con la mandíbula ligeramente más relajada. Pensé: Venga, Marguerite, ha picado, está pendiente de tus labios, tiene tan pocas ganas de perderte como tú a ella, vamos, dale una explicación que esté a la altura y no la rechazará.

—¿Desquiciada?

—No quise contártelo para que no sufrieras.

—Para que no sufriera —dijo con amargura—, qué ironía.

—Estoy embarazada, Céleste.

Se quedó inmóvil un momento y luego se acercó con lentitud.

—¿Embarazada, tú? ¿De quién? ¿Desde cuándo? ¿Embarazada, Marguerite?

No estaba segura de si tenía ganas de llorar o de saltar de alegría.

Saltar de alegría porque había ganado. Acababa de pronunciar la única palabra susceptible de retenerla. El embarazo y la maternidad: el gran tema de su vida, el que se había pasado años estudiando, intentando comprender por qué se le negaba, se le daba o se le quitaba.

Llorar porque tenía la sensación de que me hundía bajo tierra, de que había iniciado el descenso por la escalera de lo peor, de que, al sacrificarla a mis pulsiones, a mis debilidades, a la necesidad de conservarla, la sometía una vez más a mis manipulaciones y mis mentiras.

Se sentó a mi lado y observó mi barriga mientras yo me esforzaba en inflarla.

—De unos tres meses...

Céleste calculaba.

—Fue en la villa galorromana, ¿a que sí? Lo recuerdo, me hablaste del director de las excavaciones. Decías que os había hecho la vida imposible, que era un mal tipo, que habías reducido la estancia. Debería habérmelo imaginado. En aquel momento pensé: Marguerite habla un poco más de la cuenta del asunto, aquí hay gato encerrado.

Puesto que ya tenía todas las respuestas, ¿por qué iba yo a contradecirla?

—Sí, es él.

—¿Lo sabe? ¿Sigues viéndolo?

—No, y no tengo intención de decírselo. Es un hombre casado y padre de familia. De todas formas, no siento absolutamente nada por ese tipo, Céleste, sucedió una noche, ni yo misma sé cómo. Me enteré de que estaba embarazada la mañana del accidente de Milo, tenía un retraso, así que el día antes fui por la tarde a la farmacia a comprar un test.

—¿Has tomado alguna decisión?

—Voy a abortar, claro. Debo darme prisa. Seguramente estoy al límite del plazo legal, es posible que tenga que ir al extranjero.

Reemplazar un accidente de la vida por otro: una estrategia eficaz. De repente, Céleste ya no intentaba condenarme, sino, al contrario, ayudarme reflexionando en voz alta. Volvía a quedar atrapada en sus obsesiones. Quién está muerto, quién está vivo. Quién tiene derecho a vivir.

—No te precipites, Marguerite, eso hay que hablarlo, no es una decisión menor, se trata de un niño, un niño que se presenta en unas condiciones inesperadas, es cierto..., pero podrías arrepentirte...

—Un niño sin padre, no, gracias. Además, ¿tú sabes qué tipo de vida llevo, siempre de la ceca a la meca? En fin, ¿sabes quién soy? Yo misma una niña, mamá no para de repetirlo, así que ¿cómo quieres que...? No, no hay nada de

lo que hablar. Y no olvidemos que no es un niño, sino un embrión. Ahora que Milo ha recobrado la conciencia, tengo que volver a la ciudad, pedir cita con un médico y programar la intervención.

—Hablémoslo en familia, por favor.

—¿Con mamá? ¿Estás de broma? ¿Para que me acuse de irresponsable? ¿Para que me eche en cara mi inconsciencia?

—Bueno, en parte no le faltaría razón, no tomaste precauciones...

—Por supuesto que sí. Pero, al parecer, pasa algunas veces, muy pocas. Me ha tocado a mí, qué le vamos a hacer.

Céleste se levantó con una mirada triste. Me odiaba a mí misma.

—¿Qué extraño es el destino! Tú, embarazada, y mi hijo, gravemente herido. ¿Sabes qué ha pedido Milo en el momento en que yo salía de la habitación? Quería ver dibujos animados. Había montones de programas que deberían haberle interesado: música, deporte, reportajes, películas, pero no, él quería ver dibujos animados, una cadena cuya programación es para los más pequeños.

—Me siento fatal, Céleste.

—No sé cómo va a acabar todo esto —dijo ella, con una expresión súbitamente hermética—. Lino va a volverse loco, lo intuyo. Yo misma, Marguerite, lucho para recordarme que no era tu intención que sucediera nada de todo esto, lucho para no odiarte. Milo debe volver a ser él mismo; si no, todos perderemos mucho.

La amenaza reaparecía. Solo me sostenía un hilo, el resto de la cuerda ya estaba cortada.

Oh, Céleste, la verdad es que si Milo no vuelve a ser él mismo, si no se recupera, entonces no me quedará ninguna razón para continuar viviendo.

Todo es tan complicado ya, tan agotador. No te lo imaginas, no tienes la más remota idea.

Por supuesto, sabes positivamente la enorme falta de amor que he sufrido —aunque te esfuerzas en minimizarlo, has sido testigo de ello—, pero consideras que la vida me ha mimado bastante en otras cosas para que el conjunto sea aceptable. Para empezar, la belleza. He notado tu mirada recurrente en mis piernas, en mi vientre. Sé que no estás celosa, me quieres demasiado para eso. Pero te haces preguntas sobre cómo se ha operado la distribución de nuestros genes. Por qué tú eres más baja, más rechoncha, por qué tienes los ojos menos claros, el pelo menos abundante, la nariz más ancha y con un perfil menos bonito. Como muchos otros, piensas que es una suerte increíble, el sueño que persiguen casi todas las mujeres: ser deseable. Ignoras que esta belleza solo me ha traído la desdicha. Celos y concupiscencia, empezando por la de tu marido. Manos sucias y pensamientos infectos.

Y después, mi profesión. Recuerdo una noche en que te pedí prestado algo de dinero, te conté que me habían robado dos días antes, a mi regreso de unas excavaciones en Perú. Tú me pediste detalles y yo te di para dar y vender, desde la indisposición en los lavabos del aeropuerto a consecuencia de una intoxicación alimentaria, hasta el robo del bolso mientras esperaba el equipaje. Me acariciaste las mejillas hundidas a causa del cansancio y susurraste: No pasa nada, Marguerite, te ayudaremos, y, además, tienes mucha suerte de dedicarte a lo que te apasiona, mientras tú excavas al pie de pirámides y desempolvabas fragmentos de vasijas antiguas, yo estoy encerrada de la mañana a la noche delante de documentos contables. Créeme, vale la pena sufrir algunos inconvenientes.

No estás celosa, no, ese no es tu estilo, pero crees que la vida me favorece.

No debo sino culparme a mí, exagero, como señala a menudo mamá.

Como aquella noche que estábamos todos reunidos y anuncié que el

decano de la universidad me había elegido como ayudante para un proyecto confidencial, un descubrimiento que revolucionaría el estudio de las civilizaciones grecorromanas. Te quedaste impresionada. Lino no se dio por enterado, pero la reacción de Jeanne fue peor:

—Un proyecto secreto sobre un descubrimiento del que no puedes decir nada, ¡vaya, menuda información! ¡Eso merece como mínimo uno de los titulares del telediario de las ocho!

¿Qué récord tendría que batir para que se sintiera orgullosa de mí?

Tú, por el contrario, observas mi vida a través de un prisma invariablemente benévolo. Encuentras cualidades en mí que no poseo, me atribuyes victorias usurpadas sin hacerte la menor pregunta, no ves ni las sombras ni las ilusiones, y yo, que te quiero tanto, no consigo ser honesta, cultivo el espejismo, te sacrifico a mi necia búsqueda: obtener la misma mirada de nuestra madre.

¿Sabes qué, Céleste? Lo único que puedo perder sois Milo y tú. No tengo nada más. Mi vida es igual que esta habitación que me reservó mamá en esta casa desde el primer verano que pasé en ella: estrecha, oscura, con un minúsculo tragaluz tan alto que la claridad parece pertenecer a otro mundo. Y, sobre todo, situada en el lado opuesto a las vuestras.

Mamá justificó su decisión: para un niño pequeño, era mejor un lugar tranquilo. Veintiocho años después, sigue sin proponerme un cambio. Cuando Milo nació, habría podido sugerir instalarlo aquí. Pero no, en lugar de eso, acondicionó el desván como suite para vosotros y le dio tu dormitorio a su nieto.

—Es hora de que vuelva al hospital, deben de estar esperándome. Te veré a la hora de cenar.

La emoción suscitada por el anuncio de mi embarazo parecía haberse disuelto por completo. Su tono era de nuevo frío y seco, como si hubiera cerrado un libro para abrir otro.

—Si puedes dejarme en la estación, iré con vosotras.

—¿Estás segura?

—Tengo que volver, lo sabes perfectamente. Dile a Milo que lo quiero, que solo pienso en él. Que os pido perdón.

No me contestó. Metí a toda prisa mi ropa y mi neceser en la bolsa de viaje, no tenía ningunas ganas de irme, oh, no, deseaba con todas mis fuerzas estar junto a Milo, junto a ti, Céleste, pero no me quedaba más remedio.

Mamá nos esperaba al pie de la escalera. Señaló mi bolsa con la barbilla.

—Ah, ¿te vas, Marguerite?

—Sale un tren dentro de una hora.

Movió la cabeza, yo sabía lo que pensaba —¡ya era hora!—, muy pronto tendría a Céleste solo para ella, o casi.

En la estación, después de un trayecto efectuado en un silencio total, me besaron fugazmente desviando la mirada, tanto la una como la otra, sin duda para recordarme una vez más mi responsabilidad y su reprobación. Era superfluo: de todos nosotros, incluido Lino, yo era el juez más severo y dispuesto a aplicarme las sanciones más duras.

Las ruedas del coche chirriaron con rabia a mi espalda mientras yo entraba en el edificio para comprar el billete.

Muy pronto estarían reunidos, el núcleo duro, el ecosistema, el círculo perfecto, rechazando mi cuerpo extraño.

Regresaba a la ciudad y a mi soledad, atrapada en mis propias redes.

Jeanne

A veces, el dique salta cuando uno menos se lo espera. Nos dirigíamos al hospital después de haber dejado a Marguerite en la estación, Céleste no abría la boca, quise reconfortarla.

—Te sientes traicionada, es lo más natural. No hizo caso de tus instrucciones. Aunque no lo deseara, es responsable del accidente. Es terrible, pero no podemos cambiar las cosas que ya han sucedido. Concéntrate en el aquí y ahora: se ha marchado. Por una vez, ha tomado la decisión correcta. No seguirá imponiéndonos ese numerito de plañidera... ¡qué vergüenza! Siempre es así, si quieres encontrar al culpable, busca al que grita más fuerte. En fin, ha vuelto a casa y eso es lo principal, su presencia habría sido un peso excesivo para ti. Tú sabes que yo no quería que viniera a pasar las vacaciones, no estaba previsto que lo hiciera. Tendría que haberme mantenido firme en mi posición, cedí por Milo, él estaba entusiasmado con tenerla aquí. Fue una idiotez por mi parte, pero reconoce que tú no me ayudaste, tú también insististe, me reprochaste que era demasiado dura con ella. No soy dura, ¿quieres que te diga lo que soy? Soy lúcida. Intenté hacer mi trabajo de madre, poner tutores, enderezarla, pero ella nunca me hizo caso, nunca...

—¡Mamá, para!

Céleste gritó y frenó al mismo tiempo. Avanzó con el coche hasta un camino que se adentraba en los campos de alfalfa, se detuvo y apagó el motor.

—Marguerite tenía otra razón para marcharse. No ha sido solo por Milo.

—¿Otra razón?

—Está embarazada, mamá.

Acusé el golpe. Pensé: Ahora sí que te has pasado de la raya, Marguerite. Has elegido el mejor momento.

—¿Hay un hombre en la vida de Marguerite? ¡Primera noticia!

—No exactamente. Ha sido un accidente. Un hombre casado, durante las excavaciones.

A veces, cuando uno menos se lo espera, el hachazo le alcanza en pleno vientre.

Un accidente.

Un hombre casado, durante las excavaciones.

Mi cuerpo súbitamente traspasado, el dolor bruto, intacto, que despierta casi treinta años después.

O sea, que el tiempo no cura nada, se limita a enterrar.

—Quiere abortar, mamá. Por eso ha decidido volver a casa. Pero yo creo que se equivoca. Quiero que me ayudes a convencerla, que hables con ella. Tú y yo hemos tenido muchas dificultades para quedarnos embarazadas. Es así, en algunas familias los niños nacen a carretadas, en la nuestra lo hacen

con cuentagotas. Abortar quizá sea privarse para siempre de ser madre, ¿quién sabe lo que le reserva el porvenir?

¿Lo que le reserva el porvenir?

Pues yo voy a decírtelo, Céleste. O, más exactamente, voy a decirte lo que le espera si no aborta: todos los matices del negro. Amargura, rencor, una indescriptible tristeza, el aislamiento. Una carga que resultará cada día un poco más pesada. Un odio sordo que crecerá con el niño hasta devorarlos a los dos. No creas a los que aseguran que los años cierran la herida, que el amor siempre acaba por ganar, no los creas jamás. Algunas condenas son irrevocables.

—Pero, mamá, ¿se puede saber de qué hablas?

—Debe abortar. ¡Es preciso que lo haga! Me has reprochado a menudo que no la ayude lo suficiente. Que no la quiera lo suficiente.

Casi treinta años después, la historia se repite como un disco rayado. El mismo fantasma llama a la puerta. Esta vez no le abramos, Céleste, te lo suplico. Me cuesta contener las lágrimas, ha sido un ataque por sorpresa, no estaba preparada.

—¿El mismo fantasma? ¡Mamá!

¿Cuántas veces me has preguntado por qué no he vuelto a casarme, Céleste? Me presentaste a los padres solteros de tus amigas del colegio, a algunos profesores, me registraste por tu cuenta en una web de encuentros. Eran esfuerzos vanos, hija mía: mi corazón se recluyó hace mucho tiempo. Solo hay sitio en él para ti y para Milo. Los hombres me han pisoteado y han orinado encima de mí.

Sí, ya sé que eso no se ve. Para toda la gente con la que me relaciono, para mi propia familia, soy fuerte, invencible, estoy blindada.

Pero, en realidad, Céleste, no soy nada de todo eso. Soy una representación perfeccionada día tras día. Disimulo mis heridas como un artista oculta sus cicatrices. Maquillo mi realidad y mi tristeza, y a veces, lo confieso, me encuentro atrapada en mi propio juego. Por espacio de unas horas, de unos meses, olvido quién soy: una mujer medio muerta. No me mires con esa cara de espanto, ángel mío, desde los doce años te has esforzado en coser los desgarrones, en reunir los trozos esparcidos. ¿Acaso no sabes, en el fondo, que estoy rota? ¿Acaso no sabes desde siempre que tu hermana no es tu hermana del todo?

Un hombre casado, durante unas excavaciones o durante unas obras: una bonita historia.

Tu padre y yo habíamos decidido arreglar el antiguo establo. En aquella época prácticamente ya no nos acostábamos. Dormíamos separados a petición suya. Lo único que le interesaba eran sus colecciones, sus asuntos, en el mejor de los casos me trataba como a su mejor amiga, su copiloto. Yo tenía treinta y tres años, el cuerpo vivo y hambriento, el hombre se llamaba Rodolphe, ¿te acuerdas de él? ¡Seguro que sí! Ojos verde agua, cuerpo atlético, una voz que te hacía perder la cabeza y aquella mancha de nacimiento, en forma de cruz, en la mejilla... Tú estabas casi tan enamorada de él como yo. Para ti, un amor infantil; para mí, una implosión.

—Rodolphe...

Tú eras una niña, Céleste, pero, ¡acuérdate! Porque eres el único testigo; los demás ya han muerto o desaparecido. Acuérdate de su sonrisa, de sus manos anchas y tranquilizadoras, lo acompañábamos juntas por el establo en obras, con un casco amarillo en la cabeza, sobreexcitadas y eufóricas. Con

treinta y tres años, ¿tenía derecho a ser aún una mujer y no solo una esposa y una madre?

Os mandaba a hacer la compra a Jacques y a ti con la excusa de que tenía que ordenar la casa y tender la ropa. En cuanto el pesado portón se cerraba, él se echaba sobre mí y, perdona por decírtelo, hija mía, me devolvía a la vida.

—Ahora me acuerdo, sí... La mancha en la mejilla... ¿Cómo he podido olvidarlo? ¿Cómo no lo relacioné enseguida?

—Tenías doce años... No quisiste hacerlo, percibías el peligro, así que borraste los datos molestos. Preferiste aceptar la versión oficial, y es normal. A decir verdad, en aquella época pensé que callabas por delicadeza o por miedo.

Me quedé embarazada un fin de semana de primavera, las obras en el establo estaban ya muy avanzadas. Un accidente, por supuesto. Pasa algunas veces, muy pocas, me tocó a mí. El volumen de mi barriga aumentó, era demasiado tarde para plantearse interrumpir el embarazo. Esperé que tu padre me preguntara, me acusara, entonces manteníamos relaciones en muy contadas ocasiones. Pero, sobre todo, después de haber pasado muchos años intentando concebir en vano a un segundo hijo, las pruebas habían indicado que Jacques padecía hipofecundidad. En otras palabras, aquel niño no tenía prácticamente ninguna posibilidad de ser hijo suyo. Pues bien, ¿quieres creértelo?, no hizo ningún comentario, no exigió ninguna explicación. Todo el mundo lo felicitaba: ¡otro hijo, Jacques, es maravilloso, esperemos que sea un niño! Sus padres, ya de edad avanzada, los míos, nuestros amigos: todos al unísono. Incluso tú, Céleste, feliz ante la idea de acunar a un hermano o una hermana. Quizá fue eso lo más duro: la indiferencia de tu padre. Si todo el mundo lo veía bien, si el honor estaba a salvo y nadie dudaba de su paternidad,

entonces podía mentir y adaptarse al adulterio hasta el extremo de acoger su fruto. A mí me habría gustado que se rebelara, que gritara, que me odiara, que sufriera... ¡Eso habría significado que aún me quería un poco!

Sin embargo, permaneció mudo hasta el momento del parto. Yo tenía ganas de vomitar, pero no tenía nada que ver con las hormonas.

—¿Y Rodolphe?

Le entró miedo nada más enterarse. Yo le juré que el niño era de Jacques, que no tenía ninguna duda, que las fechas coincidían. Además, usábamos protección. Casi siempre. Y cuando no era posible, quiero decir..., perdona, Céleste..., cuando todo iba demasiado deprisa, llevábamos cuidado, mucho cuidado. Pero aquello no bastó para convencerlo. Empezó a marcar distancias, se las arregló para que siempre lo acompañara un obrero en sus visitas al establo. Cuanto más aumentaba mi barriga, más se alejaba él: aprovechaba la menor ocasión para recordarme su condición de hombre casado y feliz en su matrimonio, con hirientes «mi mujer» por aquí, «mi mujer» por allá. ¿Puedes al menos imaginar el alcance de mi soledad y mi angustia?

Marguerite no había nacido aún, pero yo ya detestaba a ese niño que había venido para quitarme el amor, el placer, mi futuro.

¿Habría podido quererlo si nuestra familia no se hubiera desmoronado? ¿Habría conseguido olvidar el olor y el cuello de Rodolphe, sus dedos en mi nuca, sus labios en los míos? ¿Habría podido conformarme con tu inmensa alegría? A diferencia de todos nosotros, tú adorabas a tu hermana antes incluso de haberla visto.

Maldita mancha de nacimiento, perfecta réplica dibujada en su mejilla como la marca de mi infamia.

En el instante en que la comadrona la puso sobre mi pecho y Marguerite

volvió la cabeza, en el instante en que tu padre se inclinó hacia ella con cara de estupor, supe que lo perdería todo.

Se marchó sin pronunciar palabra, si supieras lo duro que fue, ¿Ocurre algo?, preguntó el médico.

Respondí por él tragándome las lágrimas, Mi marido tiene que ocuparse urgentemente de unos asuntos. Todas aquellas personas con bata azul que había a mi alrededor ignoraban que mi vida se desmoronaba, en algunas familias, Céleste, los niños nacen con cuentagotas y está muy bien que así sea, pues con ellos nacen el odio y la desolación.

Céleste se desabrochó el cinturón de seguridad, se acercó, respirando entrecortadamente, Qué hacemos, mamá, qué hacemos, susurró, como si todavía pudiera cambiar las cosas, volver veintiocho años atrás, restablecer el orden, corregir la trayectoria.

Tenía la cabeza apoyada en mi hombro, le acaricié el pelo, aspiré su perfume, intenté embriagarme, Hija mía, no se puede hacer nada, ya has hecho muchísimo, de no ser por ti, estaría muerta, habría cogido al bebé y me habría tumbado sobre la vía del tren, pero tú estabas ahí, con todas tus razones para vivir, tu alegría y tu candor, tu amor incondicional, así que decidí resistir. Fuiste tú quien eligió el nombre, Marguerite, a mí me daba exactamente igual que se llamara Nadège, Coralie o cualquier otra cosa, pero tú escogiste Marguerite y pensé: te quiero un poco, mucho, con pasión, con locura, NADA EN ABSOLUTO.

Hundirse en el abismo y sobrevivir. Me escondía para que no vieras, con doce años, a tu madre anegada en lágrimas.

Jacques reconoció a Marguerite. Habría reconocido a unos ocellizos antes que admitir que lo habían engañado. Solo pusimos al corriente a nuestros padres respectivos. Con ellos interpretó el papel de hombre responsable, En cualquier caso, esta niña es hermana de mi hija, no pagará por la traición de su madre y el delito de huida de su padre, me ocuparé de que no le falte nada. ¡Menuda cara!

A los demás, a sus amigos, a sus colegas, a sus compañeros de promoción, les anunció nuestra ruptura explicándoles que no nos llevábamos bien desde hacía tiempo, que esa niña era la última oportunidad, pero no había conseguido reconciliarnos.

En la ciudad, donde estaban todos lo que contaban para él, nadie se enteraría de la verdad. Aquí, en cambio, todo el mundo la sabría a causa de esa cruz en la mejilla de Marguerite y en la de Rodolphe. Pero eso ya le tenía totalmente sin cuidado. No volvería aquí: el trato estaba claro, una separación amistosa, esta casa y dinero a cambio de mi discreción.

—Pero ¿y Rodolphe, mamá? ¿Qué dijo Rodolphe de todo esto? ¿Dónde estaba durante todo ese tiempo?

Desapareció de un día para otro, un poco antes del octavo mes vino otro a terminar las obras. Me enteré de que se había trasladado a un departamento vecino gracias al carnicero, quien me preguntó por tu hermana con una sonrisa falsa y cargada de sobreentendidos.

De eso hace mucho tiempo, el carnicero cerró el negocio, en el pueblo muchos han muerto o se han ido, ¿quién se acuerda aún de la mancha en la mejilla del albañil? La visión de Marguerite solo me hiere ya a mí. Ella es la cruz que llevo a cuestas, el combustible de mi odio. Perdona, Céleste, es injusto, lo sé, pero es así.

Se había quedado absolutamente inmóvil, como clavada en el asiento por mis revelaciones. Fuera, los campos se estremecían, a no ser que fuera yo.

Rodolphe, tela basta, voz grave, Te llamaré «Jean», susurraba, es mucho más bonito.

Me quedé embarazada y los hombres a los que amaba se volvieron cobardes. Dicen que los niños son almas que nos eligen: ¿por qué demonios Marguerite me había escogido a mí?

Vino al mundo y el mundo se hundió.

¿Y tú querías, Céleste, que animara a tu hermana a tener ese niño? Ella solo ha engendrado pesar. No dejemos que el ciclo se perpetúe. Si la quieres, ayúdala a abortar y, por favor, no hablemos más del asunto, ahora que ya lo sabes todo.

—Lo siento, mamá, pero no va a ser posible.

—Cariño...

Céleste levantó la cabeza con una súbita agresividad.

—¿Qué te crees? ¿«No hablemos más»? Pero ¿de qué, en concreto? ¿Del posible aborto de Marguerite o de ese enorme secreto que acabas de restregarme por la cara? Ah, no, pero qué tonta soy, no había ningún secreto porque se suponía que yo lo había comprendido «desde siempre». ¿Y se supone que Marguerite también ha comprendido la verdad? «No hablemos más», esa sí que es buena. ¿Pensaste alguna vez en mí mientras te revolcabas en tus mentiras? ¿Pensaste en que no serías la única que iba a sufrir? ¿Sabes lo difícil que es ser la preferida, mejor dicho, la única querida? ¿«No hablemos más» de mi juventud dividida entre culpabilidad y responsabilidad? ¿«No hablemos más» del abandono de mi hermana, metida en el internado? Si he entendido bien, el tiempo concedido a dar explicaciones ha terminado, has hecho tu pequeña confesión, te has quitado un peso de encima a la vez que has abogado por el aborto, a eso se le llama matar dos pájaros de un tiro,

¿y ahora cerramos el libro, colgamos el teléfono y simplemente reanudamos nuestra vida donde la habíamos dejado, como si esa revelación no tuviese que cambiar nada? Dime una cosa, mamá, si no hubiera surgido lo de este embarazo inopinado de Marguerite, ¿me habrías dicho algún día la verdad, o pensabas continuar callada hasta la muerte como, por cierto, hizo mi padre?

Su teléfono sonó e interrumpió su diatriba.

Yo la miraba estupefacta, nunca se había dirigido a mí en ese tono, ni a mí ni a nadie, en realidad, que yo sepa. De repente comprendí que ella no sentía ninguna compasión. Un huracán de odio y dolor mezclados me invadió, maldita Marguerite, una vez más has sido tú el detonador de la bomba, ¡y con qué potencia!

Tú eres la causante de que haya abierto mi corazón, fuertemente amordazado desde hacía casi treinta años, y en premio por mi confesión solo haya recibido reproches y desolación. Tú eres la causante de que se haya alzado un muro entre Céleste y yo, ¿quién habría pensado que tal cosa era posible? Era por ti por quien se preocupaba, era de ti de quien se compadecía, como si tú fueras la única víctima, como si tu parte de responsabilidad no contara.

Sin duda, mi defecto es la edad que tengo. Al igual que las babas del bebé despiertan ternura, mientras que las del viejo producen repugnancia, los sufrimientos no se miden con el mismo rasero en la mujer de treinta años que en la de sesenta. Yo creí que hacía bien ocultando mis penas. Creí que protegía a mi hija de mis noches de insomnio, del vacío asfixiante, de la desesperación. ¿Debería haberle insistido a Jacques para que accediera a ponerla al corriente de la situación e invitarla a compartir mi desgracia? ¿Se me juzgaría con menos dureza ahora? ¿Dónde se sitúa el egoísmo? ¿Y la

responsabilidad? ¿La verdad es un deber? ¿Dónde está la justicia? ¿Quién puede conseguirme el reglamento?

¿Puede alguien entender que me estoy volviendo loca? ¿Que me estoy quedando sola?

Lo que todavía no se ha dicho no existe. Estaba previsto que yo no dijera nada nunca pero, mira por dónde, Marguerite, durante unas excavaciones un hombre te ha dejado embarazada y lo has echado todo por tierra. Tú y el malnacido de tu padre. Tú y ese canalla de Rodolphe.

Que vengan a decirme lo contrario.

Céleste se había incorporado, inexpresiva. Guardó el teléfono en el bolso, se abrochó el cinturón de seguridad y se volvió hacia mí.

—Era un mensaje de Lino: hay novedades sobre Milo. Tenemos que ir para allá.

El tiempo de la venganza

Lino

Mi noche está poblada de sangre, de carnes destrozadas. De muertes horribles, incontables, chorreantes. Suena el teléfono, me entero de que a Marguerite la ha atropellado un camión en un yacimiento, «no era un espectáculo agradable», precisa mi interlocutor. Suena el teléfono, me entero de que Marguerite se ha suicidado, se ha arrojado bajo las ruedas de un camión o a las aguas del río desde un puente grecorromano. Siento un alivio inaudito. Ha recibido su castigo. Hay justicia.

Me despierto vagamente decepcionado. ¿Soy un monstruo por eso? Me gustaría saber quién, de todas las personas que he conocido a lo largo de mi vida, no ha deseado nunca la desgracia ajena. ¿Quién no ha deseado que ese energúmeno exaltado que acaba de cerrarle el paso con el coche no acabe estrellándose contra un árbol? ¿Quién no ha deseado que esa mujer o ese hombre por el que te han abandonado sea abandonado a su vez por una más joven o uno más rico? ¿Quién no ha deseado que a ese compañero demasiado ambicioso lo despidan por abuso de poder o acoso moral? ¿Usted tal vez?

Desear no es matar.

Cuando mi madre me comunicó su decisión de no verme nunca más, deseé que ella o cualquiera de mis hermanos cayera gravemente enfermo. Yo los

habría sacado del atolladero. Cobertura médica, consulta privada. Se habrían acordado de que formábamos una familia. A veces aún lo pienso. Me imagino tranquilizando a mi madre después de que haya pedido ayuda, a mi madre asustada y agradecida. ¿Soy un ser amoral?

Marguerite está embarazada, me ha comunicado Céleste. La vida se desarrolla en su vientre mientras que la de Milo mengua. ¿Es eso moral?

A Céleste le gustaría que tuviera el niño, cuando me lo ha dicho, yo acababa de enterarme de que a Milo lo trasladarían a finales de semana a un centro especializado, un hospital que queda cerca de casa, para iniciar su rehabilitación.

—¡Es fantástico! —se ha alegrado Céleste—. Estará muy cerca, podremos ir a casa y organizarnos para ayudarlo.

Fantástico: mi hijo incapaz de pronunciar diez palabras seguidas, incapaz de andar más de dos metros sin caerse, incapaz de esquivar el menor obstáculo. Sus labios trémulos, su pobre sonrisa. Mi hombrecito de doce años, mi campeón, mi as de ases, convertido en triste molusco, abracadabra.

—Es una cuestión de tiempo, Lino, se recuperará.

Nuestras visiones divergen más de lo que habría imaginado. Ha bastado que Milo diga unas cuantas palabras para que mi mujer recupere parte de su energía y su optimismo. Ahora considera que todo va a pedir de boca, puesto que hemos escapado de la situación de *niño muerto*... o muerto viviente. Nos ve casi como afortunados: el cuerpo médico es optimista, el hecho de que se exprese en condicional y sea muy impreciso con los plazos no le molesta a ella en absoluto. «Milo debería realizar progresos significativos en unas semanas o unos meses.»

Soy yo quien bebe, pero es ella quien pierde el sentido de la realidad. No le

llevo la contraria; la prefiero ciega y feliz que lúcida y abatida. Me guardo para mí mis lecturas de las estadísticas: dos años después del traumatismo, el setenta por ciento de los niños ha recuperado la autonomía locomotriz y gestual.

Después de dos años: ¡fantástico!

¿Y el treinta por ciento restante?

Céleste se protege, puedo comprenderlo e incluso alentarlos. Pero que proteja a Marguerite ya no me gusta.

Al día siguiente del anuncio del traslado, cuando yo no pensaba en otra cosa que no fuese lo que le esperaba a Milo, Céleste volvió a poner sobre la mesa el asunto del embarazo. Nos acusaba a su madre y a mí de ser inhumanos porque nos inclinábamos por el aborto. Las cosas se pusieron feas cuando señalé lo paradójico de su actitud: afirmar que quería a Marguerite y oponerse a sus decisiones. Y se torcieron del todo cuando acabé por explotar, mierda, estábamos debatiendo cuál era la mejor decisión posible para la persona responsable del estado de nuestro hijo, alguien que nos había mentido, traicionado, apuñalado, ¿no teníamos nada mejor que hacer?

—No es una persona, no es cualquiera, es mi hermana —replicó Céleste, glacial.

Aquello me perforó el estómago, y pensé: Te alegraría mucho oír esto, tonta del culo, constatar que me veo reducido a aliarme temporalmente con tu madre. No contenta con privarme de mi hijo, te encantaría quitarme a Céleste.

Me refugié en el cobertizo de las bicicletas y no tardé en estar borracho,

empapado de un vodka barato, acunado por el balanceo del alcohol.

Esa noche te reuniste allí conmigo, Milo. Eras etéreo, no tenías ese agujero en el cráneo, ese rostro lacerado, esos movimientos entrecortados, esa voz monocorde, contaste conmigo las estrellas en el cuadro y el manillar torcidos, las estrellas que yo había pintado el verano anterior en señal de protección y de éxito: la bóveda Céleste.

Qué ironía.

Te tumbaste a mi lado, en el fondo yo sabía perfectamente que no estabas allí, que era una alucinación, una emanación de mi corazón roto de padre, da igual, sentí todo el amor que había entre nosotros, te oí murmurar palabras reconfortantes, me habría gustado que ese momento fuera el último, me habría gustado dormirme para siempre contra ti, hijo mío.

A los dos años, tu camión rojo y amarillo y su agudo claxon.

A los cinco años, tus disfraces de superhéroe que te negabas a quitarte para ir a clase y la mirada reprobadora de la directora del colegio.

A los siete años, tu crisis mística cuando te dirigías a Dios en sueños, y aquel día que nos acompañaste al entierro de una amiga de Jeanne y cogiste flores frescas del panteón para alegrar las tumbas abandonadas.

A los ocho años, tu primera novela, titulada *Los tres torpones*, en la que tres zánganos buscan tesoros que acaban indefectiblemente por perder después de encontrarlos.

A los diez años, el abandono de tu carrera literaria en favor de la investigación científica y las bases de tu primer invento, un combustible fabricado con abono de lombriz.

A los doce años, tu cuerpo descoyuntado en el suelo.

Vomitarme mi rabia.

Dormí las cuatro noches siguientes en el cobertizo, noches templadas, acogedoras, acunadas por el chirrido de los grillos, pero el alcohol es una droga de efectos inconstantes y no volviste a aparecer. Tuve que conformarme con mi chaval destrozado en la habitación del hospital, tú eras valiente, animoso, Milo, pero cuando tu madre aplaudía por cada pequeño gesto efectuado con ayuda de los enfermeros, mi angustia aumentaba.

Céleste medía los avances; yo, la devastación.

La mañana que regresamos a la ciudad, vino a despertarme hacia las siete. Había ordenado la casa con Jeanne y cargado el coche. Yo subí detrás, con la cartera de mi hijo a los pies. Observé cómo el pueblo se alejaba, la carretera serpenteaba por el bosque y aparecía la carretera nacional. El tráfico era denso: pese a la temprana hora, ya éramos muchos los que nos dirigíamos a la ciudad en aquel final de agosto. Familias alegres e intactas bullían en el interior de los vehículos que adelantábamos. Pensé en los compañeros de colegio de Milo. Al día siguiente reanudarían las clases. Inadirían los pasillos, excitados por volver a verse, impacientes por enterarse del nombre de sus profesores, por recuperar las rivalidades, las peleas, las historias de amor: impacientes por vivir. ¿Cuánto tiempo tardarían en percatarse de su ausencia?

Por lo que sé, era apreciado, pero discreto. Ni en la primera fila ni en la última, formando un dúo inesperado con Gaspard, un niño de familia bien al que yo no soportaba.

—Papá, no la tomes con Gaspard por ser hijo de su padre.

—Resulta difícil cuando tienes delante a un clon. Es una mala influencia

para ti, no da golpe, el síndrome clásico del que ha nacido con un pan bajo el brazo.

Yo daba mis argumentos, pero Milo tenía razón. Era a su padre a quien le tenía ojeriza. A su manera de invitar a mi hijo a sitios chic y caros, club con piscina olímpica y pista de tenis en los alrededores de la ciudad (donde la cuota anual habría bastado para pagar la inscripción de toda una clase a la piscina municipal), fines de semana en su casa de campo normanda a orillas del mar, preestrenos de películas con presencia de los actores estrella, conciertos en palco vip.

El padre de Gaspard dirigía un banco privado que había fundado su propio padre. A veces venía con su hijo a recoger a Milo y llevarlos por ahí. Era mayor que yo, siempre ataviado con un abrigo negro de corte impecable que debía de haberle costado una fortuna. Aparecía en el umbral, tendiendo la mano con una sonrisa paternalista, e inmediatamente yo volvía a ser el hijo de obrero que le estrechaba la mano al patrón, daba igual que hubiera recorrido un largo camino, que tuviera estudios superiores, que fuera propietario de un piso en el centro de la ciudad y un coche de gama alta (pagado a plazos, eso sí), todo eso se desvanecía, me sentía miserable, inferior.

Tal vez la mirada admirativa de Céleste y la envidiosa de Jeanne, que coincidió con él durante un cumpleaños, complicaban las cosas todavía más. Me parecía oír a mi suegra susurrándole a mi mujer: ¡justo un hombre de este temple era lo que tú necesitabas!

Jeanne nos había empujado a matricular a Milo en ese selecto colegio.

—Las relaciones lo son todo en la vida. Y relaciones, perdona que te lo diga, Lino, un mando intermedio en el sector de la informática, por simpático y competente que sea, no le va a proporcionar muchas. Aquí, tu hijo se tejerá

una red. Pero, a fin de cuentas, si crees que se las arreglará él solo, es cosa tuya...

La bruja me puso contra las cuerdas. Se le daba increíblemente bien recordarme mi posición de segundón. Utilizar frases con doble o triple sentido. Apretar donde más dolía, en lo más íntimo.

Yo quería que Milo triunfara, sí. Quería que llevara los mismos abrigos que el padre de Gaspard, que tuviera acceso a todas partes, que no viviera a crédito. Que no se sintiera nunca inferior a nadie, que no agachara nunca la cabeza ni bajase la mirada.

Lo matriculé. Resultado: una oveja negra en medio de un rebaño bañado en oro. El único de la clase que no tenía ni smartphone, ni cuenta bancaria ya provista de una suma con tres ceros. Milo era el hijo del portero en un inmueble burgués: los niños juegan con él, pero los padres no cenan juntos.

Aun así, era mucho más brillante que la mayoría de sus compañeros.

Era.

Tengo ganas de llorar.

Hoy por hoy, Milo ya no siente ningún interés por la mecánica de los fluidos. Ya no es ese al que los demás consultan entre las clases en busca de aclaraciones. Hoy por hoy, mi hijo pide que le dejemos ver las aventuras de Garfield y del Pájaro Loco. Tumbado en una ambulancia, va a sesiones de kinesioterapia, ortofonía, ergoterapia y psicoterapia, mientras Gaspard, en posesión de todas sus facultades, prepara los cuadernos de inglés, matemáticas o historia y guarda en el estuche una pluma estilográfica de catorce quilates.

Vomitara la rabia.

—¿Piensas reincorporarte al trabajo esta semana, Lino?

Jeanne me miraba por el retrovisor. No era una pregunta anodina, la respuesta le daba igual. Era su forma de señalarme con el dedo, de poner de relieve las huellas de mi noche de alcohol. Mi barba incipiente, mi piel grisácea, estriada, mis ojeras.

—Voy a volver esta misma mañana. Subo las maletas, me afeito y me voy. Tal como estaba previsto.

—No estaba previsto que Milo tuviera un accidente —murmuró Céleste—. No estaba previsto que iba a tener que acudir a un centro de rehabilitación y que lo trasladarían hoy. Tenemos que ir al hospital para estar allí cuando llegue, ¿no vamos a dejarlo solo! Tus compañeros lo comprenderán.

Sí, desde luego, eso lo comprenderán, no me cabe ninguna duda. Los antiguos cuchichearán con los más nuevos: Pobre Lino, hace años aquel drama atroz, el bebé muerto, y ahora este accidente de su hijo, ¡qué mala suerte! Comentarán, contarán otros casos, formularán hipótesis, aliviados en el fondo de que el destino golpee dos veces en el mismo sitio, como si eso fuese una garantía de que ellos se librarán. Se sentirán afortunados, elegidos. Por la noche, cenando, les dirán a sus cónyuges y a sus hijos: Ya lo veis, hay que aprovechar la vida, ¡nunca se sabe lo que nos espera!, pensando que a ellos nunca les sucederá eso. Y acto seguido pasarán a otra cosa. Reanudarán su mediocre y confortable vida y sus cálculos de reducción de jornada laboral. Para algunos incluso, en su fuero interno, no será un disgusto verme enfrentado a la desgracia. No tengo amigos en la empresa. Como antes en el colegio, en el instituto y en la universidad, soy demasiado buen alumno, y eso causa rechazo. No protesto, como el resto del personal, por la sobrecarga de

trabajo, la falta de material o el caos en el organigrama, lidio con esos inconvenientes, los asumo, me perfecciono. Mis compañeros ven en ello un celo culpable, cuando se trata simplemente de lucidez. No he recorrido todo este camino para acabarlo, como muchos otros, estrellándome en el primer plan de ajuste, demasiado joven para la jubilación y demasiado mayor para que me contraten en otra empresa. ¿Quién protegería a mi familia? Con mayor razón ahora que nunca.

«Lo único que cuenta es el objetivo.»

Desde que entré a trabajar en la empresa, hace veintidós años, solo he faltado dos días.

—Ve tú. Yo iré cuando salga. Hasta entonces, puede acompañarte Jeanne.

Mi suegra soltó un sonoro suspiro.

—Mamá —dijo Céleste—, por favor, ahórranos tus comentarios. Lino sabe lo que tiene que hacer.

—¡Esta sí que es buena! ¡Pero si no he abierto la boca!

Sumergirme en los expedientes, disolverme en el trabajo para dejar de pensar, para no volverme loco. Huir de la imagen destrozada de mi hijo por espacio de unas horas. Contener el torrente de odio que me subleva.

—Lo que estaría bien, mamá, es que llamas a Marguerite para saber si ha pedido cita con el médico o no. No he conseguido hablar con ella desde anteanoche, debía de tener algún problema con el teléfono o a lo mejor era cosa de la operadora. A no ser que haya dado el paso. Si es así, estará en la clínica...

La interrumpí.

—He dado de baja la línea.

Céleste se inclinó hacia el retrovisor frunciendo el ceño, incrédula.

—¿Has hecho eso? Pero ¿por qué?

Mi mujer me desconcertaba.

—¿Que por qué? Cuando le robaron el bolso en el aeropuerto, compré ese teléfono y contraté esa línea para ella «a petición tuya», Céleste. Se suponía que iba a ser cosa de unos días, y ya hace de eso cuatro meses. Supongo que desde entonces ha tenido tiempo de renovar la documentación. Se fue a esas excavaciones en el sur de Francia, donde, aparte de darse un revolcón, digo yo que trabajaría, se ganaría la vida, haría algo de provecho.

—¡Lino!

—En serio, ¿no debería haber resuelto el problema? ¿No debería haber comprado una tarjeta prepago o lo que fuera, por no hablar de pagarme lo que me he gastado en ella? Y en vez de empeñarse en venir a pasar las vacaciones con nosotros y, de paso, arruinar la vida de mi hijo, ¿no crees que habría podido buscar piso? ¿Cuánto tiempo hace que tu hermana vive a nuestra costa? Hace ocho meses que tuve que cederle «mi» espacio, «mi» estudio. Una urgencia, ¿te acuerdas? ¡Una ayuda temporal! Ocho meses facilitándole la vida desde todos los puntos de vista, alimentándola y disculpándola las tres cuartas partes del tiempo. ¿La has visto consultar los clasificados una sola vez? ¿Se ha ofrecido a participar en los gastos? Ah, sí, se me olvidaba: se queda con Milo cuando nosotros no estamos en casa, lo ayuda a hacer los deberes. Con gran eficiencia, eso hay que reconocerlo.

Céleste, inmóvil en su asiento, no replicaba.

—Lino, por favor...

No parece que veas las cosas con claridad, cariño, así que, perdóname por tener que herirte, pero voy a hacer limpieza por ti, voy a sacudir las alfombras y a limpiar los cristales, sí, por fin, por fin voy a permitirme hacerlo. Tu hermana es un parásito. Lleva años chupándonos la sangre. Al principio lo acepté: esa es mi parte de responsabilidad. Mi parte de culpabilidad también,

pero esa es otra historia. ¡Abre los ojos! Se ha aprovechado de tu generosidad. Ha abusado de ello, debería decir más bien. Sabe la debilidad que sientes por ella y la que siento yo por ti. He tolerado su presencia sin quejarme, a pesar de su actitud. Demasiado tiempo. Pero la abnegación tiene límites, Céleste. Mejor dicho, la locura. No sigas pidiéndome que acoja en mi casa a la mujer que ha mandado a Lino a la cama de un hospital. No sigas pidiéndome que la mantenga, ni siquiera que la ayude de ninguna forma: me resulta física, intelectual y moralmente imposible. En realidad, ¿sabes qué? Cuando vuelva a casa esta noche, quiero que haya recogido sus cosas. Que la eterna sanguijuela se haya ido. Voy a recuperar lo que es mío, a recuperar mi espacio, no quiero verla ni oírla más, ¡y por favor, Céleste, espera un momento! ¡Piensa con calma antes de contestar! Si te dispones a salir en su defensa, si te dispones a negociar un plazo de gracia, te digo por adelantado que no seré capaz de escucharlo. Si titubeas, aunque sea durante una fracción de segundo, piensa en nuestro hijo, piensa en lo que viste todavía ayer en sus ojos. Está aterrado. Todo se ha vuelto muy complicado. Todo se ha vuelto muy doloroso. Casi inaccesible. Incomprensible. Tu hijo, mierda. ¡Tu hijo de doce años, incapacitado! ¡Por culpa de ella!

Céleste lloraba en silencio apretando el volante. ¿Por qué, por quién? ¿Por nuestra vida destrozada? ¿Por nuestros sueños desmoronados?

—Cálmate, Lino —se interpuso Jeanne—. ¿Te das cuenta de que estás gritando? No digo que no tengas razón, pero puedes expresarte de otro modo, somos personas civilizadas.

Ah, esto os sorprende tanto a la una como a la otra, ¿eh? No estáis acostumbradas a que manifieste mis estados de ánimo. Hasta ahora me he guardado para mí mis sufrimientos y mis frustraciones, y debo decir que a

todo el mundo le iba bien así, quizá durante un tiempo incluso a mí. Lino el silencioso. El que se traga los sapos sin pestañear, soporta los efectos secundarios de su matrimonio y encaja el bebé muerto sin presentar jamás la factura.

Pero el dique acaba de ceder. Mi hijo, mi pequeño, se debate en el interior de un largo túnel oscuro que todavía no sabemos adónde conduce: ya no puedo «calmarme». No soy un buen tío, no soy un santo y ahora quiero que se sepa. La verdad es que todo en mí reclama justicia. La verdad es que me gustaría ver sufrir a Marguerite tanto como a Milo. Quizá incluso me gustaría verla muerta. Que tuviera un accidente estúpido, mira, sí, eso me calmaría.

—No piensas lo que dices, es terrible. Te conozco, Lino, no piensas eso. Además, está embarazada —dijo Céleste—. ¿Y quieres echarla a la calle?

—¡Que se vaya a casa de su madre! ¡O a un hotel! ¡A casa de unos amigos, donde sea, pero que en mi casa no se quede! ¡Ah, y otra cosa, tampoco quiero verla más en la habitación de Milo, en el hospital, que quede claro! Quiero que deje en paz a mi hijo. Quiero que salga de nuestra vida.

Céleste se volvió hacia Jeanne.

—En mi casa está complicado —se apresuró a decir mi suegra—. No tengo sitio, lo sabes de sobra, Céleste.

Jeanne se mudó a un piso más pequeño, de un solo dormitorio, cuando Marguerite empezó a estudiar historia del arte y se instaló en una residencia universitaria. Después encontró uno muy amplio de tres habitaciones justo enfrente del suyo, como por casualidad, en el momento en que Céleste y yo buscábamos una vivienda más grande. No disponíamos de la liquidez necesaria, pero ella se ofreció a prestarnos lo que nos faltaba, y Céleste estaba

contentísima, dos dormitorios grandes, un salón luminoso y, sobre todo, el estudio del sexto piso, que estaba incluido.

En aquella época yo ignoraba que no se debe aceptar nunca ayuda económica de una madre fusional: una vez que has devuelto el capital, se mantienen los intereses de por vida.

Jeanne bajó la voz.

—Para ser sincera, comprendo a tu marido. ¿Quién querría convivir con la mujer responsable de la desgracia de su hijo?

Habíamos llegado a nuestro destino. Apilé las maletas en el vestíbulo, saqué el equipaje de Jeanne y la acompañé a su casa, cumpliendo una vez más mi deber de yerno disciplinado. La última, sin duda alguna. Mi decisión de cortar los puentes con Marguerite anunciaba el inicio de otro proceso. El afable Lino estaba a punto de estallar. El mismo que había aceptado que lo expulsaran de su familia para después ser despreciado, invadido y explotado por su familia política. El mismo que lo había sacrificado todo por un ideal ahora moribundo. Había llegado el momento de poner las cosas y a los seres en su sitio.

—Gracias, Lino, hasta luego —dijo Jeanne—. Ya me dirás si necesitas algo.

A mi alrededor, el aire me pareció de pronto mucho más respirable.

Marguerite

Para ir al centro de rehabilitación, había que coger primero un autobús, luego un tren de cercanías y después otro autobús. Una hora y media de trayecto pero, de todas formas, no tenía otra cosa que hacer.

Lino puede prohibirme el acceso a la habitación de Milo, pero no que venga hasta aquí. Como tampoco puede prohibirme que quiera a Milo.

Quiere deshacerse de mí. Considera que he cometido algo imperdonable, aunque no fue un crimen, sino un accidente. Nuestros papeles, el de Milo y el mío, podrían perfectamente haber estado invertidos y que él hubiera tenido que llamar a urgencias mientras yo, inconsciente, yacía al borde de la carretera. Cayó él. Yo soy la responsable, pero no soy culpable.

Cuando Lino se metió en mi cama, aquello no tuvo nada de accidental. Él vino con un objetivo. Lo persiguió con obstinación, fracasó por razones puramente mecánicas. Es responsable y culpable, pero las secuelas son invisibles y nadie lo ha juzgado jamás.

Lino no intenta eliminarme para vengar a Milo, sino para protegerse: mi primera hipótesis se confirma.

La única incógnita: ¿es consciente de ello?

Ayer por la mañana, Céleste llamó a mi puerta. Parecía que se había quedado sin respiración, pregunté: ¿está averiado el ascensor? Pero ella negó con la cabeza, no se trataba de una avería, sino de una urgencia, tengo prisa, Marguerite, a Milo lo trasladan esta mañana a un centro de rehabilitación, debes irte antes de esta noche, dejar libre el estudio, no me pidas detalles, Lino está muy enfadado contigo, y, la verdad, yo también, bueno, yo no haría esto, en fin, no de esta manera, ahora no, por cierto, qué alivio encontrarte aquí, eso significa que aún no has tomado una decisión sobre el aborto, ¿no? El caso es que, embarazada o no, el teléfono, el estudio, esto no podía prolongarse más, tienes que recoger tus cosas, instalarte en otro sitio y devolverme las llaves.

Me echaba a la calle, ya, sin dilación.

Las palabras se agolparon sin lograr ordenarse. Balbuceé su nombre, Céleste, Céleste, Céleste, por favor, no lo hagas, no era encontrarme en la calle lo que me mataba, era verla renunciar a defenderme, renunciar a perdonarme, alinearse de manera clara con el bando del enemigo.

—¿Encontrarás a algún amigo que te acoja en su casa?

Lo encontraré, sí. Un «amigo» se encuentra siempre. ¿Acaso tenía elección?

—Entonces aún no has tomado una decisión, ¿verdad? ¿Vas a tener el niño?

Por un breve instante pensé en poner fin a todo, sentarme y hablar con ella, soltar el fardo, no solo una parte, no solo lo que pudiera convenirnos a una u otra, sino todo, el bloque entero, pero después decidí que sería un acto egoísta, que le daría la puntilla en el momento más delicado para Milo, para

ella, no podía hacerles eso ni a mi mejor amigo ni a la única madre que he tenido nunca.

Así que me callé.

Que yo recuerde, Jeanne no me ha hecho un mimo ni una sola vez. Ni una sola vez me ha dicho: te quiero. Yo creía que no lo echaba de menos. Creía que eso no contaba. Estaba equivocada.

—Date prisa, Marguerite, por favor.

—De acuerdo.

Era fácil, no tenía gran cosa, ninguna bagatela, nada superfluo, y sobre todo sabía cómo arreglármelas para meter en una maleta el contenido de un armario, el secreto era enrollar, enrollar las camisetas apretando al máximo, los pantalones, los jerséis, llenar los zapatos de calcetines, poner estiradas las prendas más gruesas.

—Es la ventaja de viajar con frecuencia, tienes sentido práctico —comentó Céleste, incómoda—. Yo te habría dejado más tiempo, pero debo ir al centro lo antes posible.

—Podríamos ir juntas.

—Imposible, Lino no te quiere allí. No quiere volver a verte, ¿comprendes? Nunca más, ni aquí ni en ningún sitio. No quiere que te acerques a Milo. No es fácil, ¿sabes? Milo...

Se interrumpió, su pecho se elevó brutalmente, se mordió las mejillas para contener las lágrimas: sufría. Yo también.

—Danos tiempo, Marguerite, yo te contaré cómo evoluciona.

—Ni siquiera le he dicho adiós. Solo quiero que sepa que pienso todo el

tiempo en él, que estaré aquí para él, siempre. Déjame verlo solo una vez. Unos minutos.

—No insistas, por favor. No tengo ganas de pelearme.

¿Y yo qué?

Metí mis últimas cosas en la bolsa. En el momento en que cruzaba el umbral, me detuvo.

—Ve a ver a mamá, Margue. Tienes que hablar con ella. En serio.

Me encogí de hombros, ¿para decirle qué?

—Para escucharla. Es importante.

—Mira, Céleste, me tiene por completo sin cuidado lo que mamá pueda decir. Estoy harta de que piense así de mí. La única persona que me interesa en estos momentos es Milo.

Me entristece enormemente que no lo comprendas. Creía que eras consciente del abismo que me separa de Jeanne. Creía que sabías el vínculo que me une a tu hijo. Su fuerza, su indefectibilidad.

Ese era nuestro juego, de los dos, perdonable, imperdonable.

Me quitas dinero de la cartera: perdonable.

Un atraco a mano armada: perdonable.

Has cometido un homicidio involuntario: perdonable. Un crimen, perdonable. Un asesinato, ¡iré a verte a la cárcel!

Buscábamos por qué motivo podríamos alejarnos el uno del otro, y no se nos ocurría ninguno: todo lo malo que pudiera sucedernos tanto a uno como a otro, cualquier cosa que nos contrariara, tendría forzosamente una explicación, si no una justificación.

Lo bueno, decía Milo pegando la nariz a mi cuello, es saber que alguien

estará ahí para ti pase lo que pase, que al menos una persona en el mundo no dejará nunca de confiar en ti.

Lo bueno, contestaba yo, es saber que una persona en el mundo, nada más que una, se preocupa por ti y lo hará siempre. Pase lo que pase.

¿Conoces ese sentimiento, Céleste?

Lo dudo. Siempre te han querido tanto... todos.

Cuando me marché del estudio, fui a dejar la bolsa en una consigna y luego recorrí los barrios populares de la ciudad en busca de una habitación asequible. No me quedaba casi nada en la cuenta, para aguantar cuarenta y ocho horas como máximo, por culpa de ese vestido de cuadros que compré justo antes de las vacaciones. Yo no iba de tiendas, fue Milo quien lo vio.

—Es divertido, está hecho para ti, tienes que comprártelo, Margue.

—¿Divertido? ¿Puede serlo un vestido? En fin, si tú lo dices... ¡Pero seguro que es carísimo!

—No te preocupes, regatearé.

Cuando íbamos juntos, le encantaba hacer el payaso, ir de seductor, ser un caballero en el cuerpo de un niño, un vendedor de alfombras voladoras. Todos, hombres y mujeres, se rendían ante su encanto, murmuraban con los ojos húmedos, si tuviera un hijo, me gustaría que se pareciera a ti.

El vestido costó la mitad del precio marcado.

Si, por arte de magia, Lino y Céleste vieran la película de nuestras aventuras, ¿cambiarían de opinión respecto a mí? ¿Y respecto a ti, Milo?

El guion estaba inspirado en nuestra historia común. Tú, acorralado entre un padre empantanado en sus exigencias y una madre enredada en su voluntad de hacer las cosas bien. Yo, acogotada por Jeanne, privada de risas, alegría o despreocupación. Yo era la pólvora, tú eras la chispa.

Lo que tú me has dado, Milo, no tiene precio.

Tuve tres años cuando tú los tuviste, construíamos castillos en el arenero, cara a cara, para derribarlos juntos a paletazos profiriendo gritos de alegría.

Tuve cinco años cuando tú los tuviste, corríamos riendo, ¡un, dos, tres, al escondite inglés!, y siempre ganabas tú.

Tuve siete años cuando tú los tuviste, solo nos hablábamos en morse y por walkie-talkie.

Tuve nueve años cuando tú los tuviste, inauguramos una granja de hormigas e hicimos crecer nuestros primeros cristales.

Tú me diste una infancia. Me diste intrascendencia y felicidad. De manera intermitente, es cierto, pero, aun así, ya era algo prodigioso.

¿Y debería abandonarte?

Encontré una habitación en el extrarradio. El inmueble parecía más una prisión que un hotel, pero tenía la ventaja de estar cerca de la parada del autobús. Volví a la consigna para coger algunas cosas y dejé el resto, mientras una oleada de recuerdos me asaltaba, irse, volver, desde aquella época del internado al que Jeanne me envió cuando Céleste se marchó de casa.

Entré con diez años y, en el despacho de la directora, un cartel proclamaba la consigna del colegio, «Educar y desarrollar a los niños con dificultades», le pregunté a mi madre si yo tenía dificultades, pero ella me indicó con un gesto que me callara y, cuando me dejó allí con mi maleta, antes de darme un beso apresurado, me dijo: ya verás como en el futuro me lo agradeces.

Llegué al hospital poco después de las diez. Estaba situado en un parque inmenso. A Milo le encantaban los árboles, así que estaría contento, estos eran tan grandes que sobrepasaban en altura algunos edificios. En la recepción me indicaron dónde estaba su habitación, al final de un camino de gravilla blanca, Unidad B, segunda planta. Mientras me acercaba, el corazón me latía de miedo y alegría a la vez, sabía perfectamente que no lo vería, estaba advertida y había asumido la sanción, pero confiaba en que sintiera mi presencia y, además, quién sabe, quizá Céleste acabara por ablandarse y concederme unos minutos junto a él, no le diríamos nada a Lino, sería nuestro secreto.

Céleste estaba en el pasillo cuando salí del ascensor, seguramente esperando mientras le hacían una cura a Milo. Avanzó hacia mí en cuanto me vio para cerrarme el paso, con cara de indignación y controlando la voz para que nadie la oyera.

—Es increíble, qué egoísmo, así que pese a todo has venido, es inaudito que se pueda ser tan corto de entendederas, ¿no te das cuenta de que vas a complicar las cosas? ¿Tampoco en esto puedes respetar las instrucciones?

Su última frase era cruel, pero no discutí, me limité a decir: no pasa nada, esperaré fuera, dime solamente si está mejor.

—Pero ¿qué te piensas? Ni siquiera es capaz de poner un pie delante del otro sin tambalearse. No distingue su derecha de su izquierda y deja la mitad de las frases sin terminar. ¡Se esfuerza, pero es duro, muy duro, mucho! O sea que no, Marguerite, la verdad es que no puedo decirte que esté mejor.

Y se echó a llorar.

Bajé con el corazón en un puño y me senté en uno de los bancos de piedra

blanca que estaban adosados a la pared junto a la puerta de entrada. El sol ya estaba alto, me quité la cazadora vaquera para notar el calor sobre los hombros, pregunté, mirando hacia el cielo, por qué, por qué, por qué, por supuesto no había nadie para responderme..., y aunque lo hubiera habido, ¿cómo habría podido tener todo aquello algún sentido?

No sé cuánto tiempo me quedé allí, inmóvil. De vez en cuando oía que la puerta se abría y se cerraba, distinguía vagamente una silueta, un enfermero, una visita. No volvía la cabeza, mantenía los ojos clavados en la línea del horizonte, más allá de los árboles, como si la mera posibilidad de un infinito pudiera calmar las náuseas que sentía.

Hasta que una sombra delicada se inclinó hacia mí.

—No se ha movido de aquí desde esta mañana. ¿Se encuentra bien?

Era una voz grave, tranquila, cordial, desconocida. Un ligero acento que resultaba acariciador.

—No quiero molestarla, pero si puedo ayudarla en algo... —El hombre se sentó a mi lado—. Es el lugar perfecto para tomar el sol —continuó—. Recargarse de energía, de luz. Yo me siento aquí todos los días en mi tiempo de descanso. Al menos en verano.

Al final volví la cabeza. Llevaba una bata blanca y una placa: G. SOCRATÈS, INTERNO. Me tendió la mano.

—Gustavo Socratès. Trabajo aquí, soy interno en la especialidad de medicina física y readaptación.

—Hola.

—Veo que no es usted muy habladora.

Lo miré más atentamente. Era moreno, no muy alto, sonreía.

Me di cuenta de inmediato de que me encontraba guapa y pensé en todos

los demás que me habían sonreído antes que él, todos los que habían atravesado mi cuerpo y me habían devorado.

—Algo no va bien, es eso, ¿no?

—¿Trabaja arriba? ¿Está en la segunda planta?

—En la primera, en la segunda, en todas partes. ¿Hay algún conocido suyo en este edificio? ¿Un familiar que le preocupa? No se queda uno sentado aquí tanto tiempo por casualidad.

Erguí el cuerpo.

—Mi sobrino está en la planta de arriba. Tiene doce años, sufrió un accidente con la bicicleta, se llama Milo, ¿lo ha visto?

El rostro del hombre se iluminó de inmediato.

—¿Que si he visto a Milo? ¿Ese niño de ojos verdes con reflejos dorados y el pelo lleno de remolinos? Pues sí, nos conocimos ayer y aquí ya lo quiere todo el mundo, le queda un largo camino por recorrer, llevará su tiempo, pero el trabajo ha empezado y él tiene recursos suficientes, creo que podrá sorprendernos.

—¿Qué trabajo en concreto? ¿Qué ha perdido? ¿Qué tiene que hacer? ¿Es consciente de su estado? ¿Está preocupado?

—Eso son muchas preguntas de golpe. ¿Por qué no va a verlo usted misma? Puede recibir visitas.

Suspiré.

—La mía no.

La mía no porque soy responsable de su accidente, porque sus padres no me lo perdonan, ni yo tampoco, por cierto, ni mi propia madre, ¿quiere conocer los detalles, Gustavo Socratès? Pues esta es la historia, la idea alocada de echar una carrera en vez de hacer los deberes, la carretera oculta entre el sotobosque, la caída, la sangre, la oscuridad, bueno, eso no es todo, por supuesto, están también las causas y las consecuencias, las esperanzas y

las decepciones, las confesiones y las mentiras, lo que se dice y lo que se calla, pero sería demasiado largo y demasiado difícil, lo que hay que tener presente es que no me moveré de este banco, que vendré todos los días y estaré aquí mañana y tarde, e incluso por la noche si es posible, porque sé, presiento, que Milo, mi Milo, me necesita.

—Señorita...

—Me llamo Marguerite.

—Un nombre muy bonito y un vestido muy bonito. O, más bien, divertido. Tengo que volver al trabajo... Pero, dado que no va a moverse de este banco, la veré más tarde.

No me creía, por supuesto: una chica no se pasa nueve horas seguidas sentada en el mismo sitio. Ese tipo de hazaña es cosa de pobres diablos que no tienen adónde ir, y ¿cómo una chica guapa con un vestido de cuadros rojos y blancos va a formar parte del batallón de los pobres diablos?

Que yo recuerde, mi madre no me ha dicho nunca que soy guapa.

Los demás, sí. A menudo. De diferentes maneras.

Mientras Gustavo Socratès desaparecía en el vestíbulo, di unos pasos por el césped. Según mis cálculos, la habitación de Milo quedaba justo ahí arriba. ¿Tendría fuerzas para andar hasta la ventana? Había elegido expresamente aquel vestido con la esperanza de atraer su atención en caso de que se acercara a ella. Pero no había contado con que el sol diera de plano en el cristal.

Al cabo de un cuarto de hora, el estor se bajó de golpe sin que viera quién lo había accionado.

Volví a sentarme. Las horas transcurrieron lentamente, sin alterar mi

determinación. No estaba mal, no estaba impaciente porque me encontraba en mi lugar, o casi.

Pero hacia las siete de la tarde la figura achaparrada de Lino apareció al principio del camino sin que tuviera tiempo de esconderme. Vino directo hacia mí, furioso.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿No te ha dicho tu hermana que te largues?

Su aliento estaba cargado de alcohol, aunque nada en su actitud dejaba suponer que estaba borracho, apenas una rigidez inusual y la violencia en sus ojos, en su tono y, sobre todo, en sus palabras.

No responder, no alimentar la máquina.

Desvié la mirada y bajé la cabeza, pero él me cogió por la barbilla para obligarme a la confrontación.

—Que quede bien claro, Marguerite: me niego a que le hables.

Fue entonces cuando solté mi bomba.

Con frialdad, aunque no sin alivio. No había decidido nada, no era algo premeditado, pero estaban esas seis palabras, «me niego a que le hables», esas imágenes, esa confusión que nos desbordaba, en definitiva, ¿quizá había llegado el momento?

Lo miré desafiante.

—¿Hablar exactamente de qué y a quién?

Se quedó pálido, retrocedió. Su tono se volvió amenazante.

—No te adentres en ese terreno, Marguerite.

—¿Ah, no?

¿Qué pasa? ¿Debería aceptar que me muelan a palos sin devolver ninguno? ¿Que me despojen de todo, me anulen y me nieguen sin clamar venganza? ¿Y todo eso con la excusa de este accidente? ¿Qué esperabas? ¿Aprovecharte de

esta desgracia suprimiéndome de vuestra vida sin que yo reclamara una indemnización?

Deberías haberlo pensado antes de privarme de todo, Lino. Cuando no tenemos nada que perder es cuando nos volvemos más peligrosos. Me has relegado al vacío y la soledad, me has enviado de nuevo a mis pesadillas. ¿Y pretendes que lo acepte, que me vaya sin rechistar?

¿Debería desaparecer en silencio y dejar que engañes a mi hermana haciéndote pasar por un héroe?

Dime: ¿en nombre de qué debo ser sacrificada? ¿De tu papel de padre? ¿Qué ha pasado con el que prometiste desempeñar para mí?

Lo siento, Lino, ya ha pasado el momento de los acuerdos amistosos. Durante mucho tiempo creí que callarme favorecía los intereses de Céleste y de Milo. Pero, en el fondo, ¿qué ganan ellos? ¿Una vida falsa?

Mi hermana merece saber con qué tipo de hombre comparte la vida. Un hombre que ha incurrido tres veces en falta: engañándola, ocultándole la verdad y haciéndole daño a aquella por quien había prometido velar. Después será cosa suya decidir si conserva su amor por ti o no.

Estaba lívido.

—No te atreverás. Harías mucho daño.

Ah, vale. O sea, que cuentas con mis buenos sentimientos... Deberías afinar tus violines, Lino. Ya te oigo replicar que Milo debe poder crecer en una familia unida y que una revelación así sin duda la haría saltar por los aires.

Un problema, Lino: la deflagración ya se ha producido.

Levantó la mano, la bofetada era inminente, yo estaba preparada para recibirla, pero la voz tranquila de Gustavo Socratès interrumpió su gesto.

—¿Es usted el padre de Milo? Me parece que aún no habíamos tenido ocasión de conocernos, ¿verdad?

El joven había surgido entre nosotros dos, como un árbitro separando a dos boxeadores, con esa sonrisa permanente que te dejaba desarmado.

—Debería ir a ver a su hijo, hoy está en muy buena forma, suba, yo iré enseguida para darle más datos.

Poseía una autoridad amistosa que hacía indiscutibles sus palabras.

—Buenos días, doctor... Sí, soy su padre... Voy a verlo, claro... — balbuceó Lino lanzándome una mirada furibunda.

Dio media vuelta y entró en el edificio.

Lo que me gustó en ese instante fue que percibí su pánico: el miedo y la inseguridad habían cambiado de bando, debían de manifestarse bajo su cráneo mientras subía la escalera, ¿hablará?, ¿cuándo lo hará? o ¡quizá lo haya hecho ya!, ¡quién sabe! Esa sensación embriagadora de tener el cuchillo contra su garganta.

El interno continuaba sonriendo, imperturbable.

—¿Le gustaría probar la cocina brasileña?

Hablaba susurrando, sin duda porque era consciente de estar iniciando una danza compleja.

—Voy a llevarla a que la pruebe. Como médico, es evidente que no puedo dejarla aquí. ¿Sabe que, cuanto más tiempo pasamos sentados, más riesgo corremos de morir jóvenes? No hablo en broma, se lo aseguro, está demostrado, es una cuestión de enzimas, de metabolización de la glucosa, bueno, se lo explicaré delante de una *feijoada*, ya verá, está deliciosa, una receta casera. Espéreme aquí mientras voy a hablar con los padres de su sobrino, será cosa de un momento.

Me pasó por la cabeza la idea de que morir sentada al pie de la habitación de Milo no era tan mal final, pero me la guardé para mí.

Después de todo, necesitaba encontrar un «amigo» que me acogiera en su casa. Este me parecía mucho más soportable que la mayoría de los demás,

incluso era un regalo caído del cielo: además de facilitarme la vida, sería mi informador.

Una cena y lo que se tercie.

—De acuerdo.

—Entonces, hasta ahora —dijo, seguramente un poco desconcertado por la rapidez de mi respuesta.

Cuando aquella noche me fui con él, pensé que sería fácil. Fácil gustarle e incluso retenerlo, al menos durante unos días: sabía desde hacía mucho lo que hay que decir y, sobre todo, la tecla que hay que tocar en un hombre para despertar el deseo y obtener la satisfacción. Pero también sería fácil para mí ponerme a ello. No solo porque era un chico con buena planta, sino también porque había en él algo sincero, profundo y feliz a la vez. Porque había elegido ejercer esa profesión en medio de las fracturas más insoportables y, pese a que las paredes rezumaban sufrimientos, lamentos y gritos, pese a que todo allí era un límite extremo, obligación, esfuerzo, Gustavo Socratès seguía siendo atento, reposado y luminoso, como si fuera impermeable al pesimismo.

En el coche le pedí que me informara sobre el estado de Milo. Me habló de su lenta reapropiación del mundo, pero también de su efervescencia: la mejilla cicatrizaba bien, Milo recuperaba fuerzas y, con ellas, poco a poco, la conciencia de quién era. Eran progresos apenas perceptibles aún para personas ajenas al cuerpo médico —solo dos días en rehabilitación era muy poco—, pero la máquina estaba en marcha y se podía esperar que muy pronto todo se acelerara.

—Quiere recuperarse. Lo desea intensamente. Confíe en mí, lo conseguirá.

—Gracias, gracias, gracias.

Sus palabras me llenaban de emoción, de repente tenía la sensación de tocar a mi hombrecito con un dedo, de haber restablecido el contacto con él, me temblaba la voz. Gustavo puso una mano sobre la mía: Quería decirle, Marguerite, en fin, le he propuesto que cenáramos juntos, pero no invito a todas las visitas que pasan por aquí, ¿sabe?, es solo que Milo, bueno, es solo que estaba usted tan apesadumbrada y, para ser totalmente sincero, estaba usted tan guapa en ese banco, con ese vestido de cuadros...

Lo interrumpí.

—No tiene importancia, Gustavo.

Por supuesto, de no ser por el vestido de cuadros, mis piernas largas y finas como las de una modelo rusa, y mi pelo castaño y ondulado que parece salido de un anuncio de champú, cuando en realidad me lo lavo con el gel barato del hotel, por supuesto, si fuera simplemente Céleste o cualquier otra de esas mujeres menos favorecidas por la naturaleza, no me habrías invitado tan rápido a tu mesa... y dentro de poco a tu cama.

Te habrías sentado un momento en el banco a mi lado, me habrías rodeado los hombros con el brazo, habrías encontrado palabras reconfortantes porque sabes hacerlo, porque te gusta hacerlo, porque es tu deber hacerlo, y habrías vuelto solo a casa.

Por supuesto, los dos nos beneficiamos de esta situación. Seguramente yo un poco más que tú. Da igual. Lo que cuenta no es la manera en que suceden las cosas, sino la razón por la que estas se producen.

Más tarde, en la cocina de su pequeño apartamento, mientras le ayudaba a preparar la cena, me preguntó a qué me dedicaba. Entonces le hablé de mis estudios de historia del arte, de Perú, Egipto, excavaciones en diferentes lugares de Europa, todo lo que tiempo atrás había alimentado las comidas

familiares, en los mismos términos, con las mismas anécdotas. Él no me escuchó con fastidio, como Jeanne, ni con indiferencia, como Lino, se guardó mucho de emitir el menor juicio, como habría hecho Céleste, acerca de mis decisiones, los retos o los resultados de mis investigaciones. Se interesó, hizo miles de preguntas, tantas que tuve que tenderle mi vaso de *caipirinha* una y otra vez para conducirlo hacia otras imágenes, era preciso para alcanzar mi objetivo, para desviarlo de los verdaderos temas, pero me entristecía hacerlo, hacía tanto tiempo que no me sentía tan bien..., ¡ojalá hubiera podido volver atrás y hacer las cosas de otra manera! Una vez más, no tenía elección, debía seguir adelante, aunque haciéndolo cavara mi tumba.

Dormí en su casa, por descontado. Durante unas horas conseguí olvidarlo todo, apartar de mi mente la angustia del pasado y la del futuro, conseguí amar y ser amada, besar sus labios y unir nuestros cuerpos. Conseguió olvidar que estaba condenada y, luego, amaneció.

Le conté que Lino me había echado de casa y, entre beso y beso, él me propuso que volviera las noches siguientes hasta que encontrara un piso donde instalarme. Fingí sorpresa y acepté con alegría. Me negué a que me acompañara a buscar mis cosas para evitar que viese el hotel cutre donde estaba alojada; además, sin duda le habría parecido extraño que hubiera dejado la bolsa en la consigna de una estación.

Me limité a echarme en sus brazos con un ímpetu sincero y quedé con él en el hospital, donde pensaba volver a ocupar mi banco.

—Como quieras, Marguerite.

Cuánta paciencia y dulzura.

Lo miré mientras subía a su coche. Pensé que la vida carecía por completo

de sensibilidad, me ofrecía aquello que siempre había necesitado en el momento en que ya no tenía ninguna posibilidad de cogerlo.

A través de la ventanilla bajada, mientras se alejaba, agitó el brazo en un gesto alegre.

Céleste

Lino está sombrío, sombrío, sombrío. Por imposible que parezca, lo está más aún que cuando el bebé muerto.

Lo que yo veo como una mejoría, él lo considera un estancamiento. En menos de diez días, Milo ha conseguido andar sin ayuda del kinesioterapeuta. Todavía va dando traspies, es verdad, pero así y todo... Yo he llorado de alegría, mientras que las lágrimas de Lino eran de contrariedad. Él solo mira los vacíos y los huecos. No dice: ¡Es maravilloso, mi hijo vuelve a andar! Dice: Es horrible, es incapaz de subir una escalera.

Queda mucho por hacer, es cierto. Sin embargo, Milo me sorprende todos los días con un nuevo progreso. Habla con la voz ligeramente entrecortada, pero se expresa con más facilidad. Consigue sujetar la cuchara de forma correcta y acercársela a la boca.

Le paso la mano por el pelo, ha recuperado la vitalidad, el brillo, sus mejillas se redondean, sus labios ya no están tan resecos... Me besa, se anima, es muy dulce, muy tierno, una reconciliación.

—Mamá, mamá, mamá... —susurra, y mi corazón se derrite.

De pronto se cansa, su mirada escapa de la habitación, pero no se queja.

—Nunca volverá a ser como antes —dice Lino—. No tiene solución.

—Tú lo ves por la noche, está cansado. Se ha pasado todo el día trabajando

duro.

—Lo único que quiero es que seas realista, que dejemos de decirnos chorradas, que todo irá mejor, que basta con creer en ello.

Intento no tenérselo en cuenta. A mí misma todavía me entran dudas a veces, aunque raramente durante mucho tiempo. Me repito que cada uno hace lo que puede, que quizá a un hombre le resulte más difícil ser optimista, o bien que tiene algo que ver con la relación padre-hijo, que debería tomar cierta distancia, que él también necesita tiempo.

Es difícil. Bebe cada vez más, cuando llega al hospital le brillan los ojos, habla en voz muy alta, se expresa casi con brutalidad. Mi madre se ha dado cuenta, claro.

—Está yendo demasiado lejos, Céleste. Se está volviendo agresivo contigo.

—Sabes de sobra que todos volcamos nuestra angustia sobre las personas a las que queremos y que nos quieren.

Y él me quiere, lo sé, lo noto. Tal vez incluso más que nunca. Pero está perdiendo el control.

Mi madre tiene razón: está yendo demasiado lejos. Me persigue, me acosa. Me agota.

—Deja de mirarme así, Céleste, ¿tienes algo que decirme? Pues venga, adelante, te escucho, ¿qué quieres?

—No quiero nada, Lino, y habla más bajo, por favor, Milo va a oírte. Necesita tranquilidad.

Resopla, suspira, va de un lado a otro, masculla palabras inaudibles para los demás. Da pataditas contra la pared.

A principios de semana, el doctor Socratès le rogó que saliera de la habitación: se había enfadado porque Milo había dicho que quería ver a Marguerite.

—Mierda, Milo, ¿vas a parar de una vez por todas con eso? ¡Por su culpa te encuentras en este estado, parece que no te des cuenta!

—La culpa no es suya, papá.

—Vaya, pues entonces ¿de quién es? No me lo puedo creer...

Intenté hacerle entrar en razón.

—No podemos hacerle cargar a Marguerite con la responsabilidad de todo, ¿no crees?

Su cara cambió de color.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Venga, explícate con más claridad! ¡Suéltalo ya! ¿O quieres alargar más este jueguito?

El tiempo pasa y, todos los días sin excepción, Milo reclama la presencia de su tía. A veces de manera desconcertante: anteayer miraba la ventana cuando de pronto su pecho se elevó.

—Somos dos —murmuró.

—¿Dos? —dijo, sorprendido, Gustavo Socratès—. Tu madre, tú y yo, me parece que somos más bien tres.

Cómo iba a saberlo.

*Somos dos, somos uno,
se confunden nuestros pasos y nuestros corazones.
Vamos vestidos igual
mientras avanzamos
por el camino que sale de nosotros,
el único que podemos seguir.*

Cogí al médico de un brazo y le hice salir de la habitación: ¡Es el principio de un poema, doctor! ¡Recuerda un poema!

—Las dos primeras palabras —me atemperó él—, pero es algo inesperado.

Creo que es un regalo que le hace a usted.

No, doctor, no es un regalo. Es un mensaje, una petición que me hace. Recitó esos versos de Supervielle [1] en la celebración del santo de su tía, hace apenas unas semanas. Tienen una larga lista de poemas en reserva, la idea se le ocurrió a Marguerite y no paran de ampliarla. Por cualquier motivo, uno empieza una estrofa y la termina el otro, ahora me vienen a la cabeza como una cantinela.

El cactus delicado / Es un cacho de barbián

Es un larguirucho / Es un patilargo

Es un descamisado / Es un tunante

Es un tipo singular. [2]

Sus risas pasadas iluminan la mirada de Milo, me piden en silencio que intervenga.

Yo nunca he sabido reírme con él, y su padre tampoco. Reír a carcajadas. Reír sin preocuparse de la mirada de los demás.

¿Cuándo perdemos la capacidad de ser felices? ¿A qué edad enterramos al niño que fuimos? ¿Por qué cometemos ese estúpido error?

Había que verlos partirse de risa, a Marguerite y a él, preparando inocentadas el día de los Santos Inocentes. O viendo una serie de humor en la televisión.

Su complicidad. La vida impetuosa circulando entre ellos.

¿Qué debo hacer con ese bagaje?

—Pues si es una petición, señora Russo, creo que merece ser considerada.

Marguerite está aquí.

Nadie lo comenta, pero todo el mundo lo sabe..., excepto Milo. Viene todas las mañanas y se sienta en un banco adosado a la fachada del edificio. De vez en cuando camina por el césped, en esos momentos se la puede ver desde la ventana y por eso he bajado los estores.

Le he mentado a mi hijo desde el día que llegó aquí, le dije que Marguerite se había marchado a hacer unas excavaciones a Anatolia: fue el primer sitio que me vino a la cabeza. Él frunció el entrecejo, se puso muy inquieto, era de esperar, no aceptaba que su adorada tía hubiera desaparecido de un día para otro sin despedirse de él, sin escribirle una nota, sin telefonarle.

No he vuelto a hablar del asunto, pero temo que descubra que lo he engañado, por eso he bajado en dos ocasiones a hablar con Marguerite para pedirle que se marchara. No me contestó. Se quedó inmóvil en el banco, agarrada a la piedra con los dedos, y no tuve valor para insistir.

Quizá sea mejor así: esta mañana, cuando Milo ha vuelto a la carga, reclamándola de nuevo, algo había cambiado en él y eso me ha dado miedo. Se retorció las manos con una expresión terca, titubeaba, se atascaba de nuevo al hablar, decía frases entrecortadas como hace dos semanas, como si algunos de sus progresos se diluyeran, como si de pronto estuviera a punto de renunciar, de abandonarse.

—Ma... má... por... fa... vor... Mar... gue.

—Está ilocalizable, lo sabes perfectamente, Milo.

Gustavo Socratès habló en privado con mi madre y conmigo, su tono era grave.

—Milo está perdiendo la motivación. Parece muy afectado por la ausencia de su tía, eso empieza a ser obsesivo. Verán, cuando todo se tambalea, se vuelve confuso y se dispersa, las referencias afectivas son indispensables.

Dentro de su cabeza hay una especie de caos, algo que debe de parecerle imposible ordenar. Comprender de dónde viene y adónde debe ir le exige muchos esfuerzos. Necesita presencia y cohesión por parte de sus seres queridos.

—Quiere decir que la necesita a ella, ¿no?

—No hay que exagerar —intervino Jeanne—. Echa de menos a Marguerite, vale, pero, al fin y al cabo, no es ni su madre ni su novia. Acabará por pasársele.

—Ponte en su lugar, mamá.

Estaban muy unidos. ¿Sabes que se citaban en sueños? Concretaban un escenario, el claro de un bosque, la plaza de un pueblo, un vagón de metro, decidían una hora a la que dormirse y encontrarse. ¡Cuántas veces vi a Milo contar por la mañana, más contento que unas pascuas, que lo habían conseguido! ¿Cómo va a aceptar que Marguerite lo abandone, cuando está tan relacionada con su accidente? Debe de considerarlo una traición inconcebible que se agrava a medida que pasan los días. Una traición en la que todos nosotros participamos, fingiendo que no sabemos nada del asunto.

—Sea como sea, piénsenlo —dijo el doctor Socratès antes de marcharse.

—No te dejes influir, Céleste —insistió mi madre—. Sabes que Lino se niega a que Marguerite ponga los pies aquí. Si al menos hubiera digerido lo que ha pasado, pero sucede todo lo contrario, ya ves que no para de darle vueltas y más vueltas. No corras ese riesgo. Milo necesita más a un padre libre de tensiones que a una tía, por cariñosa que sea. Además, entre nosotras, ese médico no es objetivo. No me dirás que no te has dado cuenta, si te pasas el tiempo mirando por la ventana. Tu hermana y él son amigos.

Mi madre domina el arte de la lítote. Los he observado, en efecto. Sin ir

más lejos, hace un rato, cuando he echado un vistazo al exterior para vigilar las idas y venidas de Marguerite, las manos de Gustavo Socratès y de ella estaban cogidas. Marguerite apoyaba la cabeza en su hombro y él le ha dado un beso en la frente. No sé cómo han intimado, pero no cabe ninguna duda sobre el tipo de relación que mantienen. Creía que era la única que me había dado cuenta.

—Créeme, Céleste, es enfermizo. Marguerite se impone contra la opinión general y ahora manipula al médico. Esto tampoco va a gustarle a tu marido.

Mi madre está convencida de que Marguerite trama planes y oculta sus intenciones desde pequeña. Todavía la oigo decir pestes de ella al volver del hospital después de que mi hermana se hubiera roto un brazo haciendo una acrobacia imprudente.

—¡Pues sí que estamos bien! La señorita ha querido hacerse otra vez la interesante.

Yo me rebelé: ¡Mamá, tiene cinco años! ¡No se rompe uno el brazo por gusto!

—Lo único que digo es que esta niña haría cualquier cosa por atraer la atención. Estaba encantada de que tuviese que ir corriendo a urgencias, te lo aseguro.

En aquella época, la hipótesis me pareció injusta e infundada. Ahora sé que es admisible. Calibro lo que mi hermana, consciente o inconscientemente, intentaba conseguir: mucho más que atención, amor.

La miro. Va de un lado a otro de la habitación en una tensión constante. Percibe igual que yo el abismo que se ha abierto entre nosotras desde esa

conversación en el coche. Concentrarnos en Milo, en la presencia de Marguerite y en Gustavo Socratès nos permite a ambas mantener momentáneamente a distancia esa cuestión que será preciso volver a afrontar. La mentira. El disimulo. El injusto reparto de las oportunidades. Las causas y las consecuencias.

—Si Socratès pudiera convencerla de que aborte —dice en un tono afectado—, al menos esa relación serviría para algo.

—Mamá, por favor, deja ya eso. ¡Además, cuenta las semanas! A estas alturas es imposible interrumpir el embarazo.

Ya no sé lo que está bien y lo que está mal, y dudo que alguien tenga las respuestas. ¿Manipula Marguerite a Gustavo Socratès? Cabe dentro de lo posible. Él intenta influir en nuestra decisión de prohibirle las visitas y le facilita a ella información sobre cómo evoluciona Milo. Con todo, me resisto a juzgarla: aunque lo repruebo, sé hasta qué punto su obstinación es consecuencia de su amor por Milo y de su sentimiento de culpa. Sin embargo, mi madre tiene razón en un punto: Lino no soportará esa relación, la percibirá como una provocación, como un ataque personal. Sabe Dios cómo reaccionará.

Esta sensación de que me descuartizan, cada uno tirando de un lado a riesgo de despedazarme, preocupado únicamente por sus propios intereses. Esta certeza de que nadie cederá: me corresponde a mí protegerme y proteger a mi hijo.

Me pregunto con quién estoy más furiosa. ¿Con Marguerite, por habernos conducido a todos hasta este punto, por su obstinación? ¿Con Lino, por sacar a la luz tanta dureza? ¿Con mi madre, por haber hecho que me hiciera

ilusiones y ser incapaz de reparar sus errores? ¿O conmigo, por aceptar una vez más, como siempre, lo que me imponen los demás?

Durante toda mi vida he luchado para que mi familia permaneciese unida. He aceptado y soportado las asperezas de todos, y limado las mías. ¿Para obtener qué resultado? Cada día nos alejamos más los unos de los otros. Ya no entiendo a mi marido, descubro la verdad sobre mi madre, pierdo a mi hermana.

Me queda Milo.

Me he pegado a la ventana.

—Mamá, las cortinas —murmuró mi hombrecito, como si estuviera desprovisto de energía.

—Son estores, no cortinas.

Resultaba cada vez más difícil mantenerlos bajados. La violencia del sol disminuía de día en día, difuminando las justificaciones y sumiendo la habitación en la penumbra.

Y, además, ¿durante cuánto tiempo debería continuar impidiéndole a mi hijo ver el exterior, confinándolo, limitándolo cuando por fin iniciaba su liberación, todo ello para evitar que descubriera la presencia de su tía?

Ya no era admisible.

Esperé a que el interno se acercara a Marguerite, después de todo, él era uno de los implicados, pensaba que me ayudaría a negociar, a convencerla de que se mostrara más discreta o, mejor aún, de que desapareciera durante unos días y, a cambio, yo me comprometería a conseguir de Lino un acuerdo sobre una próxima visita.

—Voy a salir un momento, Milo, no tardaré mucho. Cuando vuelva subiré los estores, te lo prometo.

Bajé los escalones de cuatro en cuatro, transportada por la decisión que acababa de tomar. No me vieron hasta el último momento.

Marguerite dio un salto como si fuese una cabritilla asustada, con las manos tras la espalda, aunque no pudo impedir que apareciese una voluta blanca justo por encima de uno de sus hombros.

¡Estaba fumando!

—No estamos haciendo nada malo, Céleste. Solo hablamos.

—Lo siento mucho —se apresuró a añadir Gustavo Socratès, aunque no sé si se refería a la violación del secreto médico o a la relación que mantenía con mi hermana.

Pero yo solo pensaba en una cosa. Lo aparté para acercarme a Marguerite.

—Margue... ¿He visto bien? ¿Vuelves a fumar? ¡Marguerite!

—Soy mayor de edad. Voy a donde quiero y hago lo que quiero. Además, deja por un momento de creer que eres mi madre —replicó con arrogancia.

—Supongo que es una broma.

—En el exterior se puede fumar —intervino el doctor Socratès—. Está permitido. Pero le aseguro que le he aconsejado que se modere.

Que se modere.

O sea, que había vuelto a fumar de verdad. En el peor momento.

Noté que se me hacía un nudo en la garganta, intenté controlar el tono, expresarme con calma..., no era fácil.

—Marguerite, en tu estado no puedes fumar. No eres la única afectada. Sabes perfectamente que no debes, ahora no. ¡Mierda, lo sabes! ¡Sé un poco más responsable!

Cuando me quedé embarazada, cuando estuvimos seguros, hace quince años, el doctor dijo: Lo mejor es dejarlo progresivamente, Céleste, si no, se producirá un síndrome de abstinencia y eso es muy malo para el bebé.

Yo fumaba un paquete al día desde hacía más de cinco años.

Suprimí un cigarrillo diario del paquete cada semana.

A los cinco meses ya no fumaba ninguno.

A los que me manifestaban su admiración, les contestaba que no es tan difícil cuando uno está motivado.

Más tarde, el cuerpo médico juró que bajo ningún concepto se podía acusar al tabaco de haber asesinado al bebé.

Bajo ningún concepto.

Marguerite miraba al doctor Socratès, petrificada.

—¿En su «estado»? —preguntó él, aunque era evidente que lo había comprendido.

Me callé. Al cabo de unos segundos, Marguerite empezó a llorar y yo me arrepentí enseguida de haber hablado tan deprisa.

Le tendí un pañuelo, pero ella se volvió de espaldas a mí y aplastó el cigarrillo de un pisotón.

—Perdona, Margue, lo he dicho sin pensar, no me correspondía a mí dar esa noticia pero, bueno, pensaba que ya lo habías hecho. ¡Cuatro meses de embarazo, caray, eso no se lo calla una cuando inicia una relación! ¡Y encima con un médico! Sí, sí, estoy al corriente, no sois nada discretos, os he visto, ¡y no soy la única!

El doctor Socratès se llevó las manos a la frente, Marguerite, no sé si he entendido bien, ¿estás embarazada de cuatro meses?

—No —respondió Marguerite—, en absoluto, en fin, es complicado.

Clavé la mirada en sus ojos.

—¿No? ¿En absoluto? ¿Te estás burlando de mí? ¿No crees que por una vez en la vida, por una sola, podrías asumir tus actos?

Marguerite temblaba de la cabeza a los pies, un frágil tallo a merced del viento.

—Marguerite, Marguerite... —repitió Socratès, incapaz de continuar.

—Lo siento, Gustavo —dijo ella con vehemencia—. Lo siento en el alma.

Y su llanto se redobló.

El rostro del joven médico se crispó, casi se contrajo. Pensé que debía de estar muy enamorado para sentir una decepción tan grande, una especie de hecatombe, luego pensé en la propia historia de Marguerite, en lo que ella ignoraba sobre sí misma, esa forma de repetición cruel que se habría producido sin mi intervención, no era un acto glorioso, pero la cuestión era que había cumplido con mi deber, a veces es necesario amputar un miembro para salvar el resto del cuerpo.

Puse una mano sobre su hombro, lo más suavemente posible.

—Podríamos reflexionar juntas sobre todo esto, ¿qué te parece? Ha habido demasiadas diferencias entre nosotros, demasiado rencor, demasiadas cosas silenciadas. En el fondo, todo el mundo sufre.

Marguerite se apartó con ímpetu.

—Guárdate tus discursos para Jeanne, para Lino, para quien quieras, Céleste. Yo me voy —dijo, tajante.

Se volvió hacia Gustavo: ¿Me dejas las llaves, por favor? Voy a recoger mis cosas.

Tras un instante de desconcierto, él se las tendió.

—Mételas en el buzón.

Ella cogió las llaves y se marchó corriendo.

La miramos mientras, a lo lejos, cruzaba la verja. El uno al lado del otro, como dos huérfanos. Los cabellos del médico revoloteaban alrededor de su cabeza, dibujando una silueta graciosa.

—Le propuse que se instalara en mi casa mientras encontraba algo —murmuró, adelantándose a mis preguntas—. No tenía ningún sitio adonde ir. —Titubeó un segundo antes de proseguir—. Bebe como un cosaco y fuma más que una chimenea, pero es la chica más tierna y sorprendente que he conocido nunca. Sabía que sería complicado, por supuesto... Pero eso... no me lo imaginaba ni por asomo...

Había perdido aquella luz que habitaba en él de manera permanente. Se concentraba para disimular y recuperar su papel de médico.

Pensé: es muy difícil recomponer una vida de la que solo tenemos fragmentos, cuando no sabemos ni remotamente qué se nos escapa, cuando todo a nuestro alrededor está formado por piezas que faltan y cuyos contornos desconocemos.

¿Qué sabemos los unos de los otros? ¿Qué sabemos de nosotros mismos, de nuestros propios cimientos?

—Tenemos que subir —dijo Gustavo Socratès—. Milo la espera y yo tengo que visitar a unos pacientes.

Nos separamos en el descansillo, sin decir una sola palabra más.

Mi madre me esperaba delante de la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Sí, ya —replicó—. Pareces muy alterada.

Entré en la habitación. Milo señaló los estores con la barbilla.

Dije: Claro, Milo, ya no hay ninguna razón para dejarlos bajados. Los levanté.

Por la ventana vi a Lino al final del camino; nos habíamos librado de una buena por unos minutos. Al menos alguien estaría satisfecho al final de esta jornada: su deseo se había cumplido, Marguerite se había marchado para siempre del centro.

Salí a su encuentro, quería contárselo antes de que viera a Milo, decirle que había conseguido convencerla, esperaba que eso bastaría para que se relajara.

Pero, antes de que pudiera decirle nada, ya estaba él interrogándome como un comisario de policía.

—No hay nadie en el banco... ¿Dónde se ha metido? No me gusta nada esto, ¿por qué pones esa cara? ¿Qué pasa? ¡Dime de una vez lo que pasa!

—Hemos tenido una conversación dolorosa, Lino.

Al oír estas palabras, retrocedió hasta pegar la espalda a la pared del pasillo. Con ese olor penetrante de whisky que impregnaba su ropa.

—Lo sabía... Tenemos que hablar, Céleste...

—De acuerdo —contesté—, pero, si es para hundirla una vez más, si es para decirme que todo es por su culpa, ni siquiera lo intentes, estoy cansada de oírlo.

Yo solo quería que depusiera las armas, que nos diéramos una oportunidad para recuperar la paz, que nos centráramos de nuevo en Milo, porque eso era lo esencial, Milo no había vuelto a decir una sola palabra desde que yo había vuelto a su habitación, y eso que había subido los malditos estores, incluso había abierto la ventana de par en par, pero nada, ni la menor reacción, ni un comentario de satisfacción, ni a mí ni a su abuela; en cambio, había volcado el vaso de agua, había acabado haciendo que la bandeja con la cena cayera al suelo, y eso era una regresión muy clara, eso era lo importante.

Pero por lo pronto Lino estaba en pie de guerra.

—¿Cansada? ¡Ah, vale! ¡O sea, que ya has elegido bando! ¿Te niegas entonces a escuchar mi versión de los hechos?

—¿Tu versión de los hechos? Si quieres saberlo, no me interesa, no. Has conseguido lo que querías. No hay nada más que añadir.

Jeanne salió de la habitación, alertada por los gritos de Lino.

—¿Qué problema tenéis vosotros dos? ¿Sois conscientes de que Milo podría oíros?

—Escúchate a ti misma, Céleste —prosiguió Lino sin prestarle la menor atención—, ni siquiera te dirigirías en ese tono a un perro. ¿Quién eres tú para juzgarme? ¿Quién eres tú para decidir acerca de mi culpabilidad? ¿Ahora resulta que todos los errores son míos? ¿Ahora resulta que no tengo ninguna circunstancia atenuante? Es un poco apresurado, ¿no? Si yo fuera ese monstruo repugnante que te ha descrito tu hermana, ¿no crees que te habrías dado cuenta en diecisiete años de matrimonio?

Se le quebró la voz, se volvió hacia mi madre, la señaló con un dedo: Y esa, ¿qué? ¿No tiene ninguna responsabilidad? Si se hubiera ocupado de su hija, ¿habría pasado lo que pasó? ¿Soy yo el único cabrón en esta historia? ¡Mierda, mierda, mierda!

Se marchó a la carrera y yo eché a correr también detrás de él, no quería que aquello terminara así, aquel día era ya demasiado triste, quería poner fin a esa locura, que diéramos marcha atrás, que pusiéramos juntos las cosas en su sitio, no íbamos a dejar que aquel accidente nos hundiera hasta el fondo, que nos destruyera a todos nosotros cuando Milo apenas estaba empezando a recuperarse, era absurdo, nos queríamos, ¿no?

Lo alcancé, ya había llegado a la verja, lo llamé: ¡Lino, espera, no puedes irte así, mírame!

Se quedó inmóvil y al cabo de unos instantes sus hombros se relajaron, pensé que iba a estrecharme entre sus brazos, a besarme, pensé que todo iba a arreglarse, que podría volver a respirar, y conmigo Milo, Marguerite, mi madre, quizá Gustavo Socratès y el mundo entero, por qué no, pero nada de eso sucedió, Lino me lanzó una mirada profundamente infeliz y me contestó: Puede que contártelo haya sido lo mejor, no creas que yo lo llevo bien, ¿sabes?, una sola noche, y llevo años dándole vueltas en mi cabeza, viviendo con ese peso en el pecho, con esa vergüenza, con esas náuseas cada vez que ella aparecía, es decir, todos los fines de semana, todas las vacaciones, ¿crees que era fácil? Seguramente aquella noche necesitaba demostrarme a mí mismo que seguía siendo un hombre, que aún podía sentir deseo, ella solo tenía quince años, pero acuérdate de lo guapa que era ya, rebosante de salud y de futuro, yo estaba borracho cuando me metí en su cama, y luego ¿qué? No logré empalmarme, ni un segundo, carne fofa, un guiñapo, en eso me había convertido, tenía la picha blanda, así que tuve que conformarme con los dedos, te asquea, ¿eh?, bueno, tranquila, yo también me doy asco, me había quedado sin fuerzas al perder al niño y luego a mi mujer, porque tú también estabas muerta, Céleste, hacías como si sobrevivieras, pero no eras más que una ilusión, quizá otros podían creer esa ficción, pero yo no, éramos fantasmas.

El frío me envolvió, un frío glacial en un día soleado de otoño, la sangre helada, el corazón helado, detenido: ¿Qué hiciste, Lino, mientras yo enterraba una y otra vez a nuestro hijo muerto? Dime que es un malentendido, por favor, sí, eso es, lo he oído mal, lo he comprendido mal, lo he interpretado mal, tranquilízame, Lino, tú eres el que juró protegerme, eres el que juró amarme, ¡simplemente no puedes haber hecho eso!

—Lo hice —murmuró Lino—. Pensé que ella te lo había dicho. Pensé que quería vengarse. Pensé que vuestra conversación difícil había sido sobre eso. Y no, resulta que no.

Un grito lento se abrió camino entre mis pulmones oprimidos.

Lino cerró los ojos mientras yo extraía de ellos el aire que me quedaba.

—Vete —me oí decir—. Lárgate.

La sombra de la noche se había abatido sobre los edificios.

En la habitación de Milo, la ventana seguía abierta de par en par.

Ignoro qué milagro me permitía seguir en pie.

Jeanne

La ausencia del sol durante varios días seguidos había dejado que se instalara un cielo gris en el que se cruzaban lluvias punzantes. El tiempo parecía amoldarse a la atmósfera que reinaba ahora en la habitación de Milo: tristeza, silencio, desolación.

La noche de su discusión con Lino, Céleste solo me había dicho: va a trasladarse al sexto piso. Yo me guardé de hacer ningún comentario, las dos sabíamos lo que pensaba la otra: la vida me daba la razón demostrando que ese hombre no estaba hecho para mi hija. Sin embargo, era incapaz de alegrarme. Estaba dolida con Lino por no haber sabido protegerla de este desastre, al igual que lo estaba con Marguerite por haberlo provocado, y con la vida por dejarnos tan pocas opciones.

Desde aquel día, Milo había dejado bruscamente de hacer progresos. Se pasaba horas enteras sin apartar los ojos del televisor o de la ventana, indiferente a nuestras preguntas, observaciones y gestos de ternura, limitándose la mayor parte del tiempo a contestar con breves gruñidos. Prácticamente no comía, adelgazaba a ojos vista, como su madre, que tenía las mejillas cada vez más hundidas. Volvía a ser incapaz de andar más de uno

o dos metros sin caerse. Los kinesioterapeutas lo animaban, se esforzaban en inventarse nuevos procedimientos y recorridos, todo en vano.

—Es incomprensible, todo iba tan bien... Parece que haya tirado la toalla —había dicho Céleste, lívida y desconsolada, en el despacho de Socratès—. Está totalmente apagado.

—En el plano mecánico, todos los indicadores están en verde —había contestado el médico—. Lo que bloquea la curación de Milo es él mismo. —Titubeó un momento antes de proseguir—: Para ser sincero, creo que acusa... digamos, ciertas tensiones.

Todos éramos conscientes de ello, pero ninguno de nosotros tenía valor para afrontarlo: Milo reproducía lo que veía en su propia familia. Nadie se hablaba con nadie. Nos habíamos convertido en los satélites encogidos de un planeta muerto. Libres por fin de la presencia de Marguerite, Céleste y Lino se habían organizado para no coincidir. Ella había conseguido que le concedieran un permiso no retribuido: llegaba a primera hora de la mañana y se marchaba del hospital al final del día, momento en el que dejaba que él tomara el relevo. Yo iba por la tarde y me sentaba al otro lado de la cama de Milo, mientras ella fingía dormitar en el gran sillón de escay gris. Céleste rehuía mi mirada, eludía mis escasas preguntas, rechazaba mis ofrecimientos de prepararle comidas o hacerle algunas compras. En cuanto a Lino, al que a veces veía si me quedaba hasta más tarde, se limitaba a menear la cabeza con una expresión vagamente irónica mientras yo colocaba libros ilustrados o juegos de vivos colores ante Milo, o ponía *Las cuatro estaciones* de Vivaldi con la esperanza, siempre frustrada, de verlo reaccionar.

Durante cierto tiempo me convencí de que bastaría un clic, de que su alegría y su curiosidad naturales acabarían por imponerse al abatimiento. Mis hallazgos eran inagotables.

—Mira qué te he traído: es una planta sensible, tócala, Milo, ¡es

divertidísimo!

Le cogía la mano y guiaba sus dedos hasta las hojas, que inmediatamente se retraían. Cuando se la soltaba, él volvía a dejarla apoyada sobre su vientre y yo pensaba: Milo el sensible.

—Milo, cielo, a ver si adivinas qué he encontrado: un ecosistema con semillas y turba. ¡Al doctor le parece bien que lo instalemos en tu habitación!

Colocaba todos los accesorios sobre su cama y ponía la cúpula transparente encima de la mesa, pero su mirada la atravesaba sin detenerse en ella. Yo pensaba: Milo en su burbuja.

Le masajeaba la cabeza, le acariciaba las mejillas y la frente, su piel estaba caliente, pero su silencio resultaba asfixiante. Yo pensaba: Milo en otro coma.

Después de algunos intentos y otros tantos fracasos, renuncié a los hallazgos.

Discurríamos como el tiempo, poco a poco. Aquel accidente había provocado más de un herido: todos nosotros estábamos afectados en carne propia y nuestras heridas se agravaban cada día un poco más. Los temblores de Lino, el semblante demacrado a causa de tantas noches sin dormir de Céleste. Y este bulto que me había salido en un pecho precisamente la noche en que Marguerite se marchó y que desde entonces parecía crecer de manera constante.

Todas las mañanas, cuando estaba sola, me acariciaba la piel y cogía entre los dedos el bulto, convertido en una bola, lo examinaba con lupa, convencida de que su aparición no era en absoluto fruto del azar, de que se trataba forzosamente de una manifestación más de la deflagración. ¿Acaso no

leíamos en montones de sitios que algunos cánceres podían tener un origen psicológico?

Yo había disfrutado siempre de una salud de hierro, había pasado un invierno tras otro sin pillar una gripe, ni siquiera un resfriado, no había sufrido ni los sudores nocturnos ni el aumento de peso que afectan a las mujeres en el período de la menopausia. ¿Y ahora aparecía de repente esta bola de contornos irregulares?

Marguerite era mi cáncer. Primero había crecido en mi vientre y ahora colonizaba mi seno. No era un amasijo de células malignas lo que palpaba, sino el dolor de su nacimiento, que llevaba dentro desde siempre sin haber logrado librarme nunca de él, sin haber podido confiarle jamás el fardo a nadie. Era mi culpabilidad por haberme mantenido ajena a mi propia hija y por haber provocado, lo que resultaba mucho más insoportable aún, este naufragio. Porque, por cruel que fuera constatarlo, era preciso admitirlo: si no hubiera dado a luz a Marguerite, Milo seguiría en pie, y su familia con él. Yo era el monstruo que había parido un monstruo.

Todas las mañanas, pues, palpaba, observaba, calculaba el grosor y, después de eso, decidía acudir a un especialista para que me hiciera unos análisis y evaluara la urgencia de la situación. Y, luego, todas las noches me echaba atrás, sin duda porque temía oír una sentencia definitiva, pero sobre todo porque me resultaba inconcebible imponerle este nuevo sufrimiento a Céleste.

Yo era el último pilar en el que aún podía apoyarse. Daba igual que ella hubiera cavado aquel foso entre nosotras, su actitud, estaba segura, no era sino una reacción instintiva y temporal frente a la adversidad y las decepciones. En el fondo sabía que yo estaba ahí, y que estaría siempre, dispuesta a comprenderlo y a entenderlo todo, a dar mi vida por la suya. Su hijo ingresado en un centro de rehabilitación, su matrimonio en estado de

muerte clínica: el cuadro era lo suficientemente sombrío para no tener que añadir la enfermedad de su madre.

Así que había resuelto dejar que siguiera siendo solo asunto mío. Declararía sola la guerra si era necesario. Por supuesto, me moría de miedo en cuanto dejaba divagar mi mente y pensaba en ablación, mutilación, quimioterapia, efectos secundarios, dependencia, muerte. Pero, al mismo tiempo, estaba dispuesta a luchar, tenía suficiente rabia para derrotar a todo un ejército y suficiente valor para soportar el coste de hacerlo.

No era una persona cualquiera, joder, ya lo había demostrado: sabría arreglármelas sola, como lo había hecho cuando Jacques se marchó.

Estaba aquella noche, hacía ya más de diez días de la huida de Marguerite, delante del espejo, ocupada observando mi seno deformado, cuando sonó el timbre de casa. Eran casi las diez y media. Por su manera de llamar, larga, repetitiva, imperativa y provocadora, supe inmediatamente que era ella.

Iba cargada con dos bolsas, una de ellas de gran tamaño. Vestía una americana con hombreras demasiado grande que la hacía parecer delgada y frágil, y llevaba el pelo sucísimo, al igual que los botines, estropeados por la lluvia. Lo primero que pensé es que iba a manchar la moqueta. Podría haberle pedido que se descalzara, pero tenía esa mirada desafiante y esa actitud agresiva que indicaban que solo estaba esperando la ocasión de iniciar las hostilidades. Así que la invité a entrar mientras repasaba mentalmente las operaciones que serían indispensables: ir a la droguería a la mañana siguiente para comprar un producto de limpieza, tratar lo antes posible esa pobre moqueta, que no saldría indemne, secarla con el secador de pelo y añadir un poco de ambientador..., un horrible olor a perro mojado había impregnado el salón.

—Siento llegar a estas horas —dijo, sin que pareciera lamentarse lo más mínimo—. Se ha retrasado el despegue y me he encontrado con atascos en el camino desde el aeropuerto.

La encontraba anormalmente nerviosa.

—¿El aeropuerto?

—Estaba en un yacimiento en Asturias. Había que revisar una clasificación..., bueno, no voy a molestarte con mis problemas laborales.

Me apartó para dirigirse hacia el salón. La bolsa, tal como había previsto, iba dejando a su paso un espantoso rastro oscuro. La detuve con un gesto seco.

—Deja la bolsa en la entrada, Marguerite, estás manchando la moqueta. Empieza por decirme qué haces aquí.

—Necesito instalarme unos días a la espera de la próxima misión, ya sabes que Céleste me echó a la calle, bueno, en realidad fue Lino, pero de todas formas el resultado es el mismo, no tengo casa y no he tenido tiempo de buscar una.

Me lo esperaba. Apreté los puños. Mantener la calma, tomárselo lo mejor posible, concentrarse en el objetivo: que se marchara cuanto antes. Había tanto malestar entre nosotras, tanta incompatibilidad... ¡Y aquella bola en mi pecho! Conseguí decirle las cosas con cierta delicadeza.

—Marguerite, sabes perfectamente que no puedes instalarte aquí. No tengo sitio, solo hay un dormitorio. Además, en los últimos tiempos no estoy muy en forma, necesito descanso y tranquilidad.

Inspiró hondo, cualquiera hubiera dicho que se disponía a sumergirse en el agua para bucear en apnea, fueron varios segundos que me parecieron un siglo.

—Mira, ya me las apañaré y, si es preciso, buscaré un hotel, pero déjame ducharme y pasar la noche aquí, me conformo con el sofá. Estoy

acostumbrada a dormir en tiendas de campaña, así que te aseguro que la comodidad es el menor de mis problemas.

Esa era Marguerite en estado puro: yo, yo y yo.

Pensé en conversaciones pasadas con Céleste, cuando me acusaba de ser demasiado estricta con su hermana. Me habría gustado que estuviera presente en aquel momento, que viera cómo se imponía Marguerite, sin siquiera interesarse por mi cansancio.

—No te comprendo. Después de lo que ha pasado, ¿por qué has vuelto? ¿No crees que todos necesitamos poner un poco de distancia?

Me esperaba que esgrimiera su argumento favorito, su estrecha relación con Milo, o incluso que utilizara su embarazo para despertar mi compasión, pero simplemente soltó la bolsa al tiempo que se sentaba y me espetó:

—Parece ser que tienes algo importante que decirme. Aprovecha la ocasión.

El corazón me dio un vuelco. Estaba convencida de que Céleste había aparcado el asunto y de que este había quedado enterrado de nuevo, pero, no, pese a todo lo que estábamos pasando, pese a sus numerosas prioridades, había tenido que poner a su hermana sobre la pista. Instintivamente, me toqué el bulto del pecho.

Qué locura. Deberías haberme avisado, Céleste. Me habría gustado prepararme para afrontar esta conversación. Reflexionar sobre las palabras más adecuadas, las réplicas pertinentes, tanto por el bien de Marguerite como por el mío... por el nuestro. La espontaneidad es peligrosa cuando se maneja nitroglicerina.

—Es tarde. Hablaremos de eso en otro momento, cuando tengamos tiempo. Apretó los labios.

La mancha en forma de cruz, ligeramente oscurecida por efecto del sol estival.

La mejilla de Rodolphe.

Sus primeros pasos, corriendo hacia los brazos de Céleste.

La frialdad de Jacques.

Mi desesperación y mi rabia.

—O sea —dijo Marguerite—, que hay algo. Algo importante. Pues, fíjate, no tengo ningún problema con el tiempo: estoy dispuesta a escucharte toda la noche.

Me miraba con una sonrisa ligeramente cáustica, como si se preparara para pillarme en falta, como si presintiera que muy pronto tendría motivos de reproche. ¿Le había dado Céleste algún indicio?

Me tomé unos instantes para digerir y asimilar la información, para tomar conciencia de que la revelación de la verdad ya era inevitable, y, pasados estos momentos, me invadió un inmenso alivio, como cuando vuelves a tomar aire después de haber aguantado la respiración tanto tiempo que te has llegado a sentir al borde de la muerte. Supe que iba a poder deshacerme de ese puñal clavado en mi corazón clavándolo en el suyo, no por decisión propia, sino porque ese era su deseo, su exigencia, y sobre todo supe que esa noche sería la de nuestra liberación común, la de la manumisión de la mentira original y su cortejo de obligaciones, de hipocresía, de simulacros. Una emoción jamás sentida hasta entonces hizo que mi pecho se elevara.

—Muy bien, siéntate.

Serví dos vasos de ginebra, me bebí el mío de un trago y empecé a hablar, sin circunloquios ni eufemismos, Jacques, Rodolphe, el doble abandono, la mancha de nacimiento, la imposible maternidad, la desdicha, la tristeza, los celos, las comparaciones. No di detalles, me limité a los hechos

fundamentales, a las fechas más importantes..., ya estábamos en mitad de la noche.

Estaba hundida en el sofá, anonadada, vapuleada por el anuncio, y mientras las imágenes del pasado desfilaban, mientras mi propia desilusión, mis penas y mis heridas me subían a la garganta, por primera vez sentí una compasión sincera por esa niña que no había decidido nada, mi hija..., después de casi treinta años aún me costaba asociar esas dos palabras con ella.

—Así que eso es lo que debía escuchar —murmuró en un tono inexpresivo cuando por fin yo me callé—. Era lo último que imaginaba.

—Ahora sabes a quién le debes tu belleza.

Por sus mejillas corrieron unas lágrimas, que se secó con un gesto brusco, y suspiró, no sin ironía.

—Mi belleza... Eso es todo lo que eliges de mi herencia...

—Como mínimo has ganado eso. Por lo demás, Marguerite, no eres la que más puede quejarse. Ambas hemos padecido esta situación, llevamos las mismas piedras en nuestro equipaje, pero tú tienes la vida por delante para deshacerte de ellas.

—Has esperado todo este tiempo... —prosiguió ella—. ¿Por qué? Si lo hubiera sabido, quizá todo habría sido diferente.

—¿Tú crees? ¿Qué habría cambiado? ¿No era preferible vivir con la idea de un padre muerto que con la de un padre cobarde? Te oculté esta historia para protegerte a ti, y también a tu hermana..., quien hace solo unas semanas que sabe la verdad. Hice las cosas lo mejor que pude para las dos, es así de sencillo.

—Pero, entonces, ¿por qué lo cuentas ahora?

—Porque estás embarazada de un hombre que no quiere saber nada de ese hijo. Para evitar que vivas lo mismo que nosotras, tú y yo, hemos vivido. Te seré franca, Marguerite: he sido incapaz de quererte, lo confieso y no me siento orgullosa de ello, pero ¿qué me has aportado tú? Tu nacimiento me privó de la vida a la que tenía derecho. Por supuesto, todo eso se produjo sin tu intervención. No te acuso de haber destruido deliberadamente mi vida, y de rebote la tuya, pero es un hecho, es lo que pasó y lo que sigue pasando, como un círculo vicioso imposible de detener. Ni tú ni yo merecemos esto, estarás de acuerdo. Ahora bien, todo habría sido distinto, Marguerite..., y perdona si resulta difícil entender estas palabras, pero al menos son honestas..., todo habría sido distinto si yo hubiera podido reaccionar a tiempo. Por eso me he decidido a hablar. Si todavía estás a tiempo de interrumpir el embarazo, hazlo. Mi deber es darte este consejo.

Marguerite se levantó. Estaba terriblemente pálida.

—No estoy embarazada.

¿No estaba embarazada? De repente sentí que me asfixiaba.

—¿Qué significa eso, Marguerite? No sé si te entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿Has sufrido un aborto espontáneo?

Pero ella respondió separando con cuidado las sílabas: No he sufrido ningún aborto espontáneo, no estaba embarazada, de pronto parecía indiferente por completo, como si hablara de alguien a quien conocía vagamente, como si aquello no tuviera ninguna importancia, Me lo inventé cuando me estabais acibillando a preguntas, me llovían ataques desde todas partes, me sentía con la cabeza puesta en la picota, de repente se me ocurrió esa idea y creí que sería una manera de salir del paso, una especie de garantía, creí que me dejaríais en paz, pero estaba equivocada, nada cambió, me echaron a la calle, me alejaron de Milo, ¡os traía al paio si estaba embarazada o dejaba de estarlo! Dicho esto, supongo, querida madre, que no

me reprocharás que os mintiera, tú me inoculaste la mentira antes incluso de que viniera al mundo, la grabaste en mi ADN, así que cuento con circunstancias atenuantes, ¿no? Mentí porque no quería decepcionar a Céleste ni hacerla sufrir más y, fíjate, podría haber continuado haciéndolo, haber simulado ese aborto espontáneo, es una cuestión bastante sensible en nuestra familia, ¡eso me prometía una estupenda posición de víctima! Seguramente lo habría hecho si no hubiéramos tenido esta conversación pero, ahora, ¿para qué? ¿Con qué finalidad? ¿Tratar de conseguir un rol en una familia que no existe? ¿Junto a una madre que habría preferido que yo no hubiese nacido? ¿O que yo también hubiera nacido muerta? Por lo menos las cosas están claras: ya no tengo nada que esperar, nada que añadir, salvo la pesadumbre de haber herido a las dos únicas personas que un día me quisieron.

Se dirigió a la puerta y cogió las bolsas. Se le había corrido el rímel, ahora tenía la cara tan sucia como los zapatos, su belleza había desaparecido.

Yo también tenía ganas de llorar. ¿Por el destino cruel, injusto? ¿Por la inocencia de las víctimas? ¿Por los hijos muertos?

—Tenías razón desde el principio, aquí no hay sitio para mí, ni el más pequeño rincón —balbució—. Vale más que me vaya.

Pese a todo era mi hija. Mi hija no deseada, no amada. La que había cambiado el curso de mi vida y acabado con mis esperanzas. Pero era también la carne de mi carne. Un daño colateral involuntario.

Puso la mano en el pomo de la puerta y titubeó un instante.

Yo había cumplido con mi deber y la había alimentado, cuidado, acogido durante más de dieciocho años, bien podía añadir una noche suplementaria..., más aún teniendo en cuenta que presentía que iba a ser la última.

Separarse de manera limpia, una forma de divorcio por mutuo acuerdo.

Ayudarla un poco, ya que no la quería.

—Quédate, Marguerite. A estas horas te resultará difícil encontrar un hotel. Su expresión se endureció.

—Dime solo dónde está mi progenitor.

Notaba las piernas pesadas. Lentamente me acerqué a la pequeña cómoda de la entrada. Saqué una libretita verde donde apuntaba todo lo que iba encontrando sobre Rodolphe. Lo había buscado sin descanso y sin ningún resultado durante más de veinte años, luego internet se desarrolló, aparecieron las redes sociales y hallé su rastro. Frente al ordenador, acumulé fragmentos de su vida, sin un objetivo particular..., pero incapaz de desentenderme.

Le tendí la libreta.

—En algún lugar del sur. No tengo la dirección, pero aquí encontrarás otra información que quizá te interese.

Abrió la puerta, pensé que iba a dar media vuelta, que volvería sobre sus pasos, pero desapareció escaleras abajo sin ni siquiera encender la luz.

Me quedé en el rellano un momento.

—Lo siento —murmuré.

Nadie podía oírme, por supuesto.

Y, en realidad, solo lo sentía a medias.

Quizá Marguerite iba a presentarse de verdad, veintiocho años después de su nacimiento, en la vida de ese cabrón. El peso iba a cambiar de platillo en la balanza.

El tiempo de la amargura

Céleste

No volverse loca. Resistir por Milo. Resistir a la tentación de estamparse la cabeza contra la pared para acallar las imágenes, los pensamientos, las náuseas. De estrellarse para dejar de sufrir.

¿Cómo fue capaz? Aun estando ebrio de alcohol, aun estando borracho de dolor. Mi hermana de quince años. El padre de mi hijo.

Nos conocimos en el comedor universitario. Él recogió mi bufanda del suelo, se había caído debajo de la silla, le di las gracias, había un sitio libre a mi lado, ¿puedo sentarme?, preguntó.

¿Puedo? Quizá esa simple palabra decidió lo que vino después. Mi vida. El desenlace. Lino contrastaba con todos los demás, era elegante, cuidaba su manera de expresarse, caminaba increíblemente erguido, aquel día (y los siguientes) me acompañó a casa, se cruzó con mi madre, por la noche ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, satisfecha: ese chico me ha causado muy buena impresión, pregúntale a qué se dedican sus padres.

Se lo pregunté y, a consecuencia de su respuesta, mi madre lo consideró «persona non grata», incluso cuando anuncié que nos íbamos a vivir juntos. Según ella, yo merecía algo mejor. Tenía razón, pero se equivocaba en los motivos.

A mí, Lino me parecía aún más atractivo desde que me había revelado sus orígenes. Era la prueba de que tanto las maneras como la determinación no eran una cuestión de clase social. Estaba perdidamente enamorado, era atento y solícito; cuando conoció a Marguerite, desplegó una sonrisa infinita: justo lo que necesitaba, una hermana pequeña, ¡si supieras cuánto echo de menos a las mías!

Me sentía conmovida por la emoción.

La llevaba sobre los hombros, jugaba con ella a la pelota, le enseñaba las conversiones. Le hacía cosquillas en los pies, lanzaba los crepes hasta el techo y los recuperaba a su espalda.

Ella se partía de risa y yo no cabía en mí de felicidad.

Lo he hecho todo siguiendo las normas. En el último curso de primaria, la maestra escribió en mi boletín de notas: quizá un poco más aplicada de lo deseable. Mi madre saltó: ¿cómo se le puede reprochar a una alumna que intente hacer bien las cosas?

He sido concienzuda en los estudios, seria en el trabajo. He llevado la ropa que se aconsejaba en las revistas femeninas, he aprendido a cocinar, he cuidado la línea dentro de las formas que me ha dado la naturaleza, he sido una hija atenta, una esposa amante, me ha costado mucho tener un hijo pero lo he logrado, lo he criado siguiendo los consejos de los mejores pediatras, he sido ahorrativa sin ser agarrada, he ayudado al prójimo sin pedir nada a cambio.

Lino y yo hemos arreglado juntos el mundo, hemos firmado manifiestos en favor de la libertad de prensa, del respeto de los derechos humanos, de los derechos de la mujer y de la protección del medio ambiente, en especial

desde que Milo nos anunció muy serio, a los diez años, su compromiso con el desarrollo sostenible.

¿Qué he hecho mal? ¿En qué momento se produjo el fallo? ¿Después del día aciago o mucho antes? ¿Es capital o superflua esta pregunta, teniendo en cuenta el alcance de la revelación?

En nuestra boda, Marguerite sujetaba la cola de mi vestido y llevaba las alianzas. Yo le había propuesto a Lino que sus sobrinos y sobrinas hicieran de pajes y damas de honor, pero él no quiso: Para Marguerite será mejor así, dijo, será la protagonista, se sentirá orgullosa. Más tarde, en el momento de presentar los anillos, Marguerite, con la vista nublada por la emoción, no pudo evitar que se le cayeran. Era ya tan graciosa, con los tirabuzones en cascada y los calcetines caídos... Y tan guapa más tarde... Mucho más que yo, que engordé nada más salir de la adolescencia. Las miradas cambiaron. La de mi madre, la de los hombres. La suya también. ¿Quizá la mía? Contenía los ataques de celos por amor, el que sentía por ella, desde luego, pero también el que nuestra madre se negaba a darle.

Marguerite ya no se reía con Lino..., no lo hacía en absoluto. Yo era consciente de que era infeliz, pero lo achacaba al internado, a la lejanía. Y, más adelante, al día aciago: Lino y yo no teníamos el monopolio del dolor. Marguerite se había alegrado de mi embarazo, había deseado al bebé muerto casi tanto como nosotros, se había divertido con los bultos que formaban en mi vientre sus pies y sus manos, había hecho conmigo listas de nombres.

Había sufrido, mucho.

El día aciago es un fragmento de oscuridad en mis recuerdos. Soy incapaz de acordarme de la cara o incluso de la silueta de Marguerite aquel día y los

siguientes. Estábamos todos sumidos en lo indescriptible, que dejó paso a lo inexplicable y después a la autocensura. En todos los casos: el silencio.

Tras aquello nació Milo, y esto borró las preguntas que no se habían hecho: una luz excesiva que nos cegó.

Hoy sé que hay que desconfiar de la euforia. Nos transporta lejos de los monstruos que nos persiguen y de los peligros que nos acechan, tanto que nunca más regresamos para enfrentarnos a ellos. Creemos que hemos salido del mal paso, que nos hemos movido a otra cosa. Clasificamos los expedientes como reservados mientras nos consumen lentamente.

Resistir. Resistir por mi hijo. Pero ¿cómo?

Descubro de manera brutal que estoy sola. No puedo hablar de esto con nadie, y menos aún con mi madre. Debo encontrar soluciones que no existen.

Echar a Lino me alivió por un momento, pero no ha arreglado nada: Milo no progresa, al contrario, nuestra vida ya no tiene sentido, no va en ninguna dirección, ha perdido todo tipo de energía. Solo pienso en los fracasos y en los arrepentimientos. Me devora el resentimiento hacia todos, empezando por mí misma.

Como Milo, y, aunque soy consciente de que solo me hundo más en el error, no hago otra cosa que mirar hacia atrás.

—Se retrae —insistió Gustavo esta mañana—. Simplemente tiene miedo. Es una forma de protegerse.

Intentaba transmitirme un mensaje, era más que evidente. Se mostraba casi irritado por que yo tardara tanto en comprender.

—¿Miedo de qué?

Subió el tono.

—De todos ustedes. ¡Y eso que se lo dije! Las tensiones. Póngase por un

momento en su lugar: el espectáculo que ofrecen no lo invita a participar.

Su seguridad me resultaba insoportable.

—¿Cómo se atreve a formular semejante explicación? ¿Y con qué derecho se pone a dar lecciones?

—No estoy dando ninguna lección ni tampoco me invento nada: todo esto me lo ha dicho Milo. No de forma tan detallada, lo admito, pero con bastante claridad.

—¿Lo ha dicho?

O sea, que Milo volvía a hablar, pero no a cualquiera, y no a mí, su madre. Le hablaba a Gustavo Socratès.

El corazón se me encogió.

—¡Encantada de saber que ha recuperado el uso de la palabra! — Inmediatamente sentí que me invadía una oleada de vergüenza—. Perdone, no es un comentario del que sentirse orgullosa. Debería alegrarme.

—Aunque no se haya dirigido a usted —prosiguió él, esta vez con mucha delicadeza—, quiere que sea usted quien lo escuche. Necesita paz. Y reclama a su tía. Es, en cierto modo, una fijación. Como si su ausencia simbolizara un precipicio imposible de salvar. Ah, por cierto, no se cree en absoluto lo de esa misión en Dios sabe dónde de la que le han hablado. Y está muy preocupado por ella.

Había bajado la voz al pronunciar estas últimas palabras, incapaz de disimular su emoción. Entonces recordé la última mirada de Marguerite cuando se marchó de la clínica, una mirada en la que se mezclaba la desesperación y la ira, y de pronto comprendí que aquellos dos se habían enamorado de verdad, que no se trataba de una forma de manipulación, como había sugerido mi madre, ni siquiera de una simple relación ocasional.

Comprendí que había privado injustamente a mi hermana de la posibilidad de vivir ese amor haciéndola caer en la trampa de sus propias contradicciones, alejándola de nosotros..., aunque debo decir en mi descargo que ignoraba por completo la verdad, tanto relativa a ella como a Lino, pensaba que hacía lo mejor, que defendía el interés común, pero, aun así, también eso se había frustrado, malogrado, probablemente era irrecuperable, como si la onda de nuestras desgracias originales no hubiera acabado aún de propagarse, como si todo lo que podíamos hacer ahora, cada una de nuestras acciones, de nuestras decisiones, no fuera sino a agravar la situación.

—Hablando de Marguerite... —continuó el médico.

Pero yo lo interrumpí, Tengo que decirle una cosa, Gustavo, algo muy importante, aunque llegue demasiado tarde, debe saber que Marguerite no mentía, en fin, no a usted, Marguerite no estaba embarazada, yo me he enterado hace unos días, era un subterfugio de niña pillada en falta, había sacado ese conejo de la chistera con la esperanza de contener nuestra reacción después del accidente de Milo porque se sentía responsable de lo ocurrido, y, bueno, lo era en parte, pero justo ese es el problema, el verdadero problema, irresoluble, quién es responsable de qué en esta tragedia de historias cruzadas, suponiendo que sea posible afirmar algo.

Gustavo levantó la cabeza vivamente, como electrocutado.

—Para ser sincero, no sé qué pensar —dijo, tras unos instantes de silencio—, tengo que reflexionar sobre todo esto, pero le agradezco que me lo haya dicho. ¿Sabe qué? Sin duda lo mejor sería hablar de todo este asunto con la

interesada, en realidad sería bueno sobre todo para Milo, así que mire a ver qué puede hacer.

Lo que podía hacer: casi nada. Marguerite no tenía teléfono ni domicilio, según las últimas noticias transmitidas por mi madre, había desaparecido después de haberse enterado de la verdad sobre su nacimiento, provista de información incompleta, pero, al parecer, decidida a encontrar el rastro de su padre. Podía haberse montado en un tren en dirección sur o haberse encerrado en un apartamento para afinar su búsqueda. También cabía la posibilidad de que se hubiera ido a un yacimiento en la otra punta del mundo y se hubiera refugiado en su pasión..., además, a fin de cuentas, tenía que trabajar y ganarse la vida.

Tal vez volvieran a verla al cabo de un mes, de un año o tal vez nunca, puesto que todos nosotros, salvo Milo, la habíamos desterrado cada uno a su manera.

Al salir del despacho de Gustavo, fui a la habitación de Milo para cogerle sus manos entre las mías y le susurré al oído: cariño mío, mi vida, Marguerite vendrá a verte en cuanto pueda, no sé dónde está, pero te prometo que voy a hacer lo que sea necesario para encontrarla. Creo que comprendió que hablaba en serio, que había recibido perfectamente su mensaje, porque, por primera vez desde hacía días, sus dedos se cerraron alrededor de los míos e hicieron que el corazón me estallara de emoción.

Fuera, el cielo se despejaba con timidez.

—¡Vaya, estás sonriendo, Milo! —dijo la guapa kinesioterapeuta que venía a buscarlo para una sesión en la piscina—. ¡Qué alegría me das!

Resistir y sacarnos de este lodazal. Tratar las prioridades una a una. Olvidar que habrá que afrontar el desenlace, puesto que este todavía está lejos. No interrogar al pasado, mi debilidad, mi resignación, mis abdicaciones. Guardar el nombre, la imagen, el recuerdo de Lino y las preguntas indispensables en una caja hermética para conservar las fuerzas... durante un tiempo.

Pasé las primeras horas de la tarde huyendo de mi reflejo en la ventana, aguardando la llegada de mi madre. Una vez más —y pese a mi sistemático rechazo—, apareció cargada con una cesta llena de provisiones, prodigando justificaciones con una fingida desenvoltura antes incluso de que yo tuviera oportunidad de abrir la boca.

—Ya sé que no quieres nada, pero he ido al mercado y había unas manzanas espléndidas, así que he hecho compota, y hacer un poco más o un poco menos, ¿qué diferencia hay, eh?, así ya tienes el postre cuando llegues a casa. Ah, te he comprado también miel, té y limones, con este tiempo tan variable, cae uno enfermo a las primeras de cambio, y Milo necesita una madre en plena forma.

—Tengo todo lo que necesito, mamá.

Ella dejó escapar su suspiro favorito, ese a medio camino entre la exasperación y el fatalismo que dominaba a la perfección, y en concreto este habría hecho mejor en reprimirlo, porque todo subió a la superficie de golpe. Me entraron ganas de decirle: Mamá, cuándo comprenderás que tengo una sobredosis de tu amor, de tu presencia, de tu solicitud, estoy harta de ser el centro de tu vida (cosa que, de paso, te ha situado en el centro de la mía, asfixiando, apartando, manipulando el resto de mis relaciones), estoy harta de serlo «todo para ti», de ser tu «felicidad», de serte «indispensable», como tan a menudo me has repetido, estoy harta de sentirme en deuda, culpable, de ser

quien tú quieres que sea, tu consuelo, tu revancha, tu reto, estoy harta de haber acabado pareciéndome a ti a mi pesar, de verme cuando te miro, porque, sin ni siquiera ser consciente de ello, me he vestido como tú, peinado como tú, maquillado como tú (a menos que sea al revés, aunque, en tal caso, el problema seguiría siendo el mismo), estoy harta de encontrar a los cuarenta y tantos años, dentro del bolso, en la agenda, a veces incluso en la puerta de casa, pósitos con la frase «Te quiero, cariño», de verte negociar con la señora de la limpieza para entrar en mi casa y llenar el frigorífico a la chita callando, de oír sonar el teléfono todos los días a mediodía y por la noche sabiendo que eres tú quien me llama, de soportar tus juicios sobre todos y cada uno de mis actos, y en especial de leer en tus ojos esa especie de satisfacción por la destrucción de mi matrimonio, porque no dices nada, pero piensas: «¿Acaso no te lo advertí desde el principio, eh?», cuando en realidad no sabes nada, absolutamente nada de lo que en el fondo nos pasa, no sabes nada de las treinta y ocho toneladas que me han caído encima, y todavía será peor si desenredamos la madeja, y no habrá más remedio que acabar haciéndolo, porque todo lleva a pensar que tú tienes una parte de responsabilidad, y no de las menores, en la catástrofe final.

Pero Milo estaba tumbado aquí, justo a mi lado, y Gustavo había insistido por activa y por pasiva, demasiadas tensiones, no era ni mucho menos el momento de ajustar cuentas, había que atenerse a las decisiones, a las prioridades, respetar las promesas que me había hecho, así que contuve la explosión, respiré hondo, envié mi sublevación al fondo de mi estómago y dije simplemente:

—Hay que encontrar a Marguerite.

Ella se estremeció un poco, ¿Por qué?, preguntó, acechando por el rabillo del ojo una posible reacción de Milo, ¡sabes de sobra que tu hermana se fue a

hacer una de esas «misiones» tuyas! Tú misma me lo dijiste. ¡Y también sabes que no tengo ninguna manera de localizarla!

Me la llevé fuera de la habitación.

—Arréglatelas como sea, mamá, tú eres la última que la ha visto, la que dispone de más elementos relacionados con ella. He tenido una charla con Gustavo, Milo habla con él, sí, lo has oído bien, habla y dice que quiere verla. Ya no es una opción: es preciso que vuelva.

—¿Gustavo? Ah, vaya, ¿y estás segura de que no es más bien él quien reclama su presencia? Cuando pienso que tu hermana consiguió seducirlo... Podemos decir lo que queramos, pero recursos no le faltan. Siembra el caos en nuestra vida, envía a Milo al hospital y, pese a todo, el médico con físico de galán joven es para ella. En serio, sean cuales sean las circunstancias atenuantes, no me parece justo.

—Mamá, para inmediatamente.

Para, porque oigo todo lo que no dices y me destroza los oídos. Aquí nadie puede arrogarse el derecho de saber lo que es justo o no.

—No tienes por qué hablarme en ese tono, Céleste. Te recuerdo que soy tu madre. Si ya no puede una decir su opinión...

Había clavado sus ojos en los míos y, por primera vez en toda mi vida, sostuve su mirada.

No me había mostrado autoritaria, y aún menos despreciativa, me había conformado con manifestar una oposición firme a su discurso, pero ella estaba tan acostumbrada a que fuera sistemáticamente en su misma dirección, a que le siguiera la corriente...

Seguir la corriente para suavizar los conflictos con mi padre, cuando era pequeña.

Seguir la corriente para moderar sus relaciones con mi hermana durante la adolescencia, y después con Lino en la edad adulta.

Seguir la corriente para atenuar las exigencias de Lino con respecto a su hijo.

Seguir la corriente porque yo había sido o era todavía un desafío para cada uno de ellos y me esforzaba por satisfacerlos a todos.

Con un resultado, como mucho, moderado, lo que demostraba que había llegado el momento de ir a contracorriente.

—Señoras...

Gustavo había aparecido entre nosotras.

—Acaban de presentarme el informe de la última sesión de kinesioterapia de Milo. —Le brillaban los ojos—. Ha vuelto a trabajar.

Un soplo de alegría me levantó del suelo, borrando la contrariedad del instante anterior.

—Es magnífico —murmuró mi madre, igual de feliz—. Esperemos que dure.

Gustavo se volvió hacia mí.

—Creo que confía en usted, pero necesita que lo animen.

Me apresuré a entrar en la habitación. Mi hijo dormía. Su rostro me pareció calmado; su piel, más rosada; su respiración, menos fatigosa. Recosté la cabeza al lado de la suya, invadida por un alivio inaudito.

Haces bien en confiar en mí, Milo. He entendido lo que esperas. He entendido tu plan.

Y voy a tenerlo en cuenta.

Lino

Los golpes eran cada vez más fuertes. Iban a acabar por echar la puerta abajo. ¿Tenían acaso un ariete para hacer tanto ruido? Los sentía bajo el cráneo, me dolía mucho, mucho, mucho.

Me levanté con mucho esfuerzo, tenía las piernas como de goma, la barriga hinchada, los ojos y la garganta llenos de porquería, fui dando tumbos hasta la entrada y tropecé con la botella de vodka vacía.

He elegido la misma marca que tú para destruirme, papá.

Sé muy bien que tu muerte no fue accidental por un exceso de alcohol. Fingí que lo creía, como todo el mundo; intuía confusamente que había que apoyar la tesis de mamá.

¿Por qué eligió esa versión oficial? Le doy vueltas a eso desde el día que te enterramos. Quizá era una cuestión prosaica relativa al seguro de vida. O quizá sentía vergüenza, como si tu acto hubiese sido una cobardía.

Gritó al descubrir tu cuerpo, más de ira que de dolor.

Yo fui el primero en reunirme con ella en vuestro dormitorio. Mamá cerró inmediatamente la puerta para impedir que los demás entraran. Como todos los sábados, habíamos ido a hacer la compra al centro comercial y habíamos comido en la cafetería, el único restaurante a nuestro alcance, unos filetes

demasiado hechos, unas verduras flotando en una salsa bechamel medio líquida, pero a nuestros ojos era un tres estrellas..., tú nos habías dicho, papá: Id vosotros, yo me quedo descansando.

Un descanso eterno.

¿Quién habría podido imaginarlo? Soportabas a diario tu miseria con la misma mirada muerta, los mismos andares encorvados, tu aceptación parecía ilimitada, entonces ¿por qué esa semana, ese día y no cualquier otro?

Bebías mucho, es verdad. A veces te ayudé a meter la llave en la cerradura o incluso a quitarte el mono de trabajo cuando tus dedos trémulos se negaban a ser precisos. Sin embargo, seguías teniendo las ideas asombrosamente claras, tus palabras también lo eran, y, sobre todo, no estabas enfermo. O no lo bastante aún para morir. Aquel día te bebiste una botella entera de vodka, sí, pero fueron los medicamentos los que te dieron el golpe de gracia. Las cajas vacías formaban un abanico de colores junto a tu cuerpo inerte. Seis o siete diferentes: antiinflamatorios, aspirinas, antidepresivos, ansiolíticos. No dejaste nada al azar.

Mamá me dijo atropelladamente: Lino, he sido yo quien ha dejado todo esto desperdigado sobre la cama esta mañana, había empezado a hacer limpieza en el botiquín, pero se me echó el tiempo encima y teníamos que ir a hacer la compra, así que dejé aquí todas estas cajas vacías, no vayas a pensar que tu padre...

La interrumpí, me partía el corazón verla esforzándose de esa manera en construir una mentira creíble, quería que dejara de llorar, que no se derrumbara, ya que nos habíamos quedado sin padre y yo solo tenía diez años, me sentía muy pequeño; tenía miedo, papá, de tu piel fría y amoratada, de tus brazos rígidos, de tus ojos desorbitados, y contesté: Sí, sí, lo sé, no te preocupes.

Ella cogió las cajas y los blísteres vacíos y los metió en su bolso.

Más tarde se encerró con el médico un buen rato, cuando salieron de la habitación, él había rellenado el certificado de defunción, que dejó encima de la mesa de la cocina. Leí unos términos médicos: asfixia, paro cardíaco.

Tú no habías muerto ni mucho menos de un paro cardíaco, tú habías muerto de humillación, de extenuación y de desesperanza. Tú habías muerto porque no soportabas más tu impotencia. Porque no soportabas más ser un esclavo. Yo tenía diez años y un insuficiente vocabulario a mi disposición para expresarlo, pero un corazón más que suficiente para sentirlo. ¿Mentir sobre tu final era una traición?

Mamá no te perdonaba. Consideraba que la habías abandonado... y hay que reconocer que, dejándola sola con cinco hijos, no le facilitabas las cosas. No iba a hacerte el regalo de anunciar tu suicidio. Además, admitir que te habías quitado de en medio significaba reconocer que ella no bastaba para justificar tu existencia.

Yo tengo otra versión. Creo, papá, que no quisiste seguir dándoles a tus hijos el ejemplo de un padre sometido, desarmado, vulnerable. Creo que quisiste protegernos de un padre depresivo, pesimista, cansado de encajar los golpes, día tras día, mes tras mes, año tras año, sin tener jamás la posibilidad de replicar porque hacerlo suponía quedarte en la calle, y bastante afortunado eras ya por tener un trabajo en aquella región de mierda que unos industriales incapaces de anticiparse a los cambios profundos de la economía habían dejado medio muerta.

Estabas cansado de no ser más que una máquina, una máquina de producir zapatos para tus patronos, una máquina de producir, mal que bien, un sueldo para tu familia, sin tener nunca tiempo de ser un padre ni de ser un hombre, solo de ver cómo tu vida se disolvía inexorablemente.

Pensabas que valía más un padre muerto que un padre sin solución ni futuro: eso hay que hablarlo.

No mencioné nunca las pastillas. Respeté la voluntad de mamá y, además, así era más fácil para Simona, Mario, Nelly y Carlo. Estuvieron muy apenados, te querían tanto como yo, pero, gracias a la explicación oficial, el alcohol, el cuerpo que cede, encontraron la manera de aceptar tu ausencia.

¿Cómo habría sido yo, si no hubiera entrado en tu dormitorio con mamá?

¿Habría sido un hombre diferente?

Tu suicidio multiplicó mi obsesión por salir adelante. Decidí que no sería esclavo de nadie, que no experimentaría nunca la humillación: a los diez años, ¿cómo iba a saber que siempre hay alguien sentado más arriba que tú para mirarte con desdén? ¿Cómo iba a saber que la única forma de evitarlo no es escalar, sino que esa mirada te resulte indiferente?

Si, al igual que mis hermanos, hubiera visto en la muerte de mi padre un accidente imprevisible e inevitable, quizá hoy tendría una titulación más modesta, pero también más ganas de vivir.

Quizá habría empleado lo esencial de mi tiempo en algo distinto que intentar demostrar mis aptitudes, primero durante los estudios, luego ante mi mujer y, sobre todo, ante mi suegra.

Quizá habría aceptado la posibilidad del fracaso. El fracaso último: el día aciago.

Por el contrario perdí la cabeza.

Me metí en la cama de Marguerite.

Fue un error, un enorme error. Pero, aun así, había circunstancias

atenuantes y, además, Marguerite no luchó, ¡habría podido oponer un poco más de resistencia, mierda!

No niego mi responsabilidad, solo pido que se consideren los acontecimientos en su conjunto, relacionándolos con el hombre que soy.

No soy un canalla. Soy un buen tipo que cometió una gran estupidez. Que estaba sentado con los pies sobre el vacío y se dejó caer. Una sola vez. Unos minutos de sinrazón contra una existencia dedicada por completo a querer y proteger a mi familia. ¿Quién no ha mostrado debilidad alguna vez? ¿Quién no ha robado dinero de un monedero, no ha vuelto la cabeza a otro lado para no ver una agresión, no ha hecho oídos sordos ante los gritos de una vecina maltratada por su marido, no ha hecho trampas para pagar menos impuestos, no se ha ido sin decir nada después de haber chocado con un coche aparcado, no ha dejado que otro pague en su lugar por un error?

¿Quién no ha herido, roto o destruido algo en alguna ocasión por egoísmo, miedo o negligencia?

¿Qué hombre no ha seducido a una chica solo por un rato de sexo, dejándole creer que la quería? ¿Es más aceptable la violación de los sentimientos que la de los cuerpos?

Marguerite no me denunció. Visto en retrospectiva, habría sido mejor que lo hiciera, tanto por ella como por mí. Yo habría podido explicar que, después del día aciago, todos los puntos de referencia habían desaparecido. Por qué ella encarnaba la vida y todo lo demás, incluida la muerte. Que, de repente, interpreté su belleza como una injusticia, y mi impotencia, como una condena. Mis jueces habrían contemplado mi acto en el contexto de los acontecimientos que vivíamos. No habría tenido más disculpa por eso, pero tal vez habrían comprendido mejor a través de qué extraño y tortuoso camino había llegado a cometer aquel acto.

Tal vez la propia Céleste lo habría comprendido.

Yo habría pedido perdón, purgado mi falta y quién sabe si, poco a poco, las cosas habrían vuelto a la normalidad para todos nosotros.

Pero, en lugar de denunciar, Marguerite echó tierra sobre el asunto. Por lo menos, eso me hizo creer. No hizo ninguna alusión a él, se comportó como si nada hubiera pasado. Los primeros días, yo no podía pensar en otra cosa, me echaba a temblar cuando encontraba su mirada, estaba pendiente de sus palabras cada vez que abría la boca. Ella guardó un silencio total. Tenía una estrategia para hacerme pagar por lo que había hecho, un plan a largo plazo: colonizar el territorio, incrustarse en mi vida, imponerme su presencia y, de ese modo, impedir el olvido. Empuñar una invisible espada de Damocles comiendo a mi mesa, sentándose en mi sillón, monopolizando las conversaciones familiares.

Esperé durante mucho tiempo a que me cortara la cabeza. Pero nació Milo y, en cuanto echó a andar, se volvieron inseparables, ella era su heroína, él era su mejor amigo, se querían con locura.

¿Decidió callar de verdad o simplemente esperaba que él creciera para denunciarme, como la maniobra final que amplificaría los daños? ¿Qué parte de su comportamiento era solo táctica?

Yo me inclino por la venganza de efectos retardados. Creo que disfrutaba viéndome solo frente a mi sentimiento de culpa y se preparaba con toda tranquilidad para el momento idóneo. Ninguno de los dos había previsto que una caída en bicicleta haría que volvieran a repartirse las cartas.

Sea como sea, ella ha ganado de manera aplastante. Por un momento creí que podría recuperar el control cuando provocó el accidente de Milo, mierda, nos había arruinado la vida, me consideraba como mínimo con derecho a

borrar aquel acto desafortunado, yo había violado su intimidad, es cierto, ¡pero ella había enviado a mi hijo a la unidad de reanimación!

Pensé que por fin podría alejarla, ponerla en órbita, estaba justificado, incluso podía contar con el apoyo de Jeanne.

No se ha borrado nada, al contrario. Lo he perdido todo. Milo, mi niño adorado, adulado, mi hombrecito destinado a ser feliz, mi razón de vivir, vegeta en un centro de rehabilitación. Céleste me ha dejado, ella que decía, estaré aquí para lo bueno y para lo malo, ¡y Dios sabe que hemos pasado por lo peor! Ella que siempre se ha esforzado en conciliar los puntos de vista, en apaciguar las iras, en escuchar las explicaciones, en ver lo bueno y lo bello donde los demás solo veían lo malo y lo feo, Céleste, siempre amable, dócil, conciliadora, se niega a escucharme y a verme, solo me permite ocuparme de Milo unas horas por la noche.

Lo más irónico de todo esto lo comprendí después: Marguerite no había hablado.

Yo cavé mi propia tumba.

Me desprecio, de la cabeza a los pies.

—Abre, Lino —dijo la voz de Jeanne—, ¡abre de una vez, sé que estás ahí!
¿Así que era ella, no una brigada de la policía? ¿Cómo podía una señora tan menuda dar unos golpes tan fuertes?

Abrí la puerta. Ella entró como un ciclón, recorrió rápidamente la habitación con la mirada, recogió la botella vacía del suelo y la puso en el fregadero, junto a las otras dos, ¡Pues sí que te encuentro en buenas condiciones! ¡Bravo, yerno!

—¿Qué hace usted aquí? —articulé con dificultad.

Una pregunta puramente formal. Por supuesto, Céleste le había contado mi

confesión. Jeanne venía para rematarme, ahogarme en mi vergüenza, saborear su victoria, ¡con el tiempo que hacía que el vejestorio soñaba con una separación!..., en realidad, desde siempre.

Por lo menos había alguien feliz en este caos.

—Lino, hay novedades sobre la salud de tu hijo y necesito tu ayuda. Hay que encontrar a Marguerite. Céleste está con Milo, el niño ha hablado con Socratès, quiere verla. Ya lo sé, todo esto es complicado, pero da igual, pienses lo que pienses, Milo tiene una fijación con su tía, y tanto Socratès como Céleste están convencidos de que ella es la única que puede conseguir que su estado evolucione con rapidez. Créeme, no me hace ninguna gracia, pero no hay más remedio que aceptarlo, Céleste ha sido muy clara sobre ese punto. El problema es que no sabemos dónde está tu cuñada: literalmente ha desaparecido.

Ni la menor mención al motivo de nuestra ruptura. ¡Así que Céleste no había dicho nada! Me había protegido.

¿Quizá me amaba todavía un poco?

—Tengo una pista un poco confusa —prosiguió Jeanne—, una vieja historia de familia, pero me llevará tiempo. Estaría bien que intentaras averiguar por tu lado cómo localizarla, que la buscaras preguntando a sus amigos, a sus colegas. Lino, si tienes esperanzas de reconquistar a tu mujer algún día, encuentra a su hermana. Demuéstrale de qué eres capaz. Ella no puede lidiar con esto, pero tú sí. Ah, puede que no lo sepas, pero la señorita no está embarazada, se lo había inventado con la esperanza de que la tratáramos con más clemencia después del accidente. Así que podemos descartar la posibilidad de que se haya ido al extranjero a abortar.

Desear la desaparición de Marguerite durante años, conseguirla como una especie de efecto colateral inesperado, pero supuestamente benéfico, y descubrir que tiene en sus manos la llave del cofre del tesoro.

Soportar los ataques de mi suegra, verla maquinando un día tras otro con el objetivo de romper nuestro matrimonio y, de pronto, oír que me exhorta a la reconciliación.

«Lino, si tienes esperanzas de reconquistar a tu mujer...»

Milo ha hablado. No con su padre o su madre, sino con ese tal Socratès, el médico al que todo el mundo adora y admira, el hombre sin tacha que convoca a unos y otros... y da a entender en un tono tranquilo que el estado actual de mi hijo guarda relación con su familia de mierda. En fin, dejémoslo. Si están convencidos...

—Me pondré a ello ahora mismo.

Jeanne suspiró.

—Eso si te sostienes en pie. Pobre Lino, no tienes muy buen aspecto.

Se marchó, no se quedó más de veinte minutos. En el espejo colgado de la pared vi mi reflejo, o más bien el de un hombre que solo se parecía a mí vagamente.

Al menos ese estado me había permitido, el día anterior, que me concedieran una baja laboral de una semana. Cuando el médico, completamente consciente de la situación, me tendió el papel recomendándome que durmiera y me alimentara con algo que no fuese alcohol, sonreí: Por supuesto, doctor. Y entré en el supermercado para reabastecerme de vodka.

No abandonarse, Lino. Tomar el control. Dar la vuelta al reloj de arena.

Guardarse el resentimiento en el bolsillo, como decía mi madre, al menos el tiempo necesario para avanzar.

Encontrar a Marguerite y llevársela en una bandeja a Céleste y a Milo.

Reanudar las negociaciones. Conseguir que se le conceda la palabra a la defensa.

Recuperar un poco de estima y, quién sabe, puede que algo más.

«Lo único que cuenta es el objetivo.»

Me tomé dos aspirinas y un gran vaso de agua, abrí las ventanas de par en par y limpié el estudio. Pensar, qué buscar primero, por dónde empezar. Las últimas excavaciones: aquella villa romana en el sur de Francia. Ella contó que hacía mucho calor, así que inicié una búsqueda en el ordenador cruzando esa información con los datos meteorológicos, era lento, difícil, las letras bailaban delante de mis ojos, pero encontré seis yacimientos que podían ser el que buscaba. Telefoneé a todos ellos, sin éxito: nadie había visto ni conocía a Marguerite.

Extendí la búsqueda a los departamentos del oeste, donde había varias zonas de excavaciones activas, hice unas cuarenta llamadas sin obtener resultado alguno.

Pensé que quizá se trataba de un pequeño yacimiento sin presencia en internet o que aparecía con unas palabras clave distintas de las que yo había utilizado. Empecé de nuevo eligiendo términos más amplios, como «patrimonio» o «restauración», pero tuve que abandonar, aquello generaba millones de respuestas.

Inicié entonces otra búsqueda con el nombre y el apellido de Marguerite. La mayoría de las personas dejan huellas en internet, estaba convencido de que daría con algo en una memoria, en el programa de un ciclo de conferencias o incluso en las redes sociales. Consulté los informes o estudios publicados tras las diferentes misiones en las que podría haber participado,

sobre lugares donde supuestamente había ido, Asturias o el Machu Picchu, por ejemplo, pero no encontré nada, no se la mencionaba en ninguna parte.

Pensé en la posibilidad de que se hubiera registrado con otro nombre y volví a llamar a todos los yacimientos con los que me había puesto en contacto por la mañana dando el apellido de soltera de Jeanne y una descripción detallada de Marguerite. Nada tampoco.

Eran las seis y media de la tarde cuando me despedí de mi último interlocutor: había llegado el momento de ir al hospital a ver a Milo. Tenía la espalda destrozada, los dedos hinchados, una migraña atroz y, aun así, ningunas ganas de acostarme, espoleado, al contrario, por la hosca voluntad de avanzar en mi investigación, de lograr una victoria.

Me encontré cara a cara con Céleste en la verja de entrada. Ella se quedó inmóvil un instante y mi corazón se detuvo, pero echó de nuevo a andar sin decir una palabra en dirección al aparcamiento. La observé hasta que salió de mi campo de visión. Había cambiado. Físicamente. No habría sabido decir con precisión en qué, era una sensación general, hasta sus andares eran diferentes, era casi otra Céleste.

Más guapa. Más ágil.

El pelo más largo, un mechón ondulado sobre la sien. La cintura más fina.

Aquello me desconcertó unos instantes.

En su habitación, Milo veía dibujos animados en la televisión. Jeanne estaba sentada junto a su cabecera.

—Tu hijo ha vuelto a trabajar bien en las sesiones de hoy. ¿Verdad, Milo?

Él no respondió. Se limitó a volver la cabeza en mi dirección, con una lentitud anormal. No fui capaz de interpretar su expresión, y eso me desgarró. Pasaban los días, las semanas, los meses ya, al parecer otras personas se

acostumbraban, adaptaban sus expectativas y sus exigencias ante sus allegados disminuidos, limitados, pero a mí seguía resultándome difícil encontrarlo en ese estado, tendido, entumecido, mudo. Era incapaz de apartar de mi mente las imágenes de antes de la tragedia, Milo saltando, corriendo, comiendo, cantando, amando, Milo viviendo.

No dejar traslucir nada. Apretar los dientes, los puños.

—Muy bien, hijo, hay que continuar así, ¿eh? Ya me he enterado de que has conseguido volver a hablar. Es fantástico. Poco a poco.

—¿Tienes alguna novedad? —preguntó Jeanne.

—Ninguna. Ni rastro. He buscado a partir de todo lo que sabía, pero la verdad es que era poco.

Ella suspiró. En ese instante pensábamos forzosamente lo mismo, éramos responsables, si hubiéramos mostrado más curiosidad o, al menos, un poco de atención, si nos hubiéramos interesado por Marguerite, podríamos poner un nombre a los lugares, sabríamos quiénes son sus amigos, pero entonces nos traía al fresco lo que hubiera podido hacer en un sitio o en otro, nos irritaba a los dos, incluso nos resultaba insufrible, cuando se ponía contar sus batallitas, esos descubrimientos suyos a cuál más increíble, solo estábamos impacientes por una cosa: que se callara.

De hecho, ninguno de los dos le había prestado atención nunca.

—Mañana me voy —dijo Jeanne de repente—. Te he dicho que tenía una pista. Ya veremos qué consigo. Tú inténtalo a través de la universidad. Es más antiguo, pero nunca se sabe. Todavía tengo sus matrículas, te lo enviaré todo por correo electrónico tal como llegue a casa.

—De acuerdo —contesté—, buscaré por ahí. No se habrá volatilizado.

El sonido del televisor se había interrumpido. Con el mando a distancia

apoyado en un muslo, Milo esbozaba una sonrisa. Era casi imperceptible, pero me emocionó.

Jeanne tenía razón. Era preciso que la encontrara a toda costa. No iba a decepcionar a mi hijo.

—Lo conseguiremos, Milo. Haré todo lo necesario para conseguirlo, te lo prometo.

El nombre de Marguerite no había sido pronunciado ni una sola vez, pero en la habitación todo el mundo sabía de quién se hablaba.

Milo movió entonces el brazo, despacio. Un gesto. Me acerqué a él.

Alargó el cuello en un movimiento que yo pensaba que no era capaz de hacer y me dio un beso en la mejilla.

Contuve las lágrimas.

Jeanne

Había decidido salir de casa a primera hora de la tarde. Tardaría unas ocho horas en llegar a mi destino: casi seis horas de tren para empezar, seguidas de dos horas largas de coche, sin contar el tiempo necesario para ir a la estación y, luego, hasta la agencia de alquiler de vehículos. Había reservado una habitación en una casa rural, donde planeaba pasar la noche antes de coger el toro por los cuernos.

Tanto a Céleste como a Marguerite les había mentido por omisión: sabía exactamente adónde ir. Conocía cuál era el pueblo donde vivía Rodolphe, tenía incluso su dirección exacta. Pero me había sentido incapaz de decírsela. Habría tenido que admitir que le había seguido de forma muy estrecha la pista. Que lo había mantenido bajo vigilancia durante años.

Habría sido preciso admitir el daño que me había hecho. De algunos amores, uno no se repone.

La libreta que le había dado a Marguerite iba acompañada de una foto descolorida de Rodolphe, con Céleste y conmigo, en la época de las obras en nuestra casa, otras fotos encontradas en internet que había impreso y recortado, con la tinta ya desvaída, en las que un ojo avezado podía distinguir a Rodolphe entre un equipo de bomberos voluntarios, Rodolphe en una

celebración navideña organizada por el ayuntamiento, Rodolphe entrenando al equipo de fútbol de los más pequeños. Había también facturas de su antigua empresa y una nota manuscrita referente a un presupuesto. Yo había añadido algunas anotaciones, el nombre de su mujer y de sus dos hijos a medida que me había enterado de su existencia, destinos de vacaciones, deportes practicados... La mayor parte de esa información procedía de las redes sociales, obtenida gracias a las nuevas formas de comunicación y a la imprudencia de los que las utilizan.

Estaba terminando de preparar la bolsa con mis cosas cuando telefoneó Lino.

—Jeanne, siéntese —dijo con una voz monocorde—. No se imagina lo que voy a decirle.

Dejé la bolsa y seguí mecánicamente su orden, me senté en un sillón, ¿qué más se nos va a venir encima?, pero estaba lejos, muy lejos de suponer lo que iba a decirme: He encontrado la promoción de Marguerite, balbució, eso era fácil, están todos registrados en la página web de antiguos alumnos, bueno, sus compañeros, no ella, incluso he podido hablar con la secretaria de la facultad, le he contado una mentira piadosa, me he inventado una historia sobre una donación de médula ósea, he contado que su hermana necesitaba encontrarla urgentemente y que no sabíamos cómo ponernos en contacto con ella, que estábamos desesperados, así que han empezado a buscar la información que tenían, pero la información, Jeanne, es que Marguerite no ha estudiado nunca allí, nunca se ha examinado de nada. La primera matrícula es auténtica, sí, pero nunca la vieron en los bancos de la facultad, nunca asistió a clase, y lo de después son burdas falsificaciones, su nombre no vuelve a aparecer en ninguno de sus registros. Falseó los formularios para hacerle creer que estaba estudiando una carrera y se sacaba el título.

Marguerite parecía feliz de matricularse en el primer curso. Le habían concedido un alojamiento en la ciudad universitaria y estaba impaciente por mudarse allí. Yo consideraba que ya era lo bastante mayor para ocuparse de los trámites administrativos. Le enviaba un giro mensual para cubrir sus gastos, los estrictamente necesarios, es verdad, pues me parecía que con dieciocho años cumplidos era normal que contribuyera a sufragarlos realizando trabajos de estudiante, al igual que había hecho Céleste.

Hablábamos poco de sus clases y, cuando le preguntábamos, siempre daba respuestas coherentes. Al finalizar el curso, me informaba puntualmente de que pasaba al curso superior y yo me limitaba a acusar recibo de la noticia.

Yo consideraba que la historia del arte en general y la arqueología en particular eran estudios sin futuro. Ella replicaba que estaba equivocada, que me lo demostraría, y, en efecto, durante los siguientes años encadenó estas demostraciones participando en misiones por todo el mundo.

—La secretaria me ha ayudado a acceder a los másteres y doctorados, hemos podido consultar la lista de memorias de investigación, y ahí tampoco, nada de nada. Lo siento, Jeanne.

Nos quedamos un momento sin pronunciar palabra en el teléfono, había que asimilar lo que había salido a la luz, Marguerite nos había engañado en todo desde hacía más de diez años, no era una cosa baladí, no se había conformado con adornar la realidad como hacen muchas personas, no solo había mejorado un currículo profesional, se había inventado su vida, por completo o casi, puesto que todo se derivaba de sus primeras mentiras: su formación, sus

aptitudes, que justificaban sus viajes, sus colegas, sus misiones..., todo era una inmensa ilusión.

—Voy a tener que colgar —dijo Lino en un susurro—. No me encuentro muy bien.

—Está enferma —repliqué yo—. Es una patología, un caso de mitomanía. Necesita tratamiento.

Pero él ya había cortado la comunicación.

Temblaba. Me puse un jersey. Mis dedos rozaron el bulto del pecho..., me pareció que estaba más duro que ayer. Más grande.

Una tremenda sensación de amargura, mezclada con rabia e impotencia, me invadió. Sabía perfectamente que habría que reconsiderarlo todo, reconstruir la historia desde el principio para comprenderla. Acceder a compartir determinadas responsabilidades en este caos: como mínimo, nuestra indiferencia (en particular, la mía) había abierto el camino a las invenciones de Marguerite. Pese a ello, me sentía traicionada de una forma horrible. Había abusado de mi confianza. Me había engañado fríamente mirándome a los ojos y yo había asumido, garantizado todo lo que estaba bajo mi control durante la etapa de su educación, mientras se hacía mayor y se convertía en una persona autónoma, es decir, todo lo que no dependía del amor, ya que esa parte escapaba a mi voluntad, ¡y esto era lo que recogía como fruto de mis esfuerzos!

Por añadidura, el descubrimiento de esta traición se producía en el momento en que por fin creía haberme liberado. Qué ingenua había sido al pensar, después de nuestra última conversación, que las cuentas estaban saldadas, que todo volvería a estar en orden. Que Marguerite seguiría su

camino por un lado y nosotros el nuestro por otro, que todos saldríamos beneficiados, por separado y en una especie de sosiego.

En lugar de eso, no solo era necesario que ella regresara, sino que yo tendría que afrontar unas preguntas espantosas. ¿Quién era mi hija pequeña? ¿Dónde había estado y qué había hecho durante los diez últimos años? ¿Se trataba de pura mitomanía o más bien de una especie de tapadera para ocultar alguna actividad ilícita? ¿De locura o de manipulación?

¿Cómo podría, si la encontraba, llevarla al lado de Milo como si tal cosa? ¿Cómo podría darle esta noticia a Céleste? ¿Cómo soportaría esta última no haber sido consciente de esta pantalla de humo, haber sido engañada, incluso ella, pese al vínculo que parecía unir las?

¿Qué más debíamos esperar? ¿Qué nueva sorpresa nos aguardaba?

En cuanto a mi visita a Rodolphe, ahora se volvía todavía más urgente. ¿Qué le contaría Marguerite si se presentaba en su casa antes que yo? ¿Perpetuaría las mentiras, las desarrollaría, inventaría otras nuevas?

Posiblemente ya estuviera allí. Era una chica inteligente. Ampliando las fotos se podía distinguir el nombre del pueblo en el coche de bomberos o en las banderolas del campo de fútbol

Ella complicaría más aún las cosas.

En el tren abarrotado, ocupaba un asiento en el sentido inverso al de la marcha. Miré la ciudad mientras se alejaba. Hasta que me senté junto a esa ventanilla, no había podido apartar de mi mente la imagen de Marguerite, pero, a medida que la naturaleza reemplazaba las construcciones, la de Rodolphe iba superponiéndose a la de ella.

Porque ese era el punto al que habíamos llegado: iba a ver de nuevo a Rodolphe.

Iba a volver a verlo y mi papel sería impecable, explicaría que no había tenido otra opción, que era preciso proteger a Marguerite y a Milo. Rodolphe y su mujer no tendrían más remedio que reconocer que hasta ahora yo me había mostrado respetuosa, con un comportamiento que incluso podría calificarse de irreprochable, que me había sacrificado para que al menos una de las dos familias pudiera vivir en paz. Que era justo que, después de casi treinta años, se levantara el secreto: quedaba prescrito, todos podríamos expresarnos sobre el pasado y hacerlo con calma.

Contemplé todas las hipótesis. Llamar por teléfono para acordar una cita parecía demasiado arriesgado: él podía escabullirse en el último momento, y no estaba recorriendo todo ese camino, en todos los sentidos del término, para recibir una negativa.

Enviar una carta o dejársela en el buzón sería igual de incierto. Podría decidir no contestar o hacerlo demasiado tarde, o, peor aún, la carta podría caer en otras manos y terminar hecha trizas en el cubo de la basura.

Iría a llamar a su puerta a la hora del desayuno. Habría que improvisar dependiendo de si abría él o su mujer..., suponía que sus hijos, ya adultos, se habían mudado de casa hacía ya tiempo.

Buenos días, señora, me gustaría hablar con Rodolphe, soy una vieja amiga suya y estoy de paso por la región.

Buenos días, Rodolphe. Soy yo.

Sabría desde el primer momento si Marguerite me había precedido o no.

Leería desde el primer momento en la mirada de Rodolphe una información que, según la que fuera, me partiría el corazón o me llenaría de alegría.

En todos los casos, por supuesto, lo único que habría que esperar era su

ayuda para encontrar a nuestra hija. Habría que liberarse de las decepciones y los remordimientos. Había pasado demasiado tiempo odiándolo y luego esperando verlo cruzar un día el umbral de mi puerta, llamar por sorpresa, decirme que no había dejado de pensar en mí y en Marguerite: hoy, la posibilidad de una vida diferente quedaba atrás.

Sin embargo, simplemente saber si me había amado de verdad, aunque fuera un solo día, un solo minuto... Si alguna vez había pensado en nosotros cuando tenía a su mujer entre los brazos... Si había conservado mi huella como yo la suya... Si se había sentido cobarde, indigno, cuando jugaba con sus hijos a la pelota.

El tren avanzaba, las estaciones se sucedían, el cielo estaba despejado y yo tenía treinta y tres años, el resto no existía, Milo y su accidente, Lino y su alcoholismo, Céleste y sus esperanzas, ni siquiera Marguerite y su mitomanía, no había nada más que el recuerdo de Rodolphe, el calor de la primavera y la humedad entre nosotros, el brillo en sus ojos cuando su mano rozaba la mía al señalar una cubierta o las dimensiones de un falso techo en el plano, y parecía que cada una de sus palabras tuviera un doble sentido.

Después, ese día en que el portón se abrió, la camioneta aparcó en el jardín y un desconocido bajó de ella.

—¿Dónde está Rodolphe? —le pregunté al jefe, esforzándome en disimular mi turbación—. Trabaja muy bien.

—Rodolphe no volverá a venir por aquí. Le han hecho una oferta mejor en otro sitio. ¡Cobran en negro, así que todo son ventajas para ellos! Se van de un día para otro y nos dejan tirados. Si no tuviéramos que soportar tantas cargas, podríamos hacer las cosas de otra manera, pero ¿qué quiere, señora?

¡Todavía gracias que he podido reorganizar mis equipos rápidamente! Pero, no se preocupe, Rodolphe no es irremplazable.

Las contracciones, a ráfagas. Me desplomé, sujetándome el vientre con las manos. Caí sobre las grandes piedras que rodeaban los arriates y los dos hombres acudieron de inmediato en mi auxilio, ajenos a la causa de mis lágrimas.

Todavía lloro casi todos los días. Es algo que sucede en el interior, que no se ve, estoy sola con mi tristeza. Basta un detalle, la forma de caminar de un hombre por la calle, unos ojos verdes, una mancha de nacimiento vista en una mejilla anónima, una camioneta blanca con letras rojas pintadas, RESTAURACIÓN DE TODO TIPO DE CONSTRUCCIONES, la portada de una revista femenina sobre las familias monoparentales o las dobles vidas, o simplemente las efusiones incontroladas de dos enamorados bajo unos soportales. Treinta años no son suficientes para aplacar mis sollozos mudos. Me avergüenza mi emotividad. Me avergüenza haber amado y estremecerme todavía por un hombre que no me ha dado nada, que no hizo sino coger y marcharse. Me avergüenza haber pasado de los sesenta años y depender todavía de mis sensaciones y recuerdos, y me avergüenza pensar que soy demasiado vieja para sentir esta agitación.

¿Habría rechazado estos pensamientos sin la presencia de Marguerite? ¿Habría sido Rodolphe un simple fantasma, un amante ocasional? ¿Habría durado más mi matrimonio, habría tenido otros amantes?

Rodolphe desapareció, Marguerite nació, Jacques me repudió. Este trío me convirtió en una mujer abandonada.

Sin Céleste, sin su amor, su apoyo, su manera de hacerme indispensable y,

por consiguiente, de volverse indispensable ella misma, lo sé, no habría sobrevivido.

Sin Céleste no valgo gran cosa. Esa es la razón por la que hoy, por Céleste y Milo, estoy dispuesta a todo.

Esa noche no pude conciliar el sueño hasta muy tarde. Apenas quince kilómetros me separaban de Rodolphe. Repasaba una y otra vez la escena que había imaginado, él pestañeando: ¿Eres tú, Jeanne? Yo sonreiría: Sí, Rodolphe, soy yo. Llevaría un maquillaje muy leve, lo justo para atenuar las arrugas y perfilar los labios.

Era lo bastante lúcida para saber qué pensaría: Vaya, han pasado los años por la pobre Jeanne, pero, en fin, no se conserva mal para su edad.

¿Y él? ¿Estaría desmejorado por el paso de los años?

En las pocas fotos robadas que guardaba dentro de la libreta, aparecía siempre de frente, en grupo, nunca en primer plano. Tenía el pelo canoso, la cara más ancha. Quizá descubriera una barriga de bebedor de cerveza o una calvicie en la coronilla.

En las pocas fotos robadas que guardaba dentro de la libreta se veía también a la otra mujer, la supuestamente única, en realidad, una mujer con la que uno podría cruzarse en cualquier ciudad y casi cualquier país del mundo. Pechos grandes, caderas anchas, gafas rectangulares, pelo teñido, sonrisa irregular. Cuando aparecía a su lado, siempre tenía la cabeza apoyada en su hombro y una expresión tranquila que significaba: este me pertenece, ya lo creo que sí.

Quizá me enterara de que yo había sido la única excepción o, por el contrario, una entre muchas otras.

Ella aparecería detrás de él y diría: ¿me presentas, cariño?

Pero sabría exactamente quién soy, sería una forma de igualarnos a ambas.

En el desayuno, el propietario de la casa rural me tendió una panera con brioches. No cogí ninguno, no tenía hambre. Me tomé un café y fui a mi habitación a vomitarlo diez minutos más tarde. Bajé a pagar la cuenta, me parecía que el tiempo se estiraba y pasaba más despacio, era una sensación extraña, incomprensible, el deseo de estar ya delante de aquella puerta y el más violento aún de no llegar nunca, le di las gracias al hombre y subí al coche.

Quince kilómetros.

El pueblo se parecía al nuestro, dejando a un lado el estilo típico del sur, unas cuantas casas de piedra y madera, una pequeña iglesia cuyo rectoral había sido transformado en ayuntamiento, una calle principal donde se alineaban una panadería, un bar-estanco y un supermercado, y, a la salida, una urbanización sin alma junto a una pequeña zona comercial.

Aparqué en una esquina y me quedé un rato sentada al volante con el motor apagado. Bajé el parasol y me miré en el espejo.

¿Por qué habías ido hasta allí, Jeanne? O, más bien, ¿por quién?

¿Por Marguerite? ¿Por Milo? ¿Por Céleste?

¿O por ti, solo por ti?

Vamos. Estaba allí por Céleste, porque ella no sobreviviría sin Milo. Estaba allí por Milo, porque un joven médico brasileño decía que, si mi nieto recuperaba a Marguerite, también recuperaría sus facultades. Estaba allí por Marguerite, porque Rodolphe era nuestra única pista.

Ya estaba todo claro: podía ir a llamar a esa puerta, incluso tenía el deber de hacerlo.

Me terminé la botella de agua que estaba desde ayer en el asiento del

copiloto, me di unos toques en el pelo y me puse un poco de colorete en los pómulos para disimular mi palidez. Anduve sabe Dios cómo hasta la verja de hierro forjado, accioné la manilla y solo Dios sabe por qué la puerta no estaba cerrada con llave. El jardín era bonito, estaba cuidado: césped verde, flores de diferentes colores, gravilla de una blancura deslumbrante.

Avancé hasta la casa, pulsé el timbre, vamos, Jeanne, no dejes traslucir nada, adopta una actitud desenvuelta, hazlo bien, no olvides que «estás cumpliendo con tu deber», la puerta se abrió, apareció él, más alto que en mi recuerdo, de espaldas más anchas también, llevaba un paño de cocina sobre el hombro y una taza en la mano, preguntó: ¿qué desea?

Intenté responderle, puesto que a todas luces no me reconocía, pero estaba conmocionada, petrificada por la emoción, petrificada por lo que veía... o más bien por lo que no veía, pero, como permanecía callada, él añadió: ¿Puedo ayudarla en algo?

Estaba a menos de un metro de mí y no me reconocía. Murmuré: Soy Jeanne, Jeanne Polge, él frunció el entrecejo, se quedó pensativo, Jeanne Polge, ¡ah, sí, Polge, cuánto tiempo, quién iba a decírmelo! Y lo más increíble es que no parecía más impresionado que si volviera a ver a una antigua pareja de bridge, digamos un poco incómodo, como mucho, inquieto, mientras que yo a duras penas conseguía articular: Perdona, Rodolphe, pero ¿qué ha pasado con tu mancha de nacimiento? ¿Te la has quitado?

—¿De qué me hablas? —replicó—. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Qué mancha? No entiendo, ¿pasa algo?

Sí, a mí me pasaba algo. Estaba cargada de electricidad, tenía la garganta seca y las sienes húmedas, me sentía al borde de la muerte, ¡Pues la mancha en forma de cruz de tu mejilla, Rodolphe, aquella maldita mancha en forma de cruz! Mi rudeza —o tal vez mi exasperación— lo sobresaltó, frunció el ceño, seguía pensando, lo más terrible es que parecía sincero, que ponía toda

su buena voluntad, que intentaba averiguar a qué me refería, y de repente se tocó la cara, chasqueó los dedos, Ah, sí, claro, la mancha en forma de cruz, ya sé a lo que te refieres, pero no era ninguna mancha de nacimiento, Jeanne, era una cicatriz, la marca de una quemadura, coloqué mal el soplete y fíjate, una herida muy fea, la marca tardó años en desaparecer, hace ya unos veinte años, pero la verdad es que ya ni me acordaba de ella.

Una cicatriz. Una herida muy fea.

—Pero todavía no me has dicho qué haces aquí. No habrás venido a hablar de una antigua herida, supongo.

Un fuerte calambre en el vientre me obligó a sujetármelo con los brazos, doblada de dolor por la cintura. Su expresión se ensombreció.

Sí, Rodolphe, exacto: he venido a hablar de una «antigua herida».

—A ver, hace... ¿cuánto? ¿Veinticinco años? —calculó.

—Más, Rodolphe. Quería saber si has recibido una visita recientemente.

—No, ninguna. Mira, es una suerte que mi mujer se haya ido ya, trabaja como voluntaria en una asociación, visita a personas con problemas. Para serte franco, no le va a beneficiar a nadie que te encuentre aquí. Nunca le conté nada, así que ¿por qué vamos a remover el pasado a nuestra edad?

Qué difícil era.

—¿Por qué? ¿Porque estaba embarazada, Rodolphe!

—Sí, ya, gracias, lo recuerdo —replicó sin pestañear—, de hecho, por eso me sentía tan incómodo entonces, aunque estaba claro que no era mío. Creo que se trataba de algo aún peor, no podía soportar cruzarme con tu marido. Aquella oferta de trabajo llegó en el momento oportuno. Fue lo mejor para todos, ¿no? —Dio un paso adelante, súbitamente preocupado—. Oye... ¿no irás a decirme que soy el padre de ese niño?

—No sé... Sí... En realidad, ya no estoy segura.

—Pues claro que lo estás. Usábamos protección. Yo iba con cuidado.

Mucho. ¿Qué andas buscando, Jeanne? ¿Dinero? Yo no puedo ser el padre de ese niño. ¿Qué quieres, una prueba de paternidad? ¡Mierda, no me lo puedo creer!

Ser aplastada por un alud y seguir viva.

—Concédeme unos minutos —susurré, sin saber cómo conseguía emitir el menor sonido—. No estaré mucho tiempo, te lo prometo.

Él sacudió la cabeza con cara de consternación.

El calambre no remitía, estaba sudando.

Me indicó que entrara.

Marguerite

Tengo frío. La temperatura ha bajado, llueve. Faltan dos días para que me ingresen el subsidio. Me compraré un jersey, fino para que no ocupe mucho sitio, pero cien por cien de lana para que abrigue, si no, será tirar el dinero. Hasta entonces, lo mejor es andar, el máximo tiempo y lo más deprisa posible, evitando resbalar en los adoquines mojados. Debes dar la impresión de que tienes prisa, si no, por la noche los lobos huelen la fragilidad. La estación abre a las cuatro y media y uno puede refugiarse allí.

Estoy cansada. Hace mucho que no he dormido, o si lo he hecho, ha sido muy poco o muy mal. Llevo varios días sin trabajar, para hacerlo hay que sonreír, y yo ya no soy capaz: no tengo dinero para pagar el hotel.

Podría entrar en un bar, sentarme a la barra, inclinar la cabeza, suspirar y esperar a que un hombre se acerque, me ofrezca ayuda, su amistad, su cama. O bien responder a una mirada, un guiño, una invitación hecha en la calle.

Eh, guapa, me dice el empleado municipal de limpieza antes de descender a las alcantarillas, el conductor que arranca el autobús, el albañil subido en el andamio, el mensajero en su moto, el ejecutivo que fuma en la acera y se toma una cerveza con sus compañeros de trabajo.

Eso siempre funciona. A veces, hasta consigo arreglármelas para no

acostarme con ellos. Les hago creer que tienen algo que conquistar, gano tiempo y desaparezco temprano cuando están en el cuarto de baño o preparando un café.

Ya no tengo ganas. Estoy cansada de mentir a esos hombres, a mis seres queridos, en especial a Milo. A mí.

Estoy cansada de vivir. No es algo nuevo, pero ahora sé a qué se debe. He esperado mucho tiempo a que ella lo reconociera, con frecuencia la he provocado, pero ella se escabullía y a mí ya me iba bien, porque en el fondo, muy en el fondo de mí misma, todavía confiaba en que me sorprendería, en que me demostraría que se trataba de una interpretación errónea por mi parte: por supuesto que me quería, de una manera diferente que a Céleste, pero me quería, una madre no puede hacer otra cosa, no es algo que dependa de ella, está unido a la función, está grabado, programado, ¡lo desee o no, una madre quiere a sus hijos! En cuanto a su tendencia a postergar constantemente cómo afrontar la cuestión, a cambiar de tema, a irse por la tangente desde hacía años, ¿no tenía como objetivo, en una forma de amor inconsciente, evitar herirme?

La hipótesis era poco realista, pero al menos durante un tiempo me tranquilizaba, así que me conformaba con ella.

En casa de Jeanne solo había una foto mía. Una tomada durante unas vacaciones en la playa y que le regaló Céleste, escondida detrás de una planta sobre el taquillón de la entrada. Nunca me había fijado en ella hasta la última noche que estuve allí, cuando me presenté en su casa.

El paso que dio hacia atrás al abrir la puerta. Esa mirada terrible recorriéndome de pies a cabeza, clavándose en mis zapatos sucios.

Que yo recuerde, nunca he sido bien recibida en casa de mi madre.

Siempre he sido un peso, un estorbo, una molestia un poco vergonzosa. He fingido no darme cuenta, no sufrir por ese motivo. He ocultado mi tristeza, por orgullo o por desesperación, he dado marcha atrás y he aceptado sus reglas. Hasta esa noche, cuando la presioné y me impuse. No es que fuera particularmente valiente, solo es que no tenía otra opción. Quería cerrar el caso, acabar con las falsas excusas y, sin duda, conmigo misma. Pero, por primera vez, en lugar de la guerra abierta que me esperaba, vi en el rostro de mi madre una expresión de alivio.

Me ofreció una copa y me advirtió:

—Marguerite, voy a ser franca contigo, podría seguir cultivando la ignorancia y mantener la versión oficial, hacerlo tenía sus ventajas, pero las circunstancias y tu insistencia han decidido otra cosa. Te resultará doloroso oír lo que voy a decirte, pero nos ayudará a las dos.

Tenía razón: resulta en cierto modo liberador enterarte de tu propia maldición. Me ha hecho un favor inestimable: puedo enfrentarme a mi locura, puesto que comprendo sus raíces. Procedo de una indecisión, de un error, procedo de la suma de las decepciones.

Una cosa es haber sido no deseada y otra muy distinta ser un fardo.

Mientras me tendía la libreta, me hablaba del sur y de búsquedas interrumpidas, intentaba dominar el temblor de su voz, pero yo podía leer en sus ojos febriles la violencia de una revancha, Toma, cógelo, y da igual si a quien apunto es al otro, si eres tú quien salta por los aires, alguien debe pagar por el daño que me hizo.

Leí las anotaciones con aplicación. En las fotos, el hombre tenía un aire jovial, feliz. Siempre es más fácil olvidar lo que no se tiene delante de las

narices. Él se beneficiaba de esa ventaja sobre mi madre, y ella, de esa circunstancia atenuante.

Jeanne había escrito con rotulador rojo en la parte inferior de una página: dos hijos, Léo y Coralie.

Depositó la libreta en la consigna con el resto de mis cosas. Podría haber indagado y encontrado la dirección de mi progenitor, subir a un tren, llamar a su puerta, pedirle cuentas, destruir con una frase a su pequeña y encantadora familia. Supongo, incluso, que Jeanne contaba con eso. Equivocadamente: no pensaba ser el instrumento de su venganza. Sabía de sobra a lo que me expondría, encarnaría una vez más a la aguafiestas, me recibirían como a una catástrofe que se creía haber evitado, una enfermedad contra la que se pensaba estar inmunizado. El hombre y su esposa discutirían por mi causa, sus hijos me detestarían, me mirarían como a una intrigante, una ladrona, y daba igual si yo era la única en esta historia a quien le habían robado algo..., mi vida, en resumidas cuentas.

De qué serviría.

Y, además, ¿qué le habría contado de mí a ese hombre? ¿Habría tenido que seguir mintiendo?

Me ahogo. Mis mentiras me matan.

Intento en vano determinar cuándo empezó esto. Habría que remontarse a mi noche de los tiempos. A las noches de mi infancia.

Tú, Milo, eres el único a quien no le he mentado nunca abiertamente. Tampoco te he dicho la verdad, es cierto, me las he arreglado para soslayarla, pero ahora creo que tú la sabías. Si no, ¿por qué ibas a tener el detalle de no ponerme nunca en un aprieto, de no preguntarme nunca sobre los temas sospechosos?

Tú escuchabas cuando yo respondía a las preguntas de tus padres, cuando les hablaba de mis viajes. No intervenías nunca y, llegado el caso, te

escabullías. Siempre has actuado de manera que pudiese mirarte a los ojos. Nosotros conversábamos, y jugábamos, en otros terrenos.

No tenía que ganarme tu amor, tu estima: me lo habías dado todo desde el principio.

Pero para los demás, Milo, compréndelo: la mentira era la única salida. Disimular la abyección de Lino, paliar la ausencia de un presunto padre, conseguir un poco de interés por parte de mi madre, descargar a Céleste de sus responsabilidades. No encontré otra manera de sobrevivir. No calculé nada, no construí ningún razonamiento. Empecé a magnificar los acontecimientos esperando darme importancia, lo demás vino después, tomó forma.

Se convirtió en una segunda naturaleza. Improvisaba según las exigencias, sobre la marcha. A menudo me he sorprendido creyéndome mis propias invenciones. Ya no distinguía lo que era real de lo que no, quizá porque la idea de la mitomanía o de una usurpación se estaba volviendo insoportable. Sin embargo, sabía que la escalada tendría un fin, que forzosamente un día todo explotaría, puesto que no existía puerta de salida, puesto que había cruzado las últimas fronteras.

Un día u otro, la máquina tenía que dejar de funcionar y yo iba a acabar estrellándome contra el suelo, era inevitable.

Pero te caíste, Milo.

Te caíste y, con ello, todo se precipitó hasta destrozarme el corazón y la cabeza. La huida se volvió imposible. Un callejón sin salida y el revólver en la sien.

Lo más duro fue mentirle una vez más a Céleste, hacerlo cuando aún no sabíamos si podrías volver a levantarte algún día, era muy difícil, pero ella no se encontraba en condiciones de escuchar la verdad, ni yo de asumirla.

Y, más tarde, mentirle a Gustavo para reforzar la estructura. El primer

hombre que me ha mirado de un modo distinto, con ese punto en común contigo, Milo, esa manera de no juzgar que te caracteriza. El primer hombre con el que he deseado despertarme, no del sueño de una noche, sino de una larga pesadilla de veintiocho años. En otra vida los tres podríamos haber formado un bonito trío.

En lugar de eso, he destruido todo lo que amaba. He jugado a ser equilibrista sin red, pero has sido tú, mi adorado hombrecito, el que te has roto sobre el asfalto.

Ya no hay ninguna confusión, sé exactamente quién soy: una concha vacía..., excepto de amargura.

El cielo se ha aclarado, la lluvia ha cesado. En el otro extremo de la ciudad, las puertas de la estación se han abierto, pero no iré hasta allí. No iré tampoco a consultar los anuncios de empleos de camarera, dependienta o recepcionista, no ofreceré mis servicios para repartir los folletos de promoción de un fast-food o muestras de productos de limpieza por las calles peatonales.

He decidido contárselo todo a Céleste..., al menos lo que aún no sabe. No sé todavía cómo me las arreglaré para hacerlo. Antes tendré que encontrar la manera de ver a Milo. Deseo abrazarlo, decirle cuánto lo quiero, pedirle perdón por haberlo llevado a esa carretera y darle las gracias por los instantes de alegría, de olvido, de paz.

Cuando estábamos tumbados uno junto al otro en plena noche, al fondo del jardín, después de habernos escapado sigilosamente, y nos inventábamos galaxias.

Cuando nos acurrucábamos el uno contra el otro las noches de tormenta

porque compartíamos en secreto los mismos miedos a los relámpagos y al granizo.

Cuando leíamos un libro entre los dos, él la página de la izquierda y yo la de la derecha, primero volúmenes ilustrados, luego novelas cada vez más largas.

Cuando recitábamos, alternándonos, extravagantes versos de Alphonse Allais, Jacques Prévert o Raymond Queneau..., y aquella sorpresa, el día de mi cumpleaños, ¿cómo había descubierto solo, a los doce años, esa poesía de Supervielle?

Cuando se pasaba semanas pensando en la manera de repartir equitativamente el agua del Himalaya entre la China, el Tíbet, la India y Pakistán, o cuando proponía fundar el Partido del Bien Común (con la sugerencia de que yo fuese su portavoz).

Cuando me decía que yo era un sol, mientras que en realidad era él quien iluminaba mi vida.

Cuando seguía con el dedo el contorno de la cruz en mi mejilla y murmuraba: están todos equivocados, no es una cruz, sino el signo más, porque tú eres más que todo.

La verdad es que soy menos que nada, pero quiero que sepa que con él nunca he hecho trampas.

Juramos que estaríamos siempre ahí el uno para el otro. De uno u otro modo, mantendré mi promesa mientras se recupera.

El tiempo del perdón

Lino

El parabrisas grasiento y sucio, la copiosa lluvia, mis dedos crispados sobre el volante, devoraba la carretera casi desierta desde hacía kilómetros, en realidad, desde la conexión con la autopista. A aquella hora todo el mundo había vuelto a casa, derrengado después de la jornada laboral. Salvo quienes hubieran permanecido anquilosados por la holganza desde el despertar: allí se trabajaba demasiado o nada en absoluto.

Miraba la carretera, pero en realidad veía a mi padre: cuando, a la vuelta de la fábrica, se sentaba o más bien se desplomaba en el borde de la cama. Se quitaba los zapatos, hacía muecas de dolor, todo se había vuelto sensible, la piel, los huesos, las articulaciones machacadas a fuerza de repetir los mismos gestos. Se tumbaba, cerraba lentamente los ojos abrasados y esperaba a que mi madre llamara: ¡a cenar!

Nosotros íbamos corriendo hasta la mesa como una bandada de ruiseñores hambrientos, él acudía arrastrando los pies, extenuado, empezaba por apurar de un trago una copa de aguardiente y exhalaba un suspiro cavernoso.

Después de su muerte, mi madre no volvió a llamarnos para cenar. Habíamos dejado de sentarnos a la misma hora alrededor de la misma mesa. Cada uno cogía por su cuenta algo de la cazuela o del frigorífico en cualquier

momento del día. Mamá se pasaba días enteros sentada en una silla de formica roja delante de la cocina. A veces, sin que ninguno de nosotros le hubiera dirigido la palabra, se ponía a gritar: ¿No veis que no puedo más? ¡Dejadme en paz!

Tuvieron que pasar dos o tres años para que recuperase un poco la calma. Entretanto, nosotros nos las arreglamos cada uno a su manera para crecer.

Le he dejado una nota a Céleste. No he tenido valor para hablar con ella, aunque, de todas formas, creo que no me habría escuchado. Jeanne se encargará de anunciar el nefasto resultado de nuestras indagaciones. Yo me he limitado a informarla de que iba a ausentarme dos o tres días para ir al norte. Ella sabrá lo que significa eso. Quizá se alegre..., ojalá.

¿Cuántas veces me suplicó que me reconciliara con mi familia?

Yo me negaba, me resistía, argumentaba que mi propia madre me había rechazado. Céleste la defendía y consideraba que yo había cometido una falta grave con el asunto de la boda.

—La trataste como a alguien inferior y se sintió herida.

—¿Fue Jeanne quien se negó a que mi madre se sentara a su mesa, no yo!

—Pero tú aceptaste. ¿Por qué?

Habría podido replicar que ella también se había mostrado de acuerdo en el momento de tomar la decisión, que las fuerzas enfrentadas eran terriblemente desiguales, dos Polge contra un Russo. Pero ella planteaba la verdadera cuestión: ¿por qué?

¿Por qué? ¿Para qué había sacrificado a mi propia familia? No había vacilado en humillarla, cuando precisamente ese sentimiento había matado a mi padre. Había reproducido lo que odiaba. Solo tenía una idea en la cabeza:

salvarme yo. Ser «alguien». Ser «diferente». Dejar de pertenecer a esa estirpe, a esa historia, escapar de ella a cualquier precio.

Controlar mi vida y ascender a la cima.

No morir.

¿Qué pensará Céleste cuando se entere de las fabulaciones de Marguerite?

¿Su hermana nos mentía también para no morir?

Los árboles inclinados hacia la carretera me traen su imagen, encaramada en una gruesa rama, con las largas piernas a uno y otro lado, diecisiete años, moviendo los brazos como alas para hacer reír a Milo, tumbado sobre la hierba, con el cuerpecito retorciéndose de alegría. Céleste ha puesto una mano sobre su vientre, ella también ríe, pero de pronto la mirada de Marguerite se cruza con la mía mientras me acerco al árbol, deslumbramiento del sol, su cuerpo oscila, sus dedos se agarran a la desesperada al escaso follaje, cae, su tobillo forma un ángulo raro.

—¡Margue! ¡Lino! —grita Céleste, alarmada.

Milo se echa a llorar, yo no pienso en el tobillo, en la pierna, en el cuerpo de Marguerite, solo en que esa maldita chica va a ocupar una vez más el espacio, el centro, pienso que me gustaría deshacerme de ella, de Jeanne, pienso que me gustaría que nos fuéramos, Céleste, Milo y yo, a la otra punta del mundo, me gustaría que de repente no existiera el pasado para ninguno de nosotros, solo un futuro virgen.

Céleste estaba todavía de permiso por maternidad. Inmediatamente le propuso a Marguerite que se instalara en nuestra casa después del fin de semana, era un buen esguince del ligamento lateral, de ninguna manera podía

apoyar el pie en el suelo durante dos o tres semanas, sería más sencillo para todo el mundo y, sobre todo, para Jeanne, que todavía trabajaba.

¿Se trataba de una especie de presciencia por su parte?

Tuve que llevar a Marguerite a la cama todas las noches. En mis brazos, dejaba flotar la cabeza como un cadáver, pero era yo quien moría.

Me acerco a las luces de la ciudad. ¿Iluminarán mi ignominia?

Rechazar la fatalidad, la impotencia, demostrarse que uno todavía está vivo: no buscaba otra cosa. Creía que me defendía. Creía que controlaba. En cuestión de control, más de cuarenta años de un lento patinazo.

«¿Marguerite Polge? No, esa chica no se presentó aquel año a los exámenes y después no vuelve a aparecer en nuestros registros.»

Yo puse en marcha el engranaje. Fue mi dedo el que pulsó el interruptor, no la acción de los demás, ni el azar.

Milo se cayó porque Marguerite lo convenció de que echaran una carrera. Lo hizo porque no podía ayudarlo a repasar historia. Y no podía porque había mentido sobre sus estudios.

Mentir y engañar para demostrarse a uno mismo que está vivo.

Mentirse y engañarse creyendo que uno es poderoso.

Yo soy el culpable desde el principio. La lista de mis víctimas es larga y, esta noche, tengo la impudicia de incluirme en ella.

Dentro de un cuarto de hora habré llegado.

Levanto el pie del acelerador, es aquí y no en ningún otro sitio donde debo estar, lo sé, pero no estoy seguro de estar preparado. Estoy temblando.

Cuando Milo tenía ocho o nueve años, una mañana, con los brazos

cruzados y el entrecejo fruncido, reclamó con solemnidad conocer a su familia paterna.

Céleste lo apoyó.

—¿Qué estamos enseñándole a nuestro hijo, Lino? ¿Que puede uno cortar para siempre con sus orígenes por una distribución de comensales en las mesas y un exceso de orgullo?

—No iré a ver a mi madre, no se trata de una cuestión de distribución de comensales. Una madre debe perdonar a su hijo, comprenderlo todo, amar sin condiciones de ningún tipo. Pero mi madre me desterró, no intentó comprenderme nunca, no aceptó que quisiera salir adelante.

Estaba henchido de orgullo, de ego, de acritud.

Estaba henchido de miedo.

—¿Y ella? —replicó Céleste—. ¿Acaso ella ha salido adelante?

No me lo he preguntado hasta ahora al recorrer esta carretera húmeda. ¿Cómo pudo superar mi madre el pesar y las traiciones? Abandonada primero por su marido y después por su hijo. Éramos dos los que llevábamos el peso del secreto, pero la dejé sola frente al resto del mundo. ¿Cómo ha sobrevivido durante todos estos años? ¿De dónde ha sacado las fuerzas para retomar las riendas de su vida? Nunca me he preocupado por eso. No tengo ni la menor idea. Me construí un planeta estanco del que solo salía para reabastecerme, sin mirarla ni preguntarle.

Estudiar, trabajar, huir.

A los diez años era lógico. A los quince, mucho menos. A los dentro de poco cincuenta, es tarde para los lamentos.

Durante nuestro último cara a cara, cuando me reprochó que me hubiera convertido en un extraño, a decir verdad, me alegré en mi interior. Estaba

contento de ser un extraño para lo que yo consideraba una caterva de esclavos desprovistos de ambición, unos paletos horrorosamente vestidos, incapaces de leer nada que no fuera la programación de la tele o las páginas de deportes y sucesos del periódico local. Chicas gordas con vestidos floreados, chicos con el pelo demasiado corto o demasiado largo, con chándales demasiado cortos o demasiado largos, comprados directamente de fábrica.

Ha sido necesario que mi hijo se rompa para que salten en pedazos las apariencias.

Soy el número uno de los paletos. El peor. Un maldito gilipollas disfrazado de buen tío con un traje elegante a modo de armadura. Juzgando a diestro y siniestro y destrozando lo que le rodea.

¿Dejó de escribirme mi madre por falta de interés o por orgullo?

¿Optó por desaparecer de la vida de Milo para evitarle que la viera como esa mujer de la que uno se avergüenza?

¿O simplemente había sido la primera en comprender lo débil que era yo, lo equivocado que estaba? Nunca poseemos nada. Y, desde luego, no el amor.

No he telefoneado para avisar de mi llegada. Seguro que piensa que es por suficiencia, porque considero que no merece la pena preocuparme por sus horarios o su disponibilidad pues doy por supuesto que no sabe en qué ocupar el día, y menos aún a su edad.

La verdad es que tengo miedo de que se niegue a que vaya a visitarla.

Me gustaría que me estrechara contra su pecho, me tranquilizara, me dijera, hijo mío, mi niño, tú no quisiste hacer daño a nadie, hiciste lo que pudiste con las cartas que le vida te había repartido, no te sientas culpable, con diez años no era fácil.

Me gustaría que me demostrara que no soy un cabrón.

Voy hacia ti, mamá, porque tú y yo somos los únicos testigos del drama original.

Voy hacia ti, mamá, porque solo tú puedes salvarme.

Nada parece haber cambiado desde que me marché. Las casas estrechas, todas idénticas, están alineadas a la manera de un juego de construcción, lo que refuerza la sensación de inmovilismo. Como mucho, las aceras se han hundido debido a las embestidas continuas del mal tiempo y la hiedra ha invadido unos metros de fachada.

Oigo las risas de nuestra infancia, el ruido de las cajas de jabón sobre el adoquinado, los sonidos del carnaval, la pugna de las radios a la hora de la comida.

Oigo el silencio posterior a la muerte de mi padre. Siento las miradas huidizas y llenas de conmiseración de los vecinos, la mano de la panadera en el hombro, leo la anotación «Continúa esforzándote» en el dictado, acompañada de un punto suplementario totalmente inmerecido.

Al otro lado de la puerta, unos pies se arrastran. ¿Seguía llevando aquellas pantuflas de felpa gastadas?

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca, aunque no la suya. Reconocí el timbre particular de Simona.

—Lino.

La puerta se abrió y apareció mi hermana. Nos quedamos cara a cara varios segundos, mirándonos, tan sorprendidos el uno como el otro no solo por la situación, sino también porque habíamos envejecido, porque debíamos

conectar nuestros recuerdos con el ser que teníamos ante los ojos, en concreto a una Simona de pelo corto, rubio platino, sin el maquillaje del que en otros tiempos abusaba, con una cuchara de madera en la mano y un delantal blanco atado alrededor de unas caderas ensanchadas. En cuanto a mí...

—No tienes buen aspecto —dijo ella, recelosa.

Se apartó para dejarme pasar. Yo era consciente de mi lamentable estado, en los últimos días mis mejillas se habían hundido más, mis ojeras se habían oscurecido y mi piel estaba más amarillenta, mis arrugas habían aumentado y mi pelo canoso formaba unos remolinos desordenados en la coronilla.

Olfateó mientras cogía mi abrigo.

—Has bebido, ¿verdad?

No desde hace varios días, pero el olor del alcohol permanece adherido a la piel mucho tiempo, Simona, lo sabes tan bien como yo. Ese tufo que se mete en la nariz y asquea, que impregna y permanece, da igual el tiempo que esté uno en la ducha, saldrá de ella sucio.

—Más o menos. ¿Dónde está mamá? ¿Qué haces aquí?

—Mamá está en su habitación. Y estoy aquí porque es jueves y los jueves me toca a mí.

Entró delante de mí en la cocina, encima de la mesa había un montón de papeles: partes de asistencia médica, comunicaciones de la administración, cartas con membrete de laboratorios...

—Simona...

—Tuvo un ictus en agosto. Salió del hospital hace dos semanas, no está bien, pero hemos podido optar por la atención domiciliaria, algo es algo. Le han quedado secuelas, porque tuvo una porquería de esas, un hematoma en el cerebro. No habla y todavía le cuesta mucho desplazarse, pese a la rehabilitación. Un golpe duro, ya ves. —Se volvió—. Lino, no, ya te veo venir con tus reproches, intentamos llamarte, pero debías de estar de

vacaciones o has cambiado de número, y ninguno de nosotros tiene tu móvil, así que no podíamos localizarte, acabamos por desistir, ponte en nuestro lugar, pero ya ves que nos las apañamos muy bien sin ti, hacemos turnos de guardia de lunes a sábado y el domingo nos reunimos todos para acompañarla, los hijos y los nietos. Va tirando.

A veces, las palabras que se agolpan son tantas que provocan entre los labios un embotellamiento imposible de contener.

A veces, la confusión es tal que nos volvemos incapaces de identificar la naturaleza de los sentimientos que nos habitan.

A veces, la vida parece agarrarnos por el cuello y estamparnos contra un muro de hormigón..., en el caso de que los mensajes enviados antes no hayan sido perfectamente asimilados.

Simona llenó una botella de agua del grifo y sirvió dos vasos.

—Entonces has venido por casualidad...

—La casualidad no existe. Solo hay causas y consecuencias.

—No estoy segura de entenderte. Será mejor que te sientes, estás más blanco que mi delantal.

La sensación de que la caja torácica se cierra sobre sí misma aprisionando esas dos palabras, «mamá», «Milo», dos pájaros extraviados, aletazos y sangre derramada, cráneos abiertos.

—Es el accidente... Todo está en todo, Simona.

Mi hermana se acercó, su frialdad había desaparecido súbitamente, todo lo que pensaba acababa de esfumarse, ese hermano antes altivo, distante, poderoso, se había convertido en una silueta imprecisa que amenazaba con derrumbarse, un ser débil, confuso y presa del pánico.

La rueda había girado, y no en el buen sentido, ella percibía eso, aunque ignoraba de qué manera, aunque ignoraba que yo lo había destruido todo, a

mi hijo, a mi mujer, a Marguerite, aunque ignoraba que jamás —Jeanne tenía toda la razón—, jamás debería haber recogido la bufanda de Céleste.

—Siéntate —ordenó—. Dime qué ha pasado.

Esto es lo que ha pasado, Simona: papá murió.

—Estoy al corriente, gracias.

—Yo quería hacer las cosas bien. Quería hacerlas mejor. Quería romper el círculo, mierda, papá no murió de ninguna enfermedad, esa es la explicación, ese es el fundamento, hice las cosas lo mejor que pude para soportar esa idea, pero estaba solo, solo con mamá, ¡con diez años! Siento decirte esto de una forma tan brutal, Simona, pero resulta que la máquina infernal se puso en marcha aquel día, lentamente, sus mandíbulas se han ido abriendo a lo largo de más de treinta años y se cierran ahora, justo ahora, a ver quién lo entiende, cuando he llegado a la edad fatídica, la que él tenía cuando se suicidó, porque esa es la clave, Simona, nuestro padre se quitó de en medio, se rindió, esa historia del alcohol, del hígado enfermo, de la asfixia, era para proteger a mamá, para protegeros a vosotros, papá puso fin a su vida y, desde entonces, yo luché para no poner fin a la mía, para crecer, subir, no dejar nada atrás, no ceder. Y mira qué resultado: no solo os sacrifiqué a vosotros, sino que mi hijo, Milo, mi hombrecito, duerme, igual que nuestra madre, en una cama de hospital, mi familia está hecha trizas, así que, si quieres saber por qué he venido, ha sido para pedirle perdón a mamá, para pedíroslo a todos vosotros, y también para tratar de perdonarle a ese dichoso padre este dolor indeleble y, quién sabe, llegar a salvar lo que aún puede mantenerse en pie en mi existencia, créeme, Simona, lo siento si te hago daño imponiéndote ahora la verdad sobre nuestra historia, pero, simplemente, ya no veo la manera de evitarlo.

Ella me escuchaba, su expresión afligida era una mezcla de compasión e incomodidad, su mirada recorría la cocina como si buscara una inspiración, una palabra. Soltó un suspiro desencantado.

—Pobre Lino, no me haces ningún daño, con eso no, desde luego. Hace mucho que conocemos esa «verdad» y que elaboramos nuestros propios antídotos. ¿Qué crees, que mamá iba a guardar ese secreto más de treinta años, que iba a dejarnos en la ignorancia?

Eres como un astronauta, Lino, te marchaste del planeta, te pusiste en órbita, pero nosotros, aquí abajo, siempre hemos tenido los pies metidos en el fango. Un día, Carlo volvió de la fábrica con una mirada rara, acababa de cumplir los diecinueve, trabajábamos todos allí desde hacía años, salvo Nelly, que había encontrado poco antes un empleo en una tienda..., una zapatería, por supuesto, pero dejémoslo. Carlo estaba realmente muy raro, se fue directo a su cuarto, cerró la puerta con pestillo y se negó a abrirle a mamá, y entonces ella nos llamó. Yo estaba todavía en casa, Nelly vivía con Fabrice, Mario había alquilado un pisito a dos calles de aquí, todo el mundo comprendió que era importante, todo el mundo acudió, Mario echó abajo la puerta de la habitación y, créeme, no era un espectáculo agradable ver a Carlo con espuma en las comisuras de los labios, tendido en el suelo, junto a las cervezas vacías y la caja de Lexomil. El jefe de equipo lo había tratado como una mierda por enésima vez y al final le había soltado: Muérete como tu padre, así descansaremos.

—Oh, Simona...

—Mamá se puso a gritar, a llorar, lágrimas de rabia, un mar de lágrimas, zarandéo a Carlo, esos cabrones no se llevarán a mi hijo, gritó, ya lo hicieron con vuestro padre, ¡ya está bien!

Así fue como nos enteramos. Lo contó todo, o más bien lo soltó, el suicidio de papá, su sentimiento de culpa al vernos a todos, excepto a ti, fichar en esa

fábrica, y culpable de qué, me pregunto yo, puesto que no teníamos posibilidades, ni ella ni nosotros, de escapar de esa maldita fábrica, tendríamos que habernos mudado a otro lugar, pero ¿para ir adónde?, ¿y con qué dinero?

Era nuestra vida, punto, ya era demasiado tarde para volver atrás, para encontrar motivación como tú para los estudios. A ese tema le dimos vueltas muy a menudo, ¿cómo es que Lino es tan serio y prefiere meterse a estudiar en la biblioteca en vez de ir a jugar a la máquina del millón? Tenía ciertas ventajas ser huérfanos mientras la explicación de ello era la enfermedad: ¡éramos libres como el aire, así que aprovechábamos esto para hacer diabluras!

Y tú salías de casa al amanecer con tu cartera deformada por el peso de los libros.

El despertar fue difícil para nosotros. Aunque quizá menos que a los diez años, vete tú a saber. Digamos que no tuvimos acceso en el mismo momento al mismo nivel de información. Pero ¿sabes qué? Cuando nos enteramos de aquello, nos rebelamos, nos apoyamos mutuamente, recopilamos testimonios, acumulamos pruebas. Mario y yo fuimos a hablar con los delegados de los trabajadores, la época en que podían pisotearte tan fácilmente había pasado, ya no estábamos en los años sesenta, aún no teníamos la ley sobre el acoso, pero los sindicatos eran muy poderosos y conseguimos que echaran a ese hijo de puta, sin indemnización, ni un céntimo, sí, se largó él, la mitad de la fábrica nos apoyaba, si hubieras visto aquello, el día que nos enteramos nos pusimos a bailar como locos en la calle, todo el barrio estaba allí, habíamos vengado a papá. No hay mal que por bien no venga.

—¿Por qué no me enteré?... ¿Por qué nadie me dijo nada?...

Ella subió el tono.

—¿Es una broma, Lino? Nunca estabas aquí. ¿Cuándo íbamos a hablar de

esto? ¿Acaso te interesabas por nosotros? Las escasas ocasiones en que nos visitaste antes de casarte eran de visto y no visto, el tiempo justo de resolver problemas prácticos. Telefoneabas a mamá y empezabas la conversación advirtiéndola: «No voy a poder hablar mucho rato». Habría hecho falta que dedicaras tiempo a sentarte con nosotros, pero eso no se te daba bien. ¿Sabes qué sentimos el día de tu boda? ¿Y cuando nos enviaste regalos? Además, dime: ¿por qué nunca molestaste en hablar con nosotros de un adulto a otro, si te creías el único depositario del famoso secreto? ¿Pensabas que nos protegías? ¿O nos considerabas demasiado idiotas para comprenderlo? Vamos, Lino...

—Creí que hacía bien.

—Ya, pues el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Mi teléfono vibró; era un SMS de Jeanne.

«Marguerite ilocalizable.»

Simona había recuperado la calma.

—No hablemos más. Ha quedado atrás. Dime qué le ha pasado a tu hijo. Los niños son lo único que cuenta.

—Estaba echando una carrera en bicicleta y se cayó, Simona. Si lo vieras...

Una caída que lo ha precipitado todo. Un tornado que deja tras de sí una tierra arrasada. Quién sabe lo que todavía puede crecer en ella. Traumatismo craneal grave, rehabilitación difícil, comunicación casi inexistente. Drama, caos, tragedia.

—Lo siento por él y por vosotros. Dime si puedo ayudarte en algo.

—Déjame ver a mamá, por favor.

—No necesitas mi permiso, ¿o sí?

La puerta al final del pasillo estaba entreabierta. Distinguía cajas con el nombre del hospital vecino. Compresas, tubos, bolsas con sustancias para administrar con gotero, frascos de todas clases. Me lavé las manos y me quité los zapatos antes de entrar en el dormitorio.

Mi madre tenía la cara vuelta hacia la pared. Sus hombros desnudos, recorridos por unas venas azules y dilatadas, emergían de la sábana blanca, su nuca al aire me pareció increíblemente frágil, como preparada para que la partieran, mientras que su pelo corto formaba una delicada corona de rizos blancos sombreados de gris alrededor de la frente.

Me acerqué, ella emitía un silbido discreto al respirar, la veía muy menuda, como si el ictus la hubiera reducido, comprimido. Una oleada de tristeza, de pesadumbre y de amor me inundó el corazón, le cogí una mano con la mayor delicadeza posible, le acaricié los dedos y la frente, tenía la piel finísima, la encontraba guapa y horriblemente vieja a la vez, susurré: Mamá, soy yo, Lino, he venido a darte un beso, a pedirte perdón, mamá, ¡por favor, mamá!

Volvió la cabeza muy poco a poco, me miró con sus ojos claros, casi traslúcidos, movió la mandíbula con dificultad, como si la tuviera desencajada, y exhaló un interminable gemido, un sonido áspero del que era imposible afirmar si era una respuesta o una casualidad.

Acerqué una silla a la cama, me senté a su lado y apoyé una mejilla sobre su pecho.

Un olor a la vez dulce y acre había invadido la habitación. Besé sus dedos, una y otra vez.

El teléfono vibró de nuevo.

«P. D.: Milo camina.»

Jeanne

Dejé los sobres en la mesa del salón. Llegaron por correo el mismo día. Uno contiene los resultados de la citopunción; el otro, los de la prueba de paternidad.

Vida y muerte.

Fue Rodolphe quien sugirió hacer esta última. Tiene miedo. Ya ve derrumbarse su bonito edificio, y todo por un «momento de debilidad», así es como calificó nuestra relación, un espléndido y cruel lugar común. Buscó en internet cómo hacer una prueba, me dio unos cabellos y un bastoncillo de algodón impregnado de saliva. Todo fue muy rápido. Ni por un solo segundo se preocupó por lo que yo sentía, ni siquiera por las consecuencias para Marguerite. Solo pensó en él, en su mujer y en sus hijos, me hizo prometer que guardaría silencio en caso de que el resultado fuera positivo, ya encontraríamos entonces «la manera de ponernos de acuerdo», pero, aseguró, él ya sabía que no era el padre, era imposible, el padre era Jacques, o, si no, otro, «porque, Jeanne, en aquella época, perdona que sea tan franco, pero ibas muy caliente». Me tendió un billete de cien euros para «colaborar en los gastos».

No lo acepté.

Estaba impaciente por perderme de vista y ansioso ante la idea de que

Marguerite pudiera llamar también a su puerta.

En mi lugar ¿otras se habrían apresurado a abrir aquellos sobres?

Yo pospongo el momento de abrirlos. De uno u otro modo, lo que lea dará un giro a mi vida. Habrá un antes y un después.

No duermo. La imagen del cuerpo de Rodolphe ya no me posee, ahora me deja helada.

Pienso en las quimeras, en la ceguera, en las destrucciones, pienso en Marguerite, en mi querida Céleste.

Ayer me hizo una breve llamada, con la voz llena de esperanza pese a la distancia que se esfuerza ahora en marcar cuando se dirige a mí: Milo se ha levantado. Ha caminado varios metros. Ha sonreído, ha hablado. Poco, pero lo suficiente para que se sienta transportada de alegría.

Yo era incapaz de reaccionar, pese a esta buena nueva.

—Hola... Mamá, ¿estás ahí?

Buena pregunta. Ya no sé dónde estoy. Choco contra las cuatro paredes de mi aislamiento, no hay puerta ni ventana alguna que me permita escapar. La trampa se cierra, es perfecta, he sido yo misma quien la ha construido.

—Por cierto, ¿tienes noticias de Marguerite? ¿Me oyes o no, mamá?

No me decido a contarle lo que a todas luces Lino se ha guardado también para sí: la vida inventada. Temo su condena. Para Céleste será demoledor, señalará con el dedo la falta de amor, mi culpa total y absoluta. También nos enfadaremos nosotras, lo que me resulta todavía más doloroso.

—No, ninguna novedad.

—Estoy muy preocupada. No debería haber dejado que se fuera. Por suerte, tengo la impresión de que Milo lo acepta.

A raíz de la reciente ausencia de Lino, hemos organizado los horarios de visita de un modo diferente, yo voy después de lo habitual y me quedo hasta más tarde. No nos hemos cruzado ni ayer ni hoy. Ella habría podido esperar a que yo llegara para irse, pero en ambos casos tenía compras «urgentes» que hacer. Creo que me evita.

Intento sonreírle a Milo, hago todo lo que puedo para protegerlo de lo que me atormenta, de mi pena.

Antes de que saliera de su habitación hace un momento, mientras abría la puerta, también me ha hablado a mí. Por fin.

—Todo irá bien, abuela.

He dado un respingo.

El sonido de su voz formaba una suave sinusoide.

Toco los sobres. Los cojo, los dejo. Los desplazo unos centímetros, de la mesa a la cómoda y viceversa. Me queman los dedos. Me sorprende haciendo extraños ruegos: si la prueba de paternidad es negativa, si me he equivocado de medio a medio, si me he pasado treinta años viviendo en una mentira, si he desestabilizado a mi hija pequeña sobre la base de una fantasía, de una locura, entonces, Dios mío, haz que esté enferma.

Es patético, lo sé. Ni siquiera pienso de verdad en castigarme, no tengo ese sentido de la flagelación, creo que solo intento que me juzguen con menos severidad (empezando por mí misma). ¿Quién atacaría a una mujer enferma de cáncer? La enfermedad y la muerte tienen el poder de absolver.

Miserable Jeanne, mírate. Lo que de verdad esperas es abrir esos sobres y leer:

1. El anuncio de que gozas de buena salud.

2. La noticia de que Rodolphe es, sin asomo de duda, el padre de Marguerite.

O mejor aún:

1. Tienes un minúsculo tumor que al final no tendrá ninguna consecuencia, pero cuyo nombre será lo bastante inquietante para hacer que Céleste olvide todos sus reproches y perdone tus errores.

2. Rodolphe es, sin asomo de duda, el padre de Marguerite.

Porque el punto 2, por supuesto, no es negociable.

El temor me paraliza. Todo se mezcla en mi interior, el pasado, el presente, las posibilidades del futuro. Los rostros de Céleste, Marguerite, Jacques, Rodolphe, Milo. Incluso el de Lino: la desintegración de nuestras vidas tiene este efecto sorprendente, que él y yo nos acerquemos. Tenemos en común tanto el rechazo de Marguerite como el deseo de apropiarnos del amor de Céleste, y pagamos juntos las consecuencias.

Qué extraño sentimiento mirar a quien creías tu enemigo y, de pronto, reconocerte en él.

Mi pulgar se ha colado por una esquina del primer sobre. ¿Y si fuera grave? ¿Y si no me quedaran más que unos meses de vida? ¿No dicen que nuestro sistema inmune es sensible al peso de nuestros secretos y al de la ira? El papel se rasga, mi mano tiembla, tengo calor, saco el informe, mi mirada continúa huyendo un poco hacia uno y otro lado, sesenta y cuatro años es demasiado pronto para morir. ¡Vamos, Jeanne, un poco de valor!

Una breve carta del médico acompaña los análisis. La última frase es la

primera que leo: «Así pues, nos volveremos a ver dentro de un año para la revisión habitual. Un cordial saludo».

Así que no tengo nada. ¡No tengo NADA! El nódulo es benigno, una simple bola de grasa. A decir verdad, no sé si estoy contenta o furiosa. Dudo entre llorar de alegría o arrancarme con las uñas ese bulto que me ha engañado, que se ha hecho pasar por lo que no era.

No tengo nada. Es maravilloso. Entonces ¿por qué me cuesta tanto alegrarme? ¿Tan difícil es admitir que pueda librarme de un castigo? ¿O bien es que, de repente, presiento que lo peor está por llegar?

Abro el segundo sobre con la respiración entrecortada. Necesito varios minutos más para decidirme a extraer el contenido. Dos hojas, un gráfico, un recuadro. En negrita.

No, no, no, no.

Grito como un animal. ¡No!

Me divido en fragmentos.

Me asusto.

Caigo.

He llamado a urgencias después de haber pasado una hora infernal. El corazón me latía muy fuerte, me sentía morir, quería morir, tenía miedo de morir, quería abrir una ventana y arrojarme al vacío, tenía miedo de estrellarme contra el suelo, no podía seguir respirando, no quería seguir respirando, quería sentir mi cabeza estampándose contra las paredes, sentir mis huesos rompiéndose, tenía miedo de morir, no había solución, quería hacerme el harakiri, me daban miedo los cuchillos, no era capaz, no conseguiría hacerlo, quería arrancarme los pulmones, arrancarme los ojos, tenía miedo, miedo, miedo, me encontraba mal, mal, mal, terriblemente mal, quería respirar, una mancha en forma de cruz danzaba delante de mí, se

grababa en el techo, era mi cruz, mi condena, tenía miedo de morir, socorro, vengan rápido, si no, voy a morir o a hacer algo grave, muy grave, ya lo he hecho, no sé si lo saben, soy peligrosa, ya he dejado de respirar, ¡hay que darse prisa porque no voy a aguantar!

—Tiene un ataque de pánico —diagnosticó el médico—. Vamos a tratarlo, todo irá bien. ¿Puede venir alguno de sus allegados?

Ya no hay allegados, doctor, solo hay alejados, extraños, desconocidos que no hablan el mismo idioma ni ven las mismas cosas. Solo hay víctimas y asesinos.

Es técnicamente imposible que todo vaya bien.

—Para empezar, un ansiolítico le permitirá calmarse. Pero eso no resolverá el problema, señora. Debe acudir a un especialista enseguida, mañana mismo, ¿de acuerdo?

Después del primer infarto acudí a ver a Jacques. Fue una idea de Céleste y no me atreví a rechazarla. En cuanto llegamos, Jacques pidió que nos dejaran a él y a mí solos. Su nueva esposa llevó a Céleste al jardín, recuerdo que hacía muy buen día, recogieron juntas campánulas y junquillos, yo las veía por la ventana riendo entre la hierba demasiado alta, sabía que Céleste se esforzaba para no ofender a la mujer, para no causar ningún pesar a su padre, para que todo fuera bien con todo el mundo.

Yo pensaba: que acabe esto, y rápido.

Me esperaba que sacase a relucir nuestros eternos y conflictivos asuntos, que me anunciara que pensaba disminuir el montante de la pensión global o reducir los gastos que producía Marguerite, pero me hizo un gesto para que me acercara y, contra toda expectativa, murmuró:

—Es maravilloso que hayas venido, Jeanne. Quería que supieras que te he

perdonado.

Necesité unos segundos para reaccionar.

—Es muy amable por tu parte, Jacques, pero para eso hacen falta dos personas. No creo haberte pedido perdón.

¿Perdón por qué?, ¿en concreto por haberte engañado? ¿Por haberme quedado embarazada de otro? Pero ¿quién ha engañado a quién? ¿No has sido tú, que juraste amarme apasionadamente? Ya no me tocabas, o casi, te encerrabas horas con tus colecciones de monedas antiguas o de miniaturas, en los últimos años, la mayor parte de los días ni siquiera te sentabas a la mesa con nosotras..., ah, sí, es verdad, entre una ausencia y otra, pasabas a darme a mí un beso en la frente y otro en la mejilla a Céleste diciendo: cuánto os quiero, mujercitas mías, qué guapas sois las dos, ¿era esa tu pasión?

Tu perdón no tiene ningún valor, Jacques, puesto que yo no he pedido nada. Puesto que las culpas son compartidas.

Su mirada era serena, tranquila, plácida.

—No te engañes, Jeanne. Es posible perdonar a alguien sin que se haya formulado una petición. Es un asunto íntimo. No te perdono por ti, sino por mí. No es un favor que te concedo, sino que así me libero yo. Vivía con acritud e ira. Me sentía culpable por no haber visto nada, por no haberme dado cuenta de nada. No paraba de darle vueltas. Ocupabas, muy a mi pesar, una parte importante de mi cerebro, de mi tiempo, y todo eso, ¿en qué me beneficiaba? El infarto me ha permitido darme cuenta de lo preciosa y lo corta que es la vida. Quiero seguir en ella en la luz, no en la sombra. Y para eso debía poder cerrar el caso. No olvido ni disculpo nada, pero perdono, lo hecho, hecho está, nada cambiará el pasado, en cambio, está en nuestra mano modificar el futuro. No aceptes este perdón si no lo quieres, eso ya no es cosa mía, yo te lo he dado. Si prefieres vivir con tu amargura y tus decepciones, es decisión tuya.

Dudé antes de contestar, de defenderme, de atacarlo, de recordarle que quizá sería conveniente, para que su serenidad fuera perfecta, que yo también lo perdonara, pero que, a diferencia de él, no concedería nada sin que me implorase para que lo hiciera. Pero al final pensé: para qué, Céleste ponía tanto empeño en que nuestras relaciones siguieran siendo más o menos correctas..., no soportaría, con su ramo en la mano, vernos enfrentados, y menos aún con un padre debilitado, yo sería la mala, así que, no, muchas gracias.

Me limité a asentir vagamente.

Cuatro meses más tarde, Jacques murió a consecuencia de un segundo infarto.

Es el padre de Marguerite... pero también el hombre que se marchó de la sala de partos.

Su perdón, hoy, me desgarró.

¿Qué habría pasado si hubiéramos sabido la verdad sobre nuestra hija, si hubiéramos sido capaces de verla?

Rodolphe me habría dejado igualmente pero, lejos de convertirse en una figura odiosa, se habría convertido en un recuerdo turbador y apasionado. Yo habría tenido otros amantes, Jacques y yo habríamos encontrado un nuevo equilibrio. O tal vez habríamos acabado por separarnos, cansados el uno del otro, pero mucho más tarde, pues ese nacimiento habría dado un nuevo impulso a nuestra familia.

Yo habría querido a Marguerite desde el primer día, pues habría sido, no la hija del adulterio y el abandono, sino la hija inesperada. Su belleza, en lugar de herirme, me habría deslumbrado. Me habría consolado de la indiferencia de su padre y emocionado con sus torpezas. Céleste no habría tenido que

jugar a las mamás, o solo por placer, nos habríamos apoyado mutuamente «entre mujeres».

Yo no habría tenido que disimular y Marguerite no habría tenido que mentir. No habría habido donación a escondidas, Marguerite no se habría quedado sola con Milo.

No se habría producido el accidente.

Habría habido unas vidas felices, más o menos, evidentemente. No unas vidas oprimidas por el resentimiento y el dolor.

Soy un monstruo, un verdugo.

Jacques me perdonó, pero ¿y Céleste y Marguerite?

¿Es posible querer a un hijo después de veintiocho años?

¿Dónde está Marguerite?

Soy yo la infanticida.

Fui corriendo hasta el armario donde guardaba los álbumes. Volqué en el suelo el contenido de la media docena de cajas de cartón llenas hasta los topes..., había dejado de seleccionar las fotos después de la adolescencia de Céleste. Busqué frenéticamente, había pocas instantáneas de Marguerite, normal, no la sacaba en fotos casi nunca y solo con su hermana, esta sí, ametrallada por los cuatro costados. Por suerte, Céleste había insistido de vez en cuando para que posáramos las tres juntas, pasándoles la cámara a terceras personas.

Céleste, Marguerite y yo en la playa de Quiberon, Marguerite con dos años. Céleste, Marguerite (con la misma edad) y yo delante de la heladería. Céleste, Marguerite (disfrazada, siete u ocho años) y yo en la fiesta anual del colegio. Céleste y Marguerite recogiendo manzanas en el campo. Céleste y

Marguerite delante del tablón de anuncios con las notas de bachillerato (notable para Céleste).

Allí estaban, como si parpadearan para atraer mi atención, todos esos detalles que me había negado a ver a lo largo de veintiocho años, la figura espigada de Marguerite y ese mohín refunfuñón similares a los de Jacques, los ojos y las largas pestañas, réplicas perfectas de los de su abuela paterna..., sí, pero esa maldita mancha de nacimiento...

Un desamor construido sobre un error.

El tiempo perdido, los momentos imposibles de recuperar, de corregir. Cuando la pusieron sobre mi vientre en la maternidad, la odiaba por existir. Le robé la ternura, el amor incondicional, las caricias a las que tenía derecho.

Cuando saltaba a la comba en la calle, la miraba con desdén, la odiaba por ser tan guapa, más que su hermana, más que yo, pensaba, es la belleza del diablo. Le robé el orgullo y la admiración maternas.

Cuando se hacía daño, caía enferma, se angustiaba la víspera de un examen, yo le reprochaba que fuera blandengue, torpe, débil. Le robé el consuelo, la solicitud, la delicadeza, la confianza.

Le robé mi presencia, incluso cuando estaba allí.

¿Cómo ha resistido? Ahora lo sé: ha sido la mentira lo que la ha salvado. Se refugió en ella, allí encontró una esperanza, jamás recompensada, pero siempre renovada, de despertar mi interés, ya que no mi cariño. La mentira era su armadura.

Lo más difícil era contemplar aquellas fotos sin lograr sentir el amor que sabía que le debía. La revelación no era mágica, habría deseado sentir un aleteo de mariposa en el corazón, pero la mecánica se negaba a obedecerme.

De la misma forma que el amor materno no se había manifestado cuando salió de mi vientre, tampoco estallaba por esos nuevos datos.

Sin duda era una cuestión de tiempo. O no. Vagaba en tal estado de confusión que incluso me resultaba imposible saber si lo deseaba.

Necesitaba a Céleste. Necesitaba su apoyo.

Muy pronto estaría sola frente a Marguerite. Habría que explicarle que al final no era la hija de otro, que había sido privada de amor por un error, una idea fija, que había pagado caros el egoísmo, la fragilidad y la descomposición del matrimonio de sus padres.

Oh, Jacques, viviste con la certeza de que poseías la verdad, de que tenías razón en todo. Es a la vez un privilegio y un drama: no experimentaste el sentimiento de culpa. No viste literalmente a tu segunda hija, en efecto, y no lo sospechaste jamás.

Por fin comprendo el mensaje que me transmitiste poco antes de morir. Ahora me toca a mí perdonar. Perdonarte por haberme abandonado, perdonarle a Rodolphe su incomprensible cobardía. Perdonar a todos los que me han hecho llorar, sufrir, confiando en que yo también sea perdonada, en que se me conceda una segunda oportunidad. Una oportunidad de vivir.

Porque lo esencial es eso, ¿no?

¿Dónde estás, Marguerite?

Excluida por todos, abrumada por la soledad, ¿has cedido, has renunciado?

¿Conocía Milo tu desesperación cuando te reclamó con tanta insistencia?

Temo que estés muerta.

Céleste

El teléfono me despertó.

—Céleste, tengo que hablar contigo enseguida.

Le temblaba la voz, parecía una anciana asustada, no Jeanne la fuerte, Jeanne la dura, no mi madre. Supe que era algo importante. Eché un vistazo al reloj: marcaba las seis y cuarto.

Fuera, todavía era noche cerrada.

—Siento haberte despertado, tenía miedo de que te hubieras ido ya de casa y esto no puede esperar.

—Vale. Voy a preparar un café, ven.

Solo tenía que cruzar la calle, no tardaría más de un minuto en llegar. Me di una ducha rapidísima y me puse un albornoz mientras hacía mis cábalas sobre cuál sería la urgencia que motivaba su visita. Pero el sonido del timbre las interrumpió. Mi madre no iba maquillada —cosa excepcional— y a duras penas se había peinado. Más extraño todavía: había venido en pijama y con una sencilla chaqueta de punto encima. La encontré envejecida.

—¿Qué pasa, mamá?

Me recorrió de arriba abajo con la mirada, lentamente, se apoyó en la pared y murmuró, como espantada:

—Cada vez te pareces más a ella.

—¿A quién te refieres? Me estás asustando.

—A Marguerite. ¿Te acuerdas? Durante mucho tiempo, la gente nos tomaba a ti y a mí por hermanas. Ahora, te pareces a ella.

Instintivamente, me volví hacia el espejo que estaba colgado sobre la chimenea del salón y que se veía desde la entrada.

Me miraba todas las mañanas mientras me preparaba para ir a ver a Milo, cuando me ponía rímel y extendía un poco de fondo de maquillaje para disimular las huellas del cansancio en mi cara, cuando examinaba mis arrugas incipientes y las marcas en el cuello, cuando volvía la cabeza para retocarme el pelo, cuando retrocedía y me ponía de puntillas para comprobar cómo me quedaba la blusa..., ¿por qué, entonces, no me había llamado la atención hasta este momento?

Mi rostro y mi cuerpo estaban más estilizados, llevaba el pelo más largo, hasta el punto de que ahora me lo recogía en una cola de caballo. Me encontré bastante guapa, una sensación que me era ajena desde hacía una veintena larga de años.

—Desde que se te ha afinado la cara, tienes exactamente el mismo perfil que ella.

Tenía razón. Me parecía a Marguerite. Nuestro vínculo de hermanas salía de pronto a la luz. Inspiré hondo para dominar la turbación que me invadía.

—Bueno, dime para qué has venido, mamá. ¿Qué es eso tan urgente?

—¿Has hablado recientemente con Lino?

—No, ha intentado llamarme varias veces, pero no he descolgado. Para ser sincera, no tengo ganas de oírle.

Ni siquiera tengo ya ganas de pensar en él. Aunque no me queda más remedio, es el padre de mi hijo. Ayer, Milo preguntó:

—¿Cuándo volverá papá?

Pensé: No vuelvas nunca más, Lino. Solo duró un segundo, no era más que una pulsión. Sé perfectamente que Milo necesita a su padre, sean cuales sean sus antecedentes. Sé perfectamente que Milo quiere a su padre, y viceversa. Me he repetido esa frase durante horas como si fuese un mantra, para recordarme que no debo separarlos.

Pero hablar con él, no: me resulta demasiado difícil. Oiría a Marguerite, oiría el deslizamiento de las manos anchas de Lino sobre la piel diáfana de mi hermana, oiría el suspiro mudo del hijo muerto, oiría el amor muerto.

—Hemos hecho indagaciones, tanto él como yo, para encontrar a Marguerite. Lo hemos hecho por Milo. ¡Y por ti! Tu marido se ha empleado a fondo, ha removido cielo y tierra.

Pero lo que hemos descubierto, Céleste, será difícil de entender. Es mejor que te sientes. Ojalá supiera por dónde empezar. ¿Por el nacimiento de tu hermana, quizá? Esa parte de la investigación la he hecho yo sola, y es muy complicado informarte sobre ella, pero es preciso, escúchame bien, Céleste, si es posible sin juzgarme, he estado equivocada desde siempre. Marguerite es hija de tu padre, sí, me has oído bien, es hija de Jacques y no de Rodolphe, como te había contado, como he creído sinceramente desde el principio, fui a ver a Rodolphe, ese hombre vil, ese miserable Houdini, y por iniciativa suya hicimos una prueba de paternidad, porque resulta que estaba convencido de que Marguerite no podía ser de él, ¡el señor nunca se había preocupado por eso, nunca había tenido la menor duda, era un asunto pasado, cerrado, zanjado! Y agárrate, Céleste, esa mancha de nacimiento era una pura coincidencia, lo que nosotros tomábamos por una marca genética no era en él más que una simple quemadura, que, además, había desaparecido por completo cuando volví a verlo. Ay, Céleste, si supieras el daño que me hizo, cuando llamé a su puerta, esa mejilla intacta..., más aún que su indiferencia.

¿Marguerite, Jacques?

Se lo hice repetir, no me había despertado del todo, mi cerebro seguía embotado, tenía que tratarse de una confusión, de una especie de alucinación, o bien de las reminiscencias de una pesadilla, pero ella insistió, lo confirmó, Marguerite es hija de Jacques, así que solté la taza, volqué el café, mamá, te lo ruego, dime que no hablas en serio o que te he oído mal, ¡esto tiene demasiadas consecuencias, hay demasiado en juego! Todo eso para esto, ese odio sordo, esos años durante los cuales tú te has dedicado a pesar y medir con un doble rasero y yo a reparar la injusticia sin conseguirlo jamás, ese cultivo del secreto, ese manto de plomo sobre nuestros hombros, todo eso por nada, todo eso porque «creíste que», ¡y no solo tú, también papá!

Veintiocho años viviendo un contrasentido, Marguerite y yo, pasajeras embarcadas contra nuestra voluntad.

—Lo siento muchísimo, Céleste. Vemos lo que necesitamos ver, lo que queremos ver. O más bien vemos lo que somos capaces de soportar. El resto, lo modificamos, lo borramos. En aquella época era inconcebible que Jacques pudiera ser el padre. No intento justificarme, me doy cuenta del impacto, créeme, sé lo mucho que esa creencia ha condicionado tu vida y la de tu hermana, y tengo miedo por Marguerite, quién sabe dónde estará, quién sabe incluso si está viva, porque ahora viene la otra parte de nuestras indagaciones, Céleste, y sin duda la más grave, la más preocupante, lo que ha averiguado Lino siguiendo su rastro, buscando en los archivos, preguntando en las secretarías: tu hermana nos ha mentado siempre, no cursó estudios de ninguna clase después del bachillerato, no es arqueóloga ni nada que se le parezca, no tiene nada, ni título, ni formación, ni casa, ni ingresos, excepto, seguramente, el subsidio para personas sin ingresos, o quizá ni siquiera eso, puede que no se haya inscrito. No solo se inventó lo del embarazo, sino toda

su vida o casi, y ¿por qué? ¿Para existir? ¿Para sentirse por fin querida, reconocida? Tengo miedo de lo que he engendrado, Céleste. No sé qué hacer ahora, en qué dirección ir, pero debo encontrarla, debo explicárselo todo, tal vez si tú me ayudas podamos avanzar, tal vez ella pueda..., las dos podáis llegar a perdonarme.

Los sonidos y las imágenes se agolparon en mi cabeza, en mi corazón y mi vientre mientras mi madre exponía sus conclusiones, Marguerite, mi pequeña Marguerite de sonrisa radiante, mi hermanita querida, su risa aguda, nuestros vasos tintineando cuando nos reuníamos después de mis clases, Marguerite contando sus viajes, sus encuentros, Marguerite, para quien todo parecía tan ligero, fácil, alegre, luminoso, los amores y las mudanzas, los diplomas y las calificaciones, los contratos y los descubrimientos, todo eso era falso, ilusorio, imaginario, Marguerite estaba desesperada, Marguerite estaba sola, Marguerite estaba abatida, ¡no tenía nada excepto nuestra complicidad y el amor de Milo! Sus problemas de salud, sus percances varios, en un yacimiento o por un bolso robado, todas esas cosas no eran sino pobres pantallas destinadas a proteger su soledad y su indigencia, por eso siempre se las arreglaba para alojarse en nuestra casa, para acompañarnos en vacaciones, por el gusto de compartir un poco de felicidad con Milo y conmigo, por supuesto, ¡pero también, y quizá sobre todo, porque no tenía ningún sitio a donde ir!

Y pese al enorme cariño que sentía por ella, no me había dado cuenta de nada.

Mamá fue a la cocina y se sentó, se derrumbó. Se echó a llorar. Que yo

recuerde, no lo había hecho desde el entierro de su propia madre.

—Nada de esto ha sido intencionado —dijo—, la vida se me ha escapado, y con ella, la vuestra, pero ¿qué puedo hacer?

Yo era incapaz de hablar. También tenía ganas de llorar, de lamentarme e incluso de montar en cólera, mierda, primero había tenido que acostumbrarme a la idea de una hermana que era hija ilegítima, una idea sorprendente pero casi tranquilizadora, en el sentido de que explicaba el desamor de mi madre, y ahora debía olvidarme de ella y afrontar otra mucho peor aún, la del desprecio, la inocencia condenada y pisoteada, un desastre inconmensurable.

Marguerite era una víctima absoluta, apuñalada por todos nosotros, cada uno en un grado distinto, desde luego, pero que en su momento la habíamos ido hundiendo cuando habría podido levantar la cabeza, todos salvo Milo..., Milo, su fuente evidente de vida y de esperanza, de la cual la habíamos privado.

—¿Cómo he podido engendrar tanta desdicha? —prosiguió mi madre—. ¿Cómo ha podido producirse el naufragio ante mis ojos, durante tanto tiempo, sin que en ningún momento haya sido consciente de él? Soy un monstruo.

Le cogí la mano, notaba los latidos de su pulso, percibía la magnitud de su desesperación, ya no había una Jean arrogante y vanidosa, ya no había certezas, solo una mujer desamparada, una cuya expresión actual yo había visto con anterioridad, mucho tiempo atrás, y que ahora resurgía del fango de mis recuerdos, ese semblante funesto y consternado, yo tenía doce años, ella acababa de dar a luz, la vida debería haber estado en toda su plenitud, pero,

por el contrario, la abatía la tristeza, mi padre, mudo, mirando a duras penas al bebé, la cuna apartada en un rincón oscuro, el dolor tan denso que habría podido tocarse con los dedos, mi madre tratando de tranquilizarme con una voz inexpresiva, estamos todos cansados, no te preocupes, Céleste, pronto irá todo mejor.

—No eres ningún monstruo, mamá.

Lo monstruoso es la situación. Nuestra capacidad común para engañarnos sobre lo esencial. Nuestra manera de enterrar nuestros errores esperando que queden anulados. Pero, por encima de todo, nuestros silencios.

Hemos sido incapaces de hablar, tú la primera, pero no la única. Lino también, y, en cierto modo, la propia Marguerite. ¡Y yo, que nunca he pedido que se rindieran cuentas cuando las alarmas sonaban por todas partes!

Somos criminales actuando en una banda organizada, unos criminales crueles, de maneras sigilosas pero no menos eficaces, y de todos nosotros, el peor, el que avanzaba enmascarado, mi propio marido. Porque a ti, mamá, puedo perdonarte. Puedo intentar comprender tus errores. Pero lo que ha hecho Lino no, eso supera mis fuerzas: nunca podré aceptarlo.

Ella se limpió las mejillas con un gesto furioso.

—Lino no es más responsable que yo del accidente de Milo, Céleste. Sí, es verdad que empujó a Marguerite a cometer la falta acorralándola con ese repaso de historia imposible de asumir, pero fui yo quien creó las condiciones organizando la donación y excluyendo de ella a tu hermana. ¡Si supieras cuántas veces he repasado la película de aquel día! Y, además, jamás creí que pronunciaría estas palabras, pero debo reconocer que tu marido no es tan malo. Ha hecho lo imposible por encontrar a Marguerite.

—No hablo del accidente, mamá, sino de una traición. Hablo de una

agresión a una chica cuya vulnerabilidad ahora podemos calibrar. Ella tenía quince años, mamá. Y se suponía que él debía protegerla. Puedo comprender que después ella necesitara inventarse su vida. Hacer más ruido para cubrir el estruendo del sufrimiento.

Ella se enderezó de golpe, ¿Una agresión? Vamos, Céleste, eso es imposible, ¿de dónde has sacado semejante idea?

Le solté la mano, las frases salieron a ráfagas: Pues mira, de Lino en persona, lo confesó él, y lo más horrible es que no lo hizo porque sintiera remordimientos, sino por un malentendido. Fue tras aquella discusión, después de que ella se marchara del centro y no volviéramos a verla, ¡si supieras lo culpable que me siento! Yo era la persona en quien confiaba, ¿qué le quedaba, aparte de Milo y de mí? La rechacé, la privé de sus últimos recursos, incluso de Gustavo Socratès, que quizá era su única oportunidad de futuro.

—Tú no tienes nada que reprocharte —murmuró mi madre, helada—. Ella no lo contó nunca. No tenías la información, ¿cómo ibas, cómo íbamos a poder imaginar...? Tú estabas enfadada con ella por su papel en el origen del accidente, porque no hizo caso de tus instrucciones. Lo único que veías era a tu hijo gravemente herido. Cualquier otra persona habría reaccionado igual que tú.

—Es posible, pero en definitiva Milo está mucho mejor, mamá. Ha recobrado el color. Su dicción ha mejorado. Coge los cubiertos y come prácticamente solo, da algunos pasos. Ha intentado chutar un balón. ¡Sonríe! El doctor Socratès tiene muchas esperanzas, asegura que el proceso se ha reiniciado, que no habrá vuelta atrás, que esta vez va en serio, según él, no es más que una cuestión de paciencia. Quizá haya algunas secuelas que tardarán

más tiempo en eliminarse, dificultades para concentrarse, para memorizar, pero tampoco es seguro. Se ha producido una especie de giro de ciento ochenta grados. Milo va a salir adelante, mamá. ¡Pero Marguerite! ¿Qué va a ser de ella? ¿Podrá curarse algún día de sus heridas? ¿Quién se ocupará de su rehabilitación?

Ayer, Milo llevaba esa camisa azul celeste que le gusta tanto. Desde hace varios días, pide ir «bien vestido», esas son sus palabras. Miramos juntos un catálogo de calzado deportivo, él señaló un modelo y lo encargué. Lo presentaba un niño que aparecía en la foto montado en bicicleta.

Estoy contenta, por supuesto, muy feliz de verlo regresar a la vida. Pero esa dicha se ha estrellado contra un mar de dudas. Desde hace unos días, parece que ya no se preocupe en absoluto de Marguerite. Como si hubiera cumplido con su deber lanzándonos en su busca, como si hubiera pasado a otra cosa y ya no fuese tan importante que ella volviera. Eso me causa pesar, mucho más ahora que la verdad ha salido a la luz: lo veo como una última injusticia, pues él era el único de nosotros que no la había abandonado.

Sé muy bien que su obsesión lo atenazaba, recé para que se liberase de ella, trabajé con ahínco para conseguirlo, incluso le susurré al oído que debía avanzar «por Marguerite», que ella se sentiría terriblemente culpable cuando se enterara de que ella era una causa de su bloqueo.

Le dije montones de veces: Milo, si de verdad quieres a tu tía, déjala vivir su vida, volverá algún día, en cuanto pueda, seguro, sabes de sobra que te adora.

Montones de veces me lanzó una mirada incrédula que parecía querer decir: mamá, no soy tonto, sé que me adora, pero sobre todo sé que vosotros la habéis echado, la abuela, papá y tú.

Quizá estoy paranoica. Quizá esa mirada quería simplemente decir: Hago lo que puedo, mamá.

A él también habrá que darle explicaciones algún día.

Limpié la mesa y rellené las tazas de café.

—¿Qué va a ser de nosotras? —dijo mi madre, suspirando—. ¿Cómo podemos encontrarla? ¿Cómo podemos salvarla? Salvarnos. Reparar. Me siento desvalida.

Eran las ocho y media.

Mi teléfono sonó, apareció el nombre de Lino. Rechacé la llamada.

—Vamos juntas a ver a Milo, pensaremos por el camino. No tardaré mucho, estaré lista dentro de media hora.

Nos levantamos a la vez. Ella dio un mal paso y se torció un tobillo, me apresuré a sujetarla y, de manera involuntaria, acabó entre mis brazos. Nos quedamos unos segundos así, paralizadas por un torbellino de sentimientos que nos acercaba y alejaba a la vez.

Ella retrocedió, cogió su bolso y, encorvada, se dirigió hacia la puerta.

—Te esperaré fuera.

En el cuarto de baño, mientras me arreglaba, dudé antes de poner en marcha el contestador.

Creo que nunca te he contado, Lino, cuántas horas pasé escuchando en bucle los mensajes que me dejabas. Al principio de nuestra relación, en la cama, antes de dormir. Los graves de tu voz me envolvían en dulzura, me consideraba la mujer más plena del mundo. Más adelante también, después del día aciago. Tú terminabas invariablemente con la misma frase: Céleste, cariño mío, quería que supieras que siempre estaré aquí.

Los graves de tu voz me daban una razón para no morir. Te consideraba el

más atento, el más solícito, el más protector de los hombres. Tenía fe en ti.

Todavía hoy, esa voz me emociona.

Susurras, dices que te gustaría verme, que no esperas nada más que unos minutos, que has herido, que has fracasado, pero que quieres intentar, si todavía es posible, proteger a nuestro hijo. Dices que has estado estos últimos días con tu madre, que ella también ha tenido un accidente, que lucha como Milo. Dices que le has pedido perdón, pero que no sabes si lo has obtenido, que la vida ofrece misteriosas repeticiones y sería una locura no examinarlas. Dices que también quieres pedirnos perdón a nosotras: a mí, por tus mentiras; a Marguerite, por tu cobardía y tu violencia. Dices que no esperas que olvidemos, que estás dispuesto a asumir tus actos porque es la única manera de seguir concediéndote el derecho a vivir, el derecho a mirarte en el espejo, el derecho a mirarte en los ojos de Milo, porque es la única manera de darle sentido a todo esto.

Dices que irás al hospital dentro de un rato para explicarle a Milo tu responsabilidad en la desaparición de Marguerite.

Dices que no entrarás en detalles, pero que te gustaría que sepa que eres culpable porque no solo quisiste hacer las cosas bien, sino hacerlas mejor, hacer más, y que el mayor error fue ese.

Dices que Milo debe aprender esta lección fundamental: a veces no podemos hacer nada frente a los acontecimientos.

Lloras, tú también.

Marguerite

El tiempo no acababa de pasar. La circulación había disminuido, luego los transeúntes empezaron también a escasear. No tenía reloj, pero podía calcular la hora: las diez de la noche, quizá las once.

Me había sentado sobre un bolardo, frente a la entrada, era incómodo, pero, a fuerza de patear la calle, mi espalda empezaba a resentirse. No sabía cuándo llegaría, si había salido a cenar con unos amigos o si le tocaba guardia esa noche. Me había preparado para esperar, no sentía impaciencia, la confrontación sería sin duda difícil, pero estaba decidida, convencida de que era la mejor opción.

Una pareja se detuvo junto a mí para ofrecerme ayuda. Aquello me apenó, pensaba que no eran tan visibles mi precariedad, mi fragilidad, mi soledad, intenté adoptar una actitud un poco bravucona para contestar que no necesitaba nada, que estaba esperando a alguien, y en ese preciso instante llegó. Debía de estar sumido en sus pensamientos porque prácticamente chocó con la mujer, se sobresaltó al verme mientras yo exclamaba: ¡Aquí está! ¿Lo ven? Ya les decía que estaba esperando a alguien.

La pareja se alejó. Con el maletín en la mano, el abrigo abrochado y la bufanda beis enrollada alrededor del cuello como un escolar, estaba atónito

de verme. Inspiré hondo para calmar los latidos de mi corazón antes de preguntarle si accedía a escucharme, que se trataba de algo relacionado con Milo, con él, con todos nosotros, necesitaría un rato, una hora como máximo, podíamos sentarnos en un bar si le resultaba menos embarazoso, pero él sonrió y me contestó: estaremos más tranquilos en casa.

Antes de ir, me había desenredado el pelo, había lavado el vestido y limpiado los botines, y me había puesto unas gotas de perfume en el cuello. No lo había hecho para seducirlo, sino porque estaba enamorada, porque sabía que sin duda sería la última vez que podría experimentar esa sensación, de abandonarme a ella, porque había llegado al término de mi historia, era mi manera de ponerle un bonito punto final.

Volver a su casa me sobrecogió. En el instante en que entré, tomé conciencia de hasta qué punto allí me había sentido protegida, deseada, feliz, mejor que en cualquier otro sitio, salvo entre las flores silvestres sobre las que me revolcaba con Milo en pleno verano. Ni siquiera me quité el abrigo. Empecé a hablar: Gustavo, sé que estás enfadado conmigo por lo del embarazo, puedo aclararlo todo, debo hacerlo, en realidad he venido para eso, pero no es la única razón, también he venido porque estoy extenuada, consumida por esta vida fabricada, estas mentiras, hacía falta que todo esto acabara, pero no de cualquier manera, no quería desaparecer sin despedirme de Milo, sin explicarme, y para eso te necesito.

Él puso cara de preocupación.

—¿Desaparecer, Marguerite? ¿Qué quieres decir con eso?

Desaparecer: alejarme de uno u otro modo, eliminar mi nombre de la lista, mi figura de la foto, puesto que en esta familia estoy de más, puesto que soy esa a quien no se deseaba, que nadie necesitaba, que nadie había pedido,

puesto que soy el grano de arena en el delicado engranaje, la que constituye una carga, causa disgustos, problemas, sufrimientos, la intrusa, la gafe, la torpe y, lo peor de todo, la culpable, pero como mínimo de eso ya estás al corriente, así que voy a hacerles este favor, voy a irme, ¡no me echarán en falta!

Para mí será más difícil. Los he querido, he querido a mi madre pese a su frialdad, he querido a mi hermana, que también me quiso hasta este accidente, he querido a Milo más de lo que es posible expresar, era a la vez mi sobrino, mi hijo, mi hermano, mi único amigo, sigo queriéndolos, los llevo en el corazón, en la sangre, pero precisamente porque los quiero tanto debo liberarlos de mi presencia, se acabó Marguerite, se acabaron los problemas, las tensiones, los sobreentendidos: vuelta a la calma.

Él frunció el entrecejo: todo aquello le resultaba confuso. Le propuse empezar desde el principio, si le parecía bien, le hice prometer que me interrumpiría cuando se cansara, no estaba segura de que aquello pudiera interesarle, pero él sonrió: Pues claro que sí, Marguerite, me interesa muchísimo, ¡ni te lo imaginas!

Entonces conté que había crecido, por así decirlo, sin padre ni madre, digamos sin el amor de una madre, aunque sí con el de Céleste, que me había enterado de que mi padre no era quien yo creía, que había sufrido en silencio por el niño muerto, por mí, por mi hermana, que había creído encontrar en Lino a un hermano y que este me había aniquilado, y sobre todo que desde aquel día yo había intentado hacer trampas con el amor, los hombres, los acontecimientos, conté que había mentido, inventado, construido, adornado, porque era preciso huir hacia delante para no caer, para no detenerse, para no afrontar, era preciso para salir adelante, solo para vivir.

Él hizo varias preguntas, las hacía a la vez como médico y como hombre y eso me tranquilizaba, porque esperaba que pudiera decirme si era una

enferma incurable, si estaba completamente loca por haber llegado tan lejos, si había que internarme de manera urgente, atiborrarme de medicamentos, y, además, sentía un gran alivio por poder depositar cada ladrillo de mi construcción sobre la mesa, por deshacerme de cada una de mis mentiras, quitarme los disfraces, me sentía de repente ligerísima pese a la sombría perspectiva de encontrarme, en el mejor de los casos, en una soledad total, y, en el peor, en un centro especializado, tan ligera que ya no me daba miedo el diagnóstico, solo temía que él no me creyera, porque era mi última puerta de salida.

Me creyó.

—En efecto, Marguerite, necesitarás un tratamiento. No porque estés loca, sino porque estás herida. Porque estás maltrecha.

La dulzura de su voz me emocionó.

Se acercó.

—Una cosa es segura: cuando estabas entre mis brazos no mentiste. En cuanto a lo demás, puedo comprenderlo. He visto muchos cuerpos y mentes destrozadas, muchas verdades desveladas..., es el privilegio y el fardo de esta profesión. Te agradezco que te hayas abierto a mí, Marguerite. No ha debido de ser fácil. Puedes estar orgullosa, y yo voy a ayudarte, te lo prometo.

Veintiocho años de combate. Caer de rodillas, abandonar, aceptar que estás acabada. Luego, oír un puñado de palabras y contemplar la posibilidad de renacer.

Me pasó su mano cálida por la frente

—¿Cómo te encuentras? Deberías dormir un poco.

¿Dormir? Gustavo, tú eres el único que me ha mirado y escuchado de un modo distinto desde el primer día. Te preocupas por mí, cuando en realidad hemos vivido muy poco juntos. Pese a la gravedad de lo que acabas de enterarte, no me juzgas. Siento una inmensa gratitud. No quiero dormir, no.

Quiero utilizar la fuerza que acabas de insuflarme. Quiero ver de nuevo a Milo. Me niego a que piense que lo he abandonado. Esto seguramente te hará sonreír, pero él y yo teníamos unos compromisos. Quiero volver a verlo y decirle que en ningún momento los he roto. Que hizo bien al confiar en mí. Quiero asumir mi error, pedirle perdón por haberlo arrastrado a aquella carretera, pero, sobre todo, que esté seguro de que no he huido. Por favor, Gustavo, permíteme que lo vea. Una sola vez. Por favor.

Arregló los cojines y me indicó que me tumbara. Tenía una expresión divertida en su rostro.

—Claro que sí, Marguerite, vas a verlo. A decir verdad, no es que lo permita, sino más bien que lo recomiendo. No solo porque tú lo desees, sino porque él te necesita. Desde que te marchaste, tu familia se ha desintegrado. ¿Creías que eras superflua? Pues estabas equivocada: yo creo más bien que eras la columna vertebral, el eje común. Tu hermana, tu madre y tu cuñado no se hablan desde que desapareciste. Se cruzan, se miran de arriba abajo, y adivina quién sufre más...

Te propongo que hagamos una cosa, Marguerite. Porque yo también quiero a ese niño. Lo quise desde el instante en que entró en esta unidad y él me ha correspondido con creces. Estaba lleno de energía, de promesas. Todo el mundo estaba encantado con él, el personal sanitario, los pacientes... Todo se desmoronó cuando se dio cuenta de que no ibas a volver. Reclamó insistentemente tu presencia, tu hermana le contó que te habías ido por una cuestión de trabajo, pero él no ha aceptado su versión, ha empeorado, se ha ensombrecido. Ya no habla con nadie salvo conmigo, de vez en cuando, pero muy poco. Se niega a hacer los ejercicios que le proponen, se queda horas mirando la pared, ya no enciende el televisor, ha dejado de escuchar música. Te necesita, te espera y lo hace saber. Quédate aquí todo el día y ven a verme

esta noche, después del horario de visitas. Te llevaré a su habitación. Las enfermeras de noche son amigas, guardarán el secreto.

La noche siguiente, Gustavo vino a buscarme a la entrada del hospital, cerrado a esa hora tardía. Pasamos junto a los edificios en silencio, como dos ladrones, y subimos los escalones de cuatro en cuatro. Gustavo llamó a la puerta de la habitación.

—¿Sí? —preguntó una vocecita.

Gustavo entreabrió la puerta.

—Te había prometido una sorpresa, espero que nuestro acuerdo de confidencialidad siga en pie.

—Sí —dijo de nuevo la voz de Milo. El solo hecho de oírlo ya me hacía feliz.

Gustavo retrocedió y me dejó entrar.

Llevaba años, siglos, vidas sin verte, Milo.

Él abrió los ojos con expresión de asombro, se puso a tartamudear, le costaba pronunciar mi nombre, Ma, Ma, Margue, oh, Margue, no sé cuál de los dos, o incluso de los tres, estaba más emocionado.

—Bueno, aquí tienes un poco de carburante, querido Milo —bromeó Gustavo—. Pero, cuidado, ¡confío en que no lo derroches!

Milo sonreía, se incorporaba, tendía los brazos, yo titubeaba, corrí hacia él, ¡Eh, despacio, Marguerite!, rio Gustavo, ¡este hombrecito ha agotado su crédito en fracturas!

Su broma me causó el mismo efecto que una bofetada, retrocedí, Perdona, Milo, perdona por haberte llevado a echar esa carrera, todos estos sufrimientos, estas dificultades, ¡todo lo que estás padeciendo es culpa mía! Pero él negó inmediatamente con la cabeza: No, no, no, Margue, no, y

Gustavo murmuró, maravillado: Fíjate, Marguerite, es así de sencillo, Milo no había movido la cabeza con tanta franqueza y tanta firmeza desde hacía mucho, y esos brazos casi vigorosos, parece que la terapia ya ha empezado a funcionar, pero vamos a hacer algo mejor, ¿quién se apunta a dar un paseo?

Se marchó y estuvo fuera unos minutos, durante los cuales Milo y yo nos quedamos acurrucados el uno contra el otro. Regresó empujando una imponente silla de ruedas.

—¡Por aquí, señor!

Su acento brasileño, añadido a la reverencia que acompañaba a sus palabras, era tan divertido como conmovedor. Levantó a Milo y lo depositó con delicadeza sobre la silla. Después lo tapó con varias mantas y enrolló su propia bufanda alrededor de su cuello grácil.

En el pasillo, la enfermera que pasaba empujando un carrito nos hizo un guiño de complicidad. Subimos en el montacargas y fuimos a la planta baja.

—Solo para tomar un poco el aire, ¿eh? —dijo Gustavo.

Yo le estrechaba la mano a Milo dentro de la mía, él volvió la cabeza y me sonrió con ternura mientras Gustavo empujaba la silla.

Esa noche nos conformamos con dar la vuelta al edificio. Simplemente aspiramos el aire, contemplamos los árboles y las estrellas, escuchamos juntos los ruidos nocturnos como tantas veces habíamos hecho en el pasado. Las noches siguientes, como la temperatura iba subiendo, nos aventuramos hasta el final del parque. Milo acariciaba la corteza de los árboles con los dedos y yo acariciaba sus cabellos.

Durante nuestras escapadas le conté que había mentido sobre mis estudios y mi trabajo. Dije que no me sentía orgullosa de haberlo hecho, que no había sabido parar la máquina, hasta este accidente, hasta estos últimos días. Le

prometí que se lo explicaría, que respondería a todas sus preguntas cuando se sintiera capaz de hacérmelas.

Me escuchó con mucha seriedad.

¿Te acuerdas de nuestro juego, Milo?

Perdonable, imperdonable.

Después de cada paseo, Gustavo nos hacía una foto, la imprimía y hacía una anotación. Día de los primeros pasos. Día del tenedor. Día de la piscina. Día del balón. Porque después de cada salida Milo progresaba en algo. Regresaba a la cama con las mejillas coloradas, yo lo besaba una y otra vez, Gustavo bromeaba enseñándonos la foto del día anterior y luego la fiesta tocaba a su fin: ¡todo el mundo a dormir!

Volví a instalarme en su casa.

No hablábamos de nosotros, del futuro, nos preocupábamos solo del presente. A veces me daba noticias de mi familia.

—Céleste está en la gloria al ver los progresos de Milo. Y hoy Jeanne ha vuelto a prometerle a su nieto que te encontrará. Al parecer, todo el mundo está preocupado y te busca sin descanso. Yo me sentía un poco incómodo oyendo eso. Y creo que Milo también. Pero no ha dicho nada de nuestro secreto, ha disimulado.

—¿Lo ves, Gustavo? Soy un problema.

—Podríamos resolverlo. De todas formas habrá que prepararse. Hasta ahora, Milo pensaba que no eras bien recibida. Te protegía ocultando tu presencia.

—Y es así.

—No lo creas. Las cosas cambian, ellos también. Todos. Cuidado,

Marguerite: has querido salir de la mentira, pero estamos volviendo a caer en ella, y en esta ocasión somos tres, nos arrastras contigo.

—Dame tiempo, por favor.

Dame un tiempo de felicidad, Gustavo. Tengo miedo de que este paréntesis se cierre, de que vuelva a haber crueldad y decepciones. Déjame disfrutar de este sueño que estoy teniendo despierta, de las *caipirinhas* que me preparas por la noche, de tus discos de Seu Jorge y Os Mutantes, de tus caricias, de tu bondad, de tus carcajadas. Déjame disfrutar de las escapadas con Milo, de los claros de luna y de las noches nubosas, cuando intentamos distinguir formas fantasmagóricas y jugamos juntos a darnos miedo.

No tardará mucho en llegar el momento en que haya que sentarse en el banquillo o desaparecer para siempre después de un último adiós.

Por la mañana sonó el teléfono que me había regalado Gustavo. Solo podía ser él, nadie más tenía el número.

—Marguerite, ven al hospital. Te mando un taxi.

—¿Ahora?

—Están todos aquí, Céleste, Jeanne y Lino, hacía mucho tiempo que no estaban los tres juntos. Es una señal, es el momento, Marguerite. Sé valiente, Milo se lo merece, así que, si no quieres hacerlo por ti, que sea por él.

—Me echarán a la calle. Y te denunciarán cuando se enteren de que me has llevado allí.

—No te preocupes por mí, soy mayorcito. Sobre ti no pesa ninguna orden de alejamiento, ¡y aunque así fuera! Por favor, Marguerite, ven. ¿Sabes qué creo? En el peor de los casos se neutralizarán unos a otros. Créeme, vale más enfrentarse a ellos en grupo. Y podría ser perfectamente que comprendieran lo que te deben.

Di unas vueltas más en la gran cama, aspiré su olor en la almohada. Luego me puse el vestido de cuadros rojos y blancos.

Gustavo me esperaba delante del ascensor. Me acompañó hasta la habitación. Yo no tenía ganas de estar allí. No tenía ganas de verlos. A los que menos, a Lino y a mi madre. Llevaba en el bolso la libreta con la información relativa a mi padre. Se la devolvería. Esa historia le pertenecía a ella.

—Vamos —murmuró Gustavo—. Venga, entra.

Empujé la puerta. Lino estaba apoyado en la pared, frente a la cama de Milo. Céleste y Jeanne estaban sentadas junto a su cabecera.

—Marguerite —dijo Milo, sonriendo—. ¡Marguerite!

Se volvieron hacia mí, tres miradas recorridas por una corriente eléctrica. Mi madre soltó el libro que tenía en las manos mientras Céleste venía hacia mí, Marguerite, estás aquí, oh, gracias, gracias, gracias, cuánto te quiero, mi Margue, me estrechó contra sí, me cubrió de besos, yo me había quedado sin palabras, mi cerebro no proponía nada, ¡era demasiado sorprendente, demasiado inesperado!

Mi madre se acercó también, me cogió una mano entre las suyas, Céleste seguía abrazándome tan fuerte que apenas si podía respirar, Marguerite, susurró Jeanne, Marguerite, Marguerite, Marguerite, repetía mi nombre temblando, sin conseguir terminar la frase, por primera vez parecía feliz, emocionada por verme, tenía en los ojos esa luz que yo había buscado durante tanto tiempo, que ya no esperaba, esa atención, esa mirada que no entrañaba ni irritación ni desprecio, ni ira ni frialdad, esa mirada que hablaba, si no de amor, al menos de apego.

Permanecemos largo rato unas contra otras, casi imbricadas.

Me ahogaba.

Estaba sin respiración.

Aturdida, grogui.

La sonrisa de Milo, radiante.

La sonrisa de Gustavo.

Lino, un cadáver, pegado a la pared.

¿Todo esto es posible? ¿Por qué?

¿Todo esto puede perdurar?

Perdonable, imperdonable.

¿A quién le toca?

La kinesioterapeuta vino a buscar a Milo: ¡Siento interrumpirlos, es la hora de la sesión! Alargó los brazos para ayudarlo, pero él solo puso los pies en el suelo, tenía una mirada triunfal al cruzar la puerta.

—Céleste, tengo que decirte...

—Ahora no, Margue. Vamos a tomarnos tiempo. Lo necesitaremos, pero, si estás aquí, todo irá bien.

Me estrechó una vez más contra sí.

Le dije a Gustavo: esta noche no dormiré en tu casa. Él contestó: ¡Eso espero!

Deslumbramiento.

Cuando salí de la habitación para ir a lavarme las manos, Lino, que hasta entonces había permanecido callado, me alcanzó.

—Te pido perdón, Marguerite. Hace trece años que te lo debo. Trece años

de descomposición, trece años para poder mirarte a la cara. No puedo hacer nada más, lo siento.

Desapareció escaleras abajo, me estremecí.

Nos tomamos un tiempo, como habíamos prometido. Céleste y Jeanne me contaron: las ilusiones, la verdad, las revelaciones y las conmociones. Yo también. Terminamos el puzle de nuestras vidas, esta vez teníamos todas las piezas y, juntas, conseguimos colocarlas en el orden correcto. Pesar, errores, heridas, esperanzas.

Finalmente, nunca tendré padre, pero no es del todo imposible que un día tenga una madre. Todo esto sigue haciéndome daño pero, como señaló Gustavo, la cicatrización es una cuestión de paciencia. Tanto para ellas como para mí.

Ellas también me pidieron perdón. Así que yo quise hacer lo mismo. La mitomanía, el accidente de Milo, no eran cosas baladíes.

Pero Céleste dijo: Milo se cayó para ayudarnos a crecer.

Pensé que exageraba. Me parecía que era injusto para Milo, que, en cualquier caso, todo esto no lo ayudaba a crecer.

Ella insistió.

Cree que Milo ha ganado dos padres separados pero conscientes. Cree que lo que todos nosotros estamos viviendo le servirá también a él, que aprenderá antes que los demás la importancia de hablar, escucharse, compartir.

Milo se inclinó hacia mí. Me dijo al oído, con su voz todavía vacilante: perdonable.

Agradecimientos

A Karina Hocine-Bellanger por su humanidad, su delicadeza y su gran talento; a Laurence Barrère por su sutileza, su humor y su poesía; a Claire Silve por su sensibilidad y su rigor; a Philippe Dorey (y todo el equipo comercial), Éva Bredin, Brigitte Béranger y Anne Blondat por su entusiasmo y su apoyo sin fisuras.

A Corinne Rives, siempre a mi lado, por su impresionante clarividencia y su comprensión infinita.

A Nathalie Couderc, el caballero, y Lydie Zannini, el alquimista, por su inestimable disposición a escuchar, su energía y sus convicciones, y, a través de ellas, para todos los librereros apasionados que me animan y me apoyan desde hace años.

A Solange Payet por sus sabias indicaciones y a Hélène Tibéri por su asombrosa agudeza.

A los periodistas, blogueros y lectores a quienes les ha gustado *El taller de las ilusiones*, lo han defendido y le han dado difusión.

A mis padres, mis hijos, la alegre tribu de mi familia y mis amigos, que me maravilla, me encanta y me equilibra, con un pensamiento especial dedicado a Sylvie Aouston y Sophie Deiss.

Y, por supuesto, a Éric, cuyo amor, mirada y fuerza hacen, día tras día, que este camino sea posible.

¿Puede el amor perdonarlo todo?

De la pluma sensible de Valérie Tong Cuong, una conmovedora novela coral en la que la esperanza y la fuerza del amor intentan vencer al drama



Perdonar no es solo cuestión de tiempo. Perdonar es comprender y aceptar, conceder una segunda oportunidad. Cuando el accidente de un niño siembra la discordia en una familia, sus miembros se darán cuenta de lo difícil que es perdonar cuando se instala el rencor. Porque el amor incondicional es el único capaz de devolver la esperanza.

Una tarde de verano, Milo va montando en bicicleta por el campo cuando un mal giro le hace caer y resulta gravemente herido. Mientras el niño de doce años se debate entre la vida y la muerte, toda su familia corre a su lado. Están destrozados. Se suponía que Milo estaba estudiando en casa, ¿qué hacía en ese camino? Pronto comienzan a aflorar los sentimientos de culpabilidad y los reproches entre sus padres, Celeste y Lino, su abuela Jeanne y su tía Marguerite.

En esa tormenta de confidencias y resentimientos detonan las tensiones familiares que hasta ahora todos habían procurado disimular. Ya no solo bascula la vida de Milo, sino que el dolor ha derrumbado los pilares que sostenían esta familia. ¿Conseguirán apaciguar el rencor y perdonar lo imperdonable?

«Una lección de humanidad muy bien conducida.»

Le Figaro Littéraire

«Un excelente libro salvador, cargado de vida y de esperanza.»

Version Femina

«Cólera, odio, venganza, resentimiento, tantas fases necesarias para llegar al perdón. Una novela coral que enamora.»

Madame Figaro

«Una narración conmovedora sobre el amor filial y los secretos de familia. ¡Totalmente recomendable!»

Femme Actuelle

Valérie Tong Cuong nació en París en 1964. Licenciada en literatura y ciencias políticas, trabajó durante ocho años en el mundo de la comunicación para finalmente dedicarse a la escritura y la música.

Es guionista de televisión y cine, pero también letrista, y durante casi una década fue cantante del grupo de rock independiente Quark. Su faceta más literaria la ha consagrado como una escritora de gran prestigio en Francia, donde ha publicado once novelas. Además, sus obras han sido traducidas a dieciocho idiomas. Con *El taller de las ilusiones* (Grijalbo, 2015), galardonada con el Premio Libro Optimista y el Nice Baie des Anges, Tong Cuong debutó en nuestro país.

Ahora presenta su nuevo libro *Todo lo que el amor puede perdonar*, una historia llena de ternura sobre el amor y el perdón, distinguida con el premio a la mejor novela en el salón del libro de Moustiers-Saint Marie.

Título original: *Pardonnable, impardonnable*

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2014, Éditions Jean-Claude Lattès

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Teresa Clavel, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía de portada: Lidia Vilamajo a partir de las fotografías de © Yolande de Kort / Trevillion Images, Linda Storm y Heidi Medina.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5638-4

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Pertencientes a la colección de poemas *El forzado inocente*.

[2] «*Le Cactus délicat*», *Destinée arbitraire*, Robert Desnos.

Índice

Todo lo que el amor puede perdonar

Prólogo

El tiempo de la ira

Céleste

Lino

Jeanne

Marguerite

El tiempo del odio

Céleste

Lino

Marguerite

Jeanne

El tiempo de la venganza

Lino

Marguerite

Céleste

Jeanne

El tiempo de la amargura

Céleste

Lino

Jeanne

Marguerite

El tiempo del perdón

Lino

Jeanne

Céleste

Marguerite

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Valérie Tong Cuong

Créditos

Notas